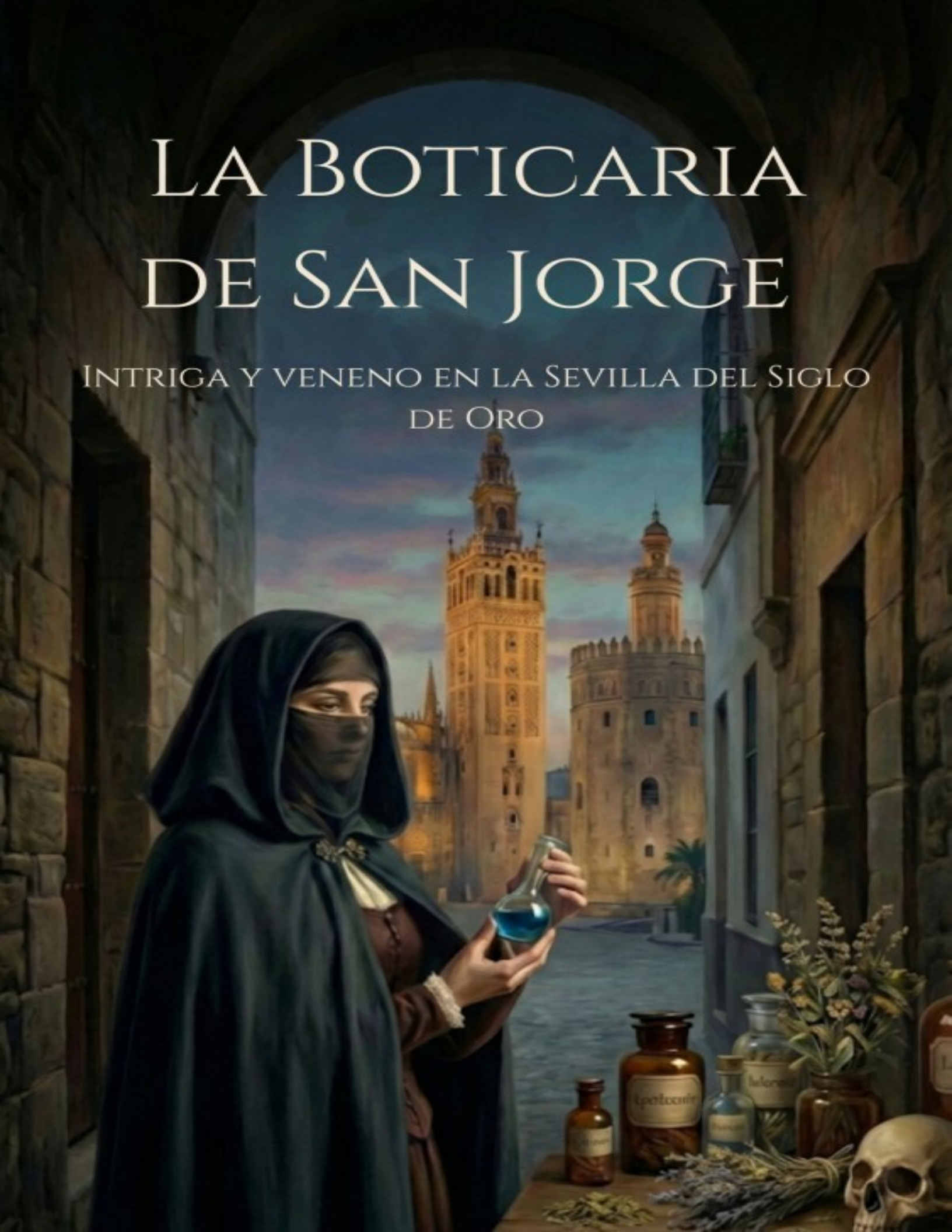
# La Boticaria de San Jorge

## Intriga y veneno en la Sevilla del Siglo de Oro



# La Boticaria de San Jorge


- Capítulo 1: La Mandrágora
- Capítulo 2: El Olor de la Plata
- Capítulo 3: Sangre y Sombra
- Capítulo 4: El Peso del Honor
- Capítulo 5: El Legado del Fuego
- Capítulo 6: La Prudencia de Galeno
- Capítulo 7: Muerte en el Arenal
- Capítulo 8: Apoplejía Fulminante
- Capítulo 9: El Juramento Silencioso
- Capítulo 10: La Primera Incisión
- Capítulo 11: El Veneno sin Nombre
- Capítulo 12: Máscaras en el Funeral
- Capítulo 13: El Castillo de San Jorge
- Capítulo 14: El Edicto del Miedo
- Capítulo 15: La Germanía
- Capítulo 16: Un Trato en la Oscuridad
- Capítulo 17: El Segundo Cuerpo
- Capítulo 18: La Duda del Doctor
- Capítulo 19: Ojos en la Sombra
- Capítulo 20: La Pista del Marinero
- Capítulo 21: Justicia por la Espada
- Capítulo 22: La Confesión del Contrabandista
- Capítulo 23: El Legajo del Hereje
- Capítulo 24: La Verdad Atrapada
- Capítulo 25: La Puerta Negra
- Capítulo 26: El Olor de la Desesperación
- Capítulo 27: La Audiencia
- Capítulo 28: El Tiempo Inmóvil

Capítulo 29: Un Muro de Silencio
Capítulo 30: La Acusación Formal
Capítulo 31: El Mensaje en la Comida
Capítulo 32: Voto de Tormento
Capítulo 33: La Sala del Potro
Capítulo 34: El Plan de Velasco
Capítulo 35: La Sentencia
Capítulo 36: El Gran Teatro de la Fe
Capítulo 37: La Procesión de los Condenados
Capítulo 38: Sermón y Sentencias
Capítulo 39: ¡Ciencia, no Brujería!
Capítulo 40: El antídoto
Capítulo 41: El Castillo se Derrumba
Capítulo 42: Las Puertas se Abren
Capítulo 43: Deudas y Honores
Capítulo 44: Epílogo: La Nueva Mandrágora

# Capítulo 1: La Mandrágora

El olor de la botica era una sinfonía de aromas en pugna. En la sala de despacho, donde la luz de la tarde sevillana entraba tamizada por una celosía, dominaba la fragancia limpia y seca de la manzanilla y el romero colgados en manojos del techo. Se mezclaba con el dulzor del agua de azahar que una clienta acababa de comprar para calmar sus nervios y con el toque resinoso del incienso que ardía discretamente en un pebetero de latón, un gesto de piedad que Inés de Castro mantenía con esmero. La piedad, como el luto riguroso de su vestido, era una armadura.

—Que Dios os ampare, doña Inés —dijo la mujer, guardando el frasco en su cesta—. Y que tenga a vuestro padre en su gloria.

—Así sea, y que Él os guarde a vos, Elvira —respondió Inés con una inclinación de cabeza, manteniendo la mirada baja y las manos entrelazadas sobre el mostrador de nogal pulido por un siglo de uso.

Observó de soslayo cómo la mujer se santiguaba antes de salir, haciendo sonar la campanilla de la puerta. Sola, Inés exhaló un suspiro que no era de alivio, sino de cansancio. Cada interacción era una representación, cada palabra un verso aprendido. Era la viuda de Castro, la hija del difunto boticario, una sombra devota que se aferraba al negocio familiar con la ayuda del viejo aprendiz de su padre. Nadie debía saber que era ella, y no el anciano, quien realmente gobernaba aquel mundo de remedios y venenos.

Desde la penumbra de la rebotica, apareció Mateo. Sus manos, nudosas como raíces de jengibre, estaban manchadas de polen de azafrán. A sus setenta años, se movía con la lentitud de un árbol cansado, pero sus ojos, pequeños y agudos, no perdían detalle.

—Otra más que reza por el alma de tu padre y regatea el precio en el mismo aliento —gruñó en voz baja, comenzando a limpiar el mostrador con un paño.

—La fe y la bolsa rara vez caminan de la mano, Mateo. Ya lo sabes.

—Lo que sé es que nos queda poca raíz de angélica. Y el último envío de zarzaparrilla de las Indias que trajo ese mercader... no es de buena calidad. Tu padre no la habría aceptado.

Inés asintió, acercándose a uno de los estantes repletos de albarelos de cerámica, cada uno con su etiqueta en latín caligrafiada por su propia mano. Acarició la superficie fría de uno que ponía *Aqua Rosarum*. La fachada de la botica era impecable: un orden monacal, una limpieza que ahuyentaba cualquier sospecha de desorden o, peor aún, de heterodoxia. Pero Mateo tenía razón. Sin su padre para negociar en el puerto, conseguir buenos simples era cada vez más difícil y peligroso.

—Hablaré con quien sea menester —dijo, su voz apenas un susurro —. Ahora, vigila la puerta. Nadie debe entrar.

Mateo no preguntó. Se limitó a asentir y a colocar una pequeña tranca de madera en la puerta, un gesto que indicaba a los vecinos que la botica cerraba por la oración del atardecer.

Inés se deslizó a la rebotica, un espacio más caótico donde el aire olía a tierra húmeda y a especias. Aquí, el orden de cara al público se relajaba. Sacos de lino con hierbas se apilaban en un rincón, y de las vigas pendían ristras de ajos, amapolas secas y la inquietante raíz de mandrágora que daba nombre al local. Pasó de largo junto al gran mortero de mármol donde machacaban los compuestos comunes y se dirigió a una estantería cargada de viejos libros de cuentas. Con un movimiento preciso y ensayado, retiró tres de los pesados volúmenes y presionó una tabla suelta en el fondo. Un chasquido sordo, casi imperceptible, liberó un pestillo oculto. La estantería entera giró sobre un eje invisible, revelando una estrecha escalera de piedra que descendía a la oscuridad.

El cambio de atmósfera fue instantáneo. El aire que ascendía del sótano era frío, cargado de un olor punzante a alcohol, a vinagre de destilación y a algo más, un aroma exótico y desconocido que evocaba tierras lejanas. Era el olor de su verdad.

Con una palmatoria en la mano, Inés bajó los escalones. Aquel laboratorio secreto era el verdadero legado de su padre. No las estanterías ordenadas de la botica, sino aquel santuario de la razón y la curiosidad. En una mesa robusta descansaba un pequeño alambique de cobre, cuyo serpentín brillaba a la luz de la llama. A su lado, una colección de morteros de bronce y espátulas de hueso esperaban pacientemente. Pero el verdadero tesoro estaba en un arcón de madera forrado de plomo.

Lo abrió con una llave que llevaba colgada al cuello, bajo el vestido. Dentro, envueltos en paños de lino, reposaban los libros prohibidos. No la *Farmacopea Española* oficial que exhibía arriba para las visitas del Protomedicato , sino los tratados que la Iglesia consideraba obra del diablo. Estaba la *Defensiones* de Paracelso, con su revolucionaria idea de que solo la dosis diferencia un veneno de un remedio ; una copia manuscrita de la *Anatomía* de Mondino de Luzzi, ilustrada con audaces dibujos de disecciones ; y su favorito, un herbario de plantas de las Indias, con anotaciones de su padre sobre sus usos, tanto curativos como letales.

Dejó la palmatoria sobre la mesa y abrió el herbario por una página marcada. La ilustración mostraba una liana con pequeñas flores de un púrpura intenso. La anotación de su padre, en una letra apretada, decía: *Curare. Usado por los indios del Amazonas para emponzoñar sus dardos. Causa una parálisis que detiene el aliento, mas no la mente. La muerte llega en plena consciencia*.

Inés rozó el dibujo con la yema del dedo. Arriba, en la botica, era una viuda piadosa que vendía ungüentos y escuchaba los chismes del barrio. Aquí abajo, en el corazón secreto de "La Mandrágora", era una científica, una investigadora, una mujer que creía más en la observación empírica que en los milagros. Y en la Sevilla de 1625, aquel conocimiento no era solo poder. Era una sentencia de muerte esperando a ser dictada.

# Capítulo 2: El Olor de la Plata

Al día siguiente, el aire de Sevilla no olía a azahar ni a incienso. Olía a plata. Era un aroma metálico y frío, casi imperceptible, pero que se adhería a la garganta y a la imaginación de cada habitante. Era el aliento de la Flota de Indias, que había fondeado en el Guadalquivir dos días atrás, y cuyo influjo transformaba la ciudad en un hervidero de codicia y frenesí.

Inés lo percibió incluso antes de salir de la botica. El repique de las campanas de la Giralda, que normalmente marcaba el ritmo solemne de la jornada, parecía hoy más rápido, ansioso, ahogado por el estruendo sordo que llegaba desde el río: el chirrido de las poleas, los gritos de los capataces y el martilleo incesante de los astilleros de las Atarazanas.

—No deberías ir —le advirtió Mateo, mientras colocaba unos frascos recién etiquetados—. El Arenal no es lugar para una mujer sola, y menos en días como estos. Puedo buscar yo al proveedor.

—El último cargamento de zarzaparrilla era casi todo paja —replicó Inés, ajustándose el velo negro sobre el cabello—. Tu lealtad es conocida, Mateo. Si vas tú, te darán lo que a mí me darían por el doble de precio. Mi padre trataba con el mercader Jáuregui. Iré a su almacén. Con el rostro cubierto y sin alzar la vista, nadie reparará en mí.

Era una mentira piadosa y ambos lo sabían. En el Arenal, una mujer sola era una presa o una provocación. Pero la botica necesitaba reponer sus existencias de simples de las Indias, y la llegada de la flota era la única oportunidad de conseguirlos de primera mano, antes de que los revendedores triplicaran su coste.

Dejó a Mateo a cargo y se sumergió en el laberinto de calles que separaban la antigua judería del puerto. El contraste fue brutal. Abandonó el silencio relativo de las callejuelas encaladas para entrar en un mundo de ruido y movimiento. Los pregones de los vendedores ambulantes se superponían en una cacofonía indescifrable, ofreciendo pescado salado, verduras, buñuelos o

remedios milagrosos. El aire se espesaba a cada paso. Al olor a fritanga y a estiércol de mula se sumaba el hedor que emanaba de los arroyos, donde flotaban desperdicios y aguas inmundas. De vez en cuando, un grito de "¡agua va!" la obligaba a pegarse a la pared para esquivar el contenido de un orinal arrojado desde una ventana.

Cuanto más se acercaba al río, más denso se volvía el gentío. Marineros con la piel curtida por el sol del trópico, mercaderes vestidos de oscuro terciopelo que se abrían paso con arrogancia, soldados con la coraza abollada, mendigos que exhibían sus llagas, pícaros de mirada huidiza que susurraban en *germanía*, la jerga del hampa, buscando una bolsa que aliviar. Era un desfile de toda la condición humana, atraída por el imán de la riqueza recién desembarcada.

Finalmente, desembocó en el Arenal. El impacto fue abrumador. Ante ella se extendía el puerto más importante del mundo, una selva de mástiles y velas que se recortaba contra la Torre del Oro. Los galeones, enormes fortalezas de madera, se mecían pesadamente en el agua fangosa del Guadalquivir, mientras un ejército de estibadores descalzos acarreaba los tesoros de América por las pasarelas. El aire vibraba con un olor complejo y exótico: la dulzura penetrante del tabaco en rama, el aroma picante de la pimienta y el clavo, la fragancia de maderas desconocidas, todo ello superpuesto al olor a brea, a pescado podrido y a la humedad salobre del río.

Inés caminó con paso rápido, la vista fija en el suelo empedrado y sucio, sintiendo las miradas lascivas y las palabras soeces de los marineros como pequeños alfileres. Su destino era uno de los muchos almacenes que flanqueaban el muelle. Encontró el de Jáuregui, un hombre corpulento y sudoroso que la recibió con una mezcla de sorpresa y desdén.

—¿La hija de Samuel Castro? —dijo, alzando la voz por encima del estruendo—. Vuestro padre era un buen hombre, aunque de ideas extrañas. ¿Qué os trae por este infierno?

—Necesito zarzaparrilla de la buena, don Miguel. Y guayaco. El mejor que haya traído la flota.

El mercader la estudió un instante, calculando. Luego sonrió. —Habéis venido al lugar indicado. Pero la calidad se paga. La plata corre hoy como el agua, y los precios suben con la marea.

Mientras Jáuregui daba órdenes a sus mozos, Inés observó la escena. Vio cómo abrían un fardo y el aire se impregnó del olor intenso y casi narcótico de una planta que no reconoció, una hierba oscura que uno de los marineros manejaba con un respeto casi temeroso. Vio a los contadores de la Casa de la Contratación, sentados a una mesa improvisada, pesando y sellando lingotes de plata con la monotonía de quien cuenta garbanzos. Y vio, a pocos metros, a un niño harapiento, con los ojos vidriosos por la fiebre, tendido en un rincón sin que nadie le prestara la menor atención.

Riqueza y miseria, vida y muerte, todo se mezclaba en aquel espacio caótico, separado por una línea invisible y a la vez infranqueable. Pagó el precio desorbitado que le pidió el mercader por dos sacos de simples y contrató a un mozo de cuerda para que los llevara a la botica.

Emprendió el camino de vuelta sintiendo el corazón encogido. El olor a plata ya no le parecía el aroma del progreso, sino el hedor de un mundo febril y desalmado. Al cruzar de nuevo el umbral de "La Mandrágora", el perfume familiar de la manzanilla y el romero la recibió como un bálsamo. Se sentía a salvo, de vuelta en su pequeño universo de orden y razón. Pero el caos del Arenal se había quedado impregnado en su ropa y en su memoria, un recordatorio ominoso de que el mundo exterior, con sus venenos exóticos y sus pasiones desatadas, siempre acechaba al otro lado de la puerta.

## Capítulo 3: Sangre y Sombra

La noche caía sobre Sevilla como un velo de terciopelo púrpura, denso y pesado. Inés cerró la puerta de la botica, dejando a Mateo barriendo los últimos restos de hierbas del suelo. Se ajustó el manto, asegurándose de que su rostro quedara oculto en la penumbra, y se

adentró en el dédalo de la antigua judería. Aquí, en el actual barrio de Santa Cruz, las calles se estrechaban hasta casi tocarse, creando pasadizos donde el eco de sus propios pasos era su única compañía. Los muros encalados, que durante el día refulgían bajo el sol, ahora parecían absorber la luz de los escasos faroles, creando un juego de formas fantasmales. El aire olía a jazmín y a humedad, a secretos guardados en patios invisibles.

La reunión era en casa de los Espinosa, mercaderes de paños cuyo linaje converso se remontaba a las persecuciones de hacía más de dos siglos. Como la mayoría de las familias de su condición, vivían en una discreta opulencia. No había escudos de armas en la fachada, ni ostentación en el portón, pero al cruzar el zaguán se entraba en un mundo de riqueza contenida. Un patio porticado con columnas de mármol rodeaba una fuente cuyo murmullo era el único sonido que rompía el silencio.

En el salón principal, una docena de hombres y un par de mujeres, esposas e hijas, conversaban en voz baja. La luz de los candelabros de plata se reflejaba en las copas de vino y en los ojos inquietos de los presentes. Hablaban de negocios, del precio de la seda, de los fletes de la última flota, pero bajo la superficie de la charla comercial flotaba una tensión palpable. Hablaban de la vida, pero pensaban en la supervivencia. Ser converso en la Sevilla del siglo XVII era caminar sobre un hielo muy fino: por un lado, el poder económico que les permitía influir en el comercio del imperio; por otro, la mancha de una sangre considerada impura, una excusa siempre a mano para la envidia del pueblo y la codicia del Santo Oficio.

Inés saludó con una inclinación de cabeza, aceptando una copa de vino que no probó. Su presencia allí era habitual. Respetaban la memoria de su padre y, en secreto, valoraban el saber que ella había heredado. Era la depositaria de un conocimiento práctico que a menudo resultaba más útil que la fe.

La puerta se abrió de nuevo y entró Diego de Andrada. Si la comunidad conversa tenía un rey no coronado, era él. Robusto, de rostro enérgico y mirada astuta, vestía con la sobria elegancia del

que no necesita alardear de su fortuna. Su negocio de importación de especias y tintes de las Indias era uno de los más prósperos de la ciudad.

—Buenas noches dé Dios a esta honorable compañía —dijo con voz resonante, y el murmullo de conversaciones se detuvo para darle la bienvenida.

Andrada era el centro de gravedad de la sala. Habló de su último trato, de cómo había conseguido una partida de cochinilla a un precio irrisorio, de sus planes para financiar un nuevo navío. Irradiaba una confianza que rozaba la arrogancia, pero que todos admiraban porque era el reflejo de su éxito.

Tras un rato de conversación general, se acercó a Inés, que permanecía en un discreto segundo plano. Su rostro, a la luz de las velas, parecía haber perdido algo de su color habitual.

—Doña Inés, un momento, si sois tan amable.

Se apartaron hacia un rincón, cerca de un brasero de cobre que desprendía un calor agradable.

—Vuestro padre, que en gloria esté, era hombre de gran saber. Estos medicastros de la universidad solo entienden de sangrías y latines pomposos —comenzó, bajando la voz—. No es nada, una simpleza, pero desde hace unos días siento... un malestar que no sé describir.

Inés lo observó con atención. A pesar de su porte seguro, había una sombra de inquietud en sus ojos.

—¿Qué tipo de malestar, don Diego?

—Un frío en los huesos que no es de este mundo. Y una fatiga en los miembros, como si hubiera acarreado sacos todo el día. Nada, ya digo. Cosas de la edad. Pero me inquieta.

Inés, con un gesto profesional que había aprendido a fuerza de imitar a su padre, tomó la muñeca del mercader. Su piel estaba fría al tacto, más de lo que el ambiente justificaría. El pulso era firme, pero notó un levísimo temblor en sus dedos.

—¿Habéis comido algo fuera de lo común? ¿Tenéis problemas para dormir?

—Duermo como un tronco y como lo de siempre —respondió él, casi ofendido, como si la enfermedad fuera una debilidad impropia de su persona—. Será el aire de otoño. Os agradecería si pudierais prepararme uno de esos cordiales que hacía vuestro padre. Para asentar el cuerpo y despejar la cabeza.

—Así lo haré, don Diego —dijo Inés, retirando la mano—. Una tisana de melisa y valeriana. Para apaciguar el espíritu. A veces el cuerpo solo refleja las congojas del alma.

Andrada asintió, satisfecho con una explicación que no hería su orgullo. Se despidió poco después, dejando tras de sí una estela de poder y una apenas perceptible fragancia a clavo y a preocupación.

Cuando Inés se marchaba, oyó a dos de los mercaderes más ancianos cuchichear junto a la puerta.

—Demasiada plata atrae el rayo —dijo uno.

El otro, sin responder, se persignó discretamente.

De vuelta en las calles solitarias, Inés sintió un escalofrío que no tenía que ver con la temperatura de la noche. La sombra de la Giralda, recortada contra un cielo cuajado de estrellas, se proyectaba sobre los tejados como un dedo acusador. El malestar de Diego de Andrada era vago, indefinido, pero en aquel mundo de apariencias y peligros ocultos, cualquier cosa que se saliera de lo normal era un presagio.

## Capítulo 4: El Peso del Honor

La casa de los Guzmán olía a polvo y a tiempo detenido. Situada no lejos de la parroquia de San Isidoro, su fachada de piedra, antaño imponente, mostraba las cicatrices de una decadencia mal disimulada. La argamasa se desprendía entre los sillares como piel seca y el gran portón de roble, tachonado con clavos de hierro que dibujaban el blasón familiar, había perdido su lustre. Dentro, el

silencio era el de una tumba. Hacía mucho que los sirvientes se habían reducido a un mayordomo anciano y a un par de criadas que no daban abasto para luchar contra el polvo que se acumulaba sobre los muebles oscuros y los tapices descoloridos que narraban batallas ganadas por antepasados hacía ya tres siglos.

En el salón principal, bajo el retrato de un abuelo que había luchado en Pavía, Don Rodrigo de Guzmán afilaba la hoja de una vieja toledana. El roce del acero contra la piedra de amolar era un sonido rítmico y áspero, el único que se atrevía a perturbar la quietud de la tarde. Don Rodrigo era un hombre enjuto, de espalda rígida y una barba gris perfectamente recortada. Vestía de negro, como correspondía a un hidalgo de su alcurnia, pero los puños de su camisa estaban deshilachados y el terciopelo de su jubón, raído en los codos.

—Deberíais dejar eso, esposo —dijo Doña Beatriz, su mujer, entrando en la estancia. Su voz era tan tenue como su figura, una sombra de la belleza que había sido—. No es menester que preparéis armas. Es una boda, no una guerra.

Don Rodrigo no detuvo su labor. El metal brilló bajo un rayo de sol polvoriento que se colaba por el ventanal.

—Toda alianza que se sella sin amor es una batalla —replicó, sin mirarla—. Y esta, Beatriz, es una rendición. Rendimos nuestro nombre a cambio de su oro.

Doña Beatriz suspiró, un gesto de agotamiento que conocía bien. Se acercó a la mesa donde su hija, Elvira, bordaba con parsimonia un paño de lino. La joven, de apenas dieciocho años, tenía la belleza pálida y frágil de una flor de invernadero. Sus ojos, de un azul acuoso, no se levantaron de la labor.

—Es un buen partido, Rodrigo. Diego de Andrada es hombre rico y respetado. Y nuestra Elvira no tiene dote que ofrecer. ¿Qué otro futuro le esperaba? ¿Un convento? ¿O marchitarse en esta casa viendo cómo se caen las paredes?

—¡Su sangre no es limpia! —siseó Don Rodrigo, dejando la espada sobre la mesa con un golpe seco que hizo saltar a las dos mujeres—. Es un mercader. Un converso. Su fortuna se ha amasado con el regateo y la usura, no con la espada y la lealtad al rey. ¿Qué honor puede haber en unir nuestra estirpe a la suya?

El honor. La palabra vibró en el aire viciado de la sala. Para Don Rodrigo, el honor no era una idea, era una sustancia tan real como la piedra de sus muros o la sangre de sus venas. Era el patrimonio del alma, un bien supremo que venía de Dios y que la sociedad, la honra, debía reconocer. Perderlo era peor que perder la vida. Y aquel matrimonio, aunque necesario para saldar las deudas que ahogaban a la familia, era una mancha, una herida profunda en el orgullo de su linaje.

—El honor no llena los platos, ni paga a los acreedores que se agolpan a nuestra puerta —murmuró Doña Beatriz, con la voz cargada de una amarga resignación.

Elvira permaneció en silencio. Su rostro, de una blancura de cera, no revelaba emoción alguna. Había sido educada para obedecer, para ser el recipiente del honor de su familia. Su deber era casarse con quien su padre dispusiera, asegurar el porvenir de la casa. Sabía que su cuerpo y su futuro eran la moneda con la que se pagaba la supervivencia de los Guzmán. No había lugar para sus deseos, si es que alguna vez se había atrevido a tenerlos.

Don Rodrigo se acercó a la ventana y miró a la calle. Vio pasar a un par de alguaciles y a un vendedor de agua. La vida seguía su curso ajena a su tormento.

—Que se celebre la boda —dijo finalmente, con la voz ronca—. Que su oro apuntale estas ruinas. Pero que se sepa que un Guzmán no olvida. Cualquier ofensa, cualquier rumor, cualquier sombra de duda sobre nuestra honra, y esta espada que afilo recordará para qué fue forjada.

Se giró y miró a su hija. Por un instante, la dureza de sus ojos se resquebrajó, y vio en Elvira no a la futura esposa de un rico

mercader, sino a un cordero llevado al sacrificio. La joven, sintiendo su mirada, alzó por fin la vista de su bordado. En sus ojos no había miedo ni rebeldía, solo una infinita y desoladora obediencia. Era el precio que pagaba por llevar su apellido. El peso del honor caía sobre sus frágiles hombros, y amenazaba con aplastarla.

## Capítulo 5: El Legado del Fuego

La tisana para Diego de Andrada estaba lista, una mezcla de melisa y valeriana cuyo aroma apacible llenaba la rebotica. Pero la mente de Inés no estaba en paz. El recuerdo del pulso tembloroso del mercader y la frialdad de su piel la habían dejado con una desazón que ningún remedio podía calmar. Dejó la preparación sobre el mostrador para que Mateo la enviase y, asegurándose de que nadie la veía, descendió de nuevo a su santuario.

La luz de la palmatoria danzaba sobre los lomos de cuero de los libros prohibidos. Sus dedos rozaron el título de uno de ellos, una copia manuscrita de la *Anatomía* de Mondino de Luzzi. El olor a cera y a hierbas secas era el mismo, pero algo en el aire del sótano la transportó una década atrás, a una noche como aquella, cargada de secretos.

Tenía diecisiete años. Su padre, Samuel de Castro, la había despertado después de que Mateo atrancara la puerta de la botica. Su rostro, habitualmente sereno y melancólico, brillaba con una excitación febril que Inés rara vez le veía.

—Baja conmigo —le había dicho en un susurro—. Lo que te enseñaré esta noche es más importante que cualquier receta. Es el lenguaje con el que Dios escribió el cuerpo.

En el laboratorio, sobre la robusta mesa de roble, yacía un conejo muerto. No había sangre, ni signos de violencia. A su lado, un cuchillo fino y afilado, de los que se usaban para desollar, y varios paños limpios.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó la joven Inés, con una mezcla de aprensión y una incontenible curiosidad.

—Vamos a mirar —respondió su padre, y en esa simple palabra había un universo de significado—. Los médicos de la universidad leen a Galeno y recitan sus palabras como si fueran el Evangelio. Diagnostican los humores sin haber visto jamás un pulmón enfermo. Creen que la verdad está en los libros antiguos, Inés. Pero la verdad está aquí. —Su dedo señaló el cuerpo inerte del animal—. Para entender la vida, a veces hay que mirar de frente a la muerte.

Con una delicadeza de cirujano, Samuel hizo una incisión limpia en el vientre del conejo. No era un acto sacrílego, sino casi una ceremonia. Le enseñó a identificar los órganos, a maravillarse de la arquitectura perfecta del corazón, de la textura esponjosa de los pulmones, del laberinto del intestino. Era una lección prohibida, pues aunque las disecciones humanas comenzaban a abrirse paso en algunas universidades, seguían siendo un tabú rodeado de sospecha religiosa. Hacerlo en un animal era un acto que, a los ojos de la Iglesia, bordeaba la hechicería.

—Observa, hija. No imagines. No recites. Mira —insistía su padre, guiando su mano—. La sangre no es un humor caprichoso. Es un río que lleva la vida a cada rincón. El aire no es un espíritu. Es el alimento de este fuelle. Todo es una máquina, una obra de ingeniería divina.

Después de la lección de anatomía, vino la de toxicología. Samuel le mostró una pequeña baya oscura, casi negra.

—Belladona —dijo—. Hermosa y letal. En dosis ínfimas, una dama puede usar su jugo para dilatar sus pupilas y parecer más bella a los ojos de su amado. Un poco más, y calma los espasmos del vientre. Una baya de más… y el corazón se detiene.

Tomó un pétalo de la flor y lo frotó en el interior del labio del conejo muerto.

—Si estuviera vivo —explicó—, su boca se secaría, su corazón se aceleraría y sus ojos se abrirían como platos oscuros. Síntomas. Señales. El cuerpo habla, Inés. Solo hay que aprender a escucharlo.

Paracelso, a quien la Iglesia llama hereje, lo entendió bien: *dosis sola facit venenum*. Solo la dosis hace al veneno.

Aquella noche, Inés comprendió la naturaleza dual del legado de su padre. No era solo una colección de remedios, sino una forma de pensar: empírica, racional, peligrosa.

—¿Por qué me enseñas esto? —se atrevió a preguntar, mientras limpiaban los instrumentos.

Samuel de Castro dejó el cuchillo y la miró con una seriedad que la sobrecogió.

—Porque eres mi hija. Y porque somos quienes somos. Nuestra sangre, aunque la lavemos con agua bendita, siempre será motivo de sospecha. Tu mente es tu única defensa. El conocimiento es un arma, pero también una carga. Te hará ver verdades que otros no ven, y eso te pondrá en peligro. Este saber es una llama, Inés. Puede iluminar el mundo, o puede reducirte a cenizas en una hoguera del Santo Oficio. Prométeme que serás prudente.

—Lo prometo, padre.

De vuelta en el presente, Inés cerró el pesado libro. El recuerdo seguía tan vivo como el temblor de la llama de la palmatoria. Su padre había muerto hacía un año, víctima de unas fiebres que ni su ciencia ni sus remedios pudieron curar. Ahora, el legado del fuego descansaba enteramente sobre sus hombros. Pensó en Diego de Andrada. El frío en los huesos, la fatiga… no se parecían en nada a los síntomas de la belladona que su padre le describió. Era otra cosa. Algo distinto. Y la promesa que le hizo a su padre resonó en sus oídos, convertida no ya en una advertencia, sino en un desafío. Ser prudente era sobrevivir. Pero para sobrevivir, a veces, era necesario atreverse a mirar.

# Capítulo 6: La Prudencia de Galeno

La campanilla de la puerta tintineó con una insistencia que no era la de un cliente habitual. Inés levantó la vista de un viejo herbario que su padre había anotado con una caligrafía diminuta y apretada.

Estaba releyendo, por tercera vez, la descripción de la raíz de mandrágora, no por su uso medicinal, sino por las leyendas que la rodeaban, leyendas que hablaban de un grito mortal al ser arrancada y de formas casi humanas. Era en esos márgenes entre la ciencia y la superstición donde su padre había encontrado su pasión, y donde ella ahora buscaba respuestas a una inquietud sin nombre.

La figura que se recortó en el umbral era imponente. El Doctor Mateo Velasco, médico de la ciudad y antiguo colega de su padre, entró en la botica con el aire de autoridad que le conferían su toga de doctor, su barba cuidadosamente recortada y la cadena de oro que asomaba bajo su gola de lino almidonado.

—Doña Inés —saludó, su voz un barítono profundo que parecía llenar el pequeño espacio—. La paz de Dios sea en esta casa.

—Y en la vuestra, Doctor Velasco. Sentaos, por favor. ¿En qué puedo serviros?

El médico no aceptó el asiento. Prefirió pasear la mirada por los estantes, deteniéndose en los albarelos de Talavera, leyendo las etiquetas en latín con un gesto de aprobación.

—Vengo como amigo, no como cliente. Pasaba cerca y quise saber de vos. Vuestro padre, Samuel, fue un hombre de un intelecto formidable. Obstinado como una mula, Dios lo tenga en su gloria, pero brillante. Aún recuerdo nuestras disputas. Él, con sus novedades de ese alemán loco, Paracelso, y yo defendiendo la sabiduría eterna de Galeno.

Una sonrisa melancólica asomó a los labios de Inés. Aquellas disputas habían sido la banda sonora de su infancia. Su padre, apasionado y vehemente; Velasco, escéptico y riguroso, anclado en la teoría de los cuatro humores que regía la medicina desde hacía más de mil años.

—Mi padre os respetaba grandemente, doctor. Decía que erais el único hombre en Sevilla con quien merecía la pena discutir de medicina.

—Porque yo era el único que le decía que sus libros lo llevarían a la perdición —replicó Velasco, aunque su tono era más afectuoso que admonitorio—. Tenía una curiosidad peligrosa. Esa fascinación por la anatomía, por las plantas exóticas... No son saberes para un simple boticario. Ni para... —se detuvo, carraspeando, consciente de que estaba a punto de cruzar una línea.

Inés entendió. *Ni para una mujer*.

Aprovechando la pausa, decidió sondearle. Su preocupación por Diego de Andrada no había hecho más que crecer.

—Hablando de saberes, he tenido una consulta que me ha dejado perpleja. Don Diego de Andrada ha venido a verme.

—¿Andrada, el mercader? —Velasco frunció el ceño—. Hombre de complexión sanguínea, propenso a los excesos de la mesa y a las cóleras del negocio. ¿Qué mal le aqueja?

—Se quejaba de un frío en los huesos y una fatiga extraña. Le tomé el pulso. Su piel estaba fría, más de lo natural.

El doctor se encogió de hombros, un gesto que desestimaba la preocupación de Inés por completo.

—Melancolía, sin duda. Un desequilibrio de la bilis negra, provocado por las cuitas del comercio. La llegada de la flota siempre agita los humores y los bolsillos. Un poco de dieta, un purgante suave para limpiar el cuerpo y que rece un par de novenas. No hay más misterio.

—Pero el frío de su piel... —insistió Inés, con suavidad—. Era como tocar una piedra en invierno. No parecía un frío de melancolía.

Velasco se detuvo y la miró fijamente. Su expresión ya no era afable, sino severa, la de un maestro reprendiendo a una alumna díscola.

—Inés. Escuchadme bien. Vuestro padre os enseñó más de lo que una mujer debe saber, y ciertamente más de lo que un boticario debe practicar. Os lo digo por el aprecio que le tuve y que os tengo: no sigáis sus pasos. Dejad los diagnósticos a quienes hemos

estudiado en la Universidad para ello. Vuestro deber es componer los remedios que se os piden, no indagar en la naturaleza de los males. Esa curiosidad ya le trajo problemas a Samuel con el Protomedicato en más de una ocasión, y si no hubiera sido por mi intercesión, quién sabe si no hubiera atraído una atención mucho más peligrosa.

El aire de la botica se cargó de una tensión repentina. La mención implícita a la Inquisición flotó entre ellos, invisible y amenazante.

—¿Qué remedio le habéis preparado? —preguntó Velasco, cambiando de tema bruscamente.

—Una tisana de melisa y valeriana. Para calmar el ánimo.

El doctor asintió, relajando el gesto. —Bien hecho. Un remedio inocuo. Apaciguará sus nervios, que es sin duda la fuente de su mal. Haced vuestro trabajo, Inés. Y dejad el de los médicos a los médicos. Es el orden natural de las cosas.

Tras una breve despedida, el doctor se marchó, dejando a Inés sola con sus temores. La opinión de la máxima autoridad médica de la ciudad había sido clara y contundente: no había nada de qué preocuparse. Pero la advertencia de Velasco había tenido el efecto contrario. Ahora, a la inquietud por la salud de Andrada se sumaba la certeza de que estaba sola. Nadie más veía las sombras que ella comenzaba a percibir. Su mirada se desvió del frasco con la tisana, un remedio que ahora le parecía inútil, infantil, y se posó en la estantería que ocultaba la escalera a su laboratorio. El orden natural de las cosas, había dicho Velasco. Pero Inés sospechaba que algo profundamente antinatural estaba a punto de suceder.

## Capítulo 7: Muerte en el Arenal

Pasaron tres días. La tisana de melisa y valeriana fue enviada a la mansión de Diego de Andrada, y no hubo más noticias. Inés intentó convencerse de que el diagnóstico del Doctor Velasco era el correcto, que el malestar del mercader no era más que una sombra pasajera, un desequilibrio de la bilis negra causado por las tensiones

del comercio. La vida en la botica recuperó su ritmo monótono, marcado por el mortero machacando raíces y el ir y venir de clientes con dolencias comunes: toses, jaquecas, el mal de ojo de un vecino envidioso.

Pero la inquietud, como una humedad pertinaz, se había instalado en el ánimo de Inés. Por las noches, en su laboratorio, volvía a consultar los herbarios de las Indias, repasando las descripciones de plantas tóxicas cuyos efectos eran desconocidos en Europa. Buscaba algo sin saber qué, una correlación de síntomas que no existía más que en su imaginación. Se reprendía a sí misma por seguir la senda de su padre, esa curiosidad que Velasco había calificado de peligrosa.

La mañana del cuarto día, la campanilla de la puerta sonó con una violencia que hizo saltar a Inés. No fue el tintineo discreto de un cliente, sino un repique frenético, desesperado. Un muchacho joven, con la librea de la casa de Andrada, entró tropezando en la botica. Estaba pálido, sin aliento, y sus ojos se movían desorbitados por el pánico.

—¡Doña Inés! —jadeó, apoyándose en el mostrador—. ¡El señor! ¡Mi amo, don Diego!

Mateo, que estaba en la rebotica, acudió de inmediato, con el ceño fruncido.

—Calma, muchacho. Respira y habla. ¿Qué ocurre con don Diego?

El joven tragó saliva, intentando ordenar sus pensamientos. —Ha muerto. Esta mañana. ¡Un pasmo fulminante! Estaba en su despacho, revisando unos libros de cuentas... y de pronto se llevó las manos al pecho, abrió la boca como si le faltara el aire y cayó al suelo. Sin un grito, sin una queja. Como una marioneta a la que le cortan los hilos.

Inés sintió un frío helador recorrerle la espalda, un frío que nada tenía que ver con la fresca mañana sevillana. Era el mismo frío que había sentido en la piel del mercader días atrás.

—¿Llamasteis a un médico? —preguntó, su voz extrañamente serena.

—Sí, señora. El Doctor Velasco. Pero ya era tarde. No pudo hacer nada. Dijo que fue... una apoplejía. Un mal aire que se le subió al corazón.

*Apoplejía*. El diagnóstico genérico para toda muerte súbita e inexplicable. La explicación cómoda que acallaba las preguntas. Pero Inés recordaba las palabras de Andrada: *un frío en los huesos, una fatiga en los miembros*. Eso no era una apoplejía.

—¡Un castigo de Dios! —continuó el sirviente, ahora con un temblor de fervor supersticioso en la voz—. Eso dicen en la casa. Un castigo por su soberbia. Otros susurran que fue un mal de ojo, una brujería de sus enemigos...

La palabra *brujería* quedó suspendida en el aire perfumado de la botica. Inés intercambió una mirada rápida con Mateo. Ambos sabían lo que significaba esa palabra cuando se asociaba a la muerte de un converso rico. Era la yesca que la Inquisición necesitaba para encender una hoguera.

—Gracias por el aviso, muchacho —dijo Mateo con gravedad, poniendo una mano en el hombro del joven—. Vuelve a la casa. Haces falta allí.

En cuanto el sirviente salió, Mateo atrancó la puerta. El silencio en la botica se hizo denso, pesado.

—Esto traerá cola, Inés —murmuró el anciano—. La muerte de un hombre como Andrada... y de esta manera...

Inés no respondió. Caminó hacia la ventana y miró a la calle. La vida seguía su curso. Un vendedor pregonaba su mercancía, dos comadres chismorreaban en un portal. Pero ella ya no veía una escena cotidiana. Veía una red de rumores y sospechas que empezaba a tejerse, una red invisible cuyas hebras llegaban hasta el otro lado del río, hasta las ominosas torres del Castillo de San Jorge.

Su curiosidad científica se había transformado en algo más urgente y primario: miedo. Miedo por su comunidad, por sus amigos, por ella misma. La advertencia del Doctor Velasco resonaba ahora en su mente como una profecía. Pero la prudencia ya no era una opción. La ignorancia, en aquel momento, era un lujo que no podía permitirse.

—Prepara mi manto de luto más discreto, Mateo —dijo, girándose hacia él, su rostro una máscara de determinación—. Debo ir a dar el pésame a la viuda.

—No es prudente, niña. No te mezcles en esto.

—Es mi deber. Mi padre era su boticario —replicó ella, aunque su voz delataba la verdadera intención—. Y es mi deber... mirar.

## Capítulo 8: Apoplejía Fulminante

La mansión de Diego de Andrada, en el corazón del Arenal, era una isla de silencio en medio del bullicio del puerto. Los pesados cortinajes de terciopelo negro que cubrían los ventanales ahogaban el estruendo de las carretas y los pregones, creando una atmósfera densa y opresiva. En el aire flotaba el olor dulzón de la cera de los innumerables cirios que ardían en el zaguán y un aroma más sutil y amargo, el del romero quemado para purificar el ambiente y alejar la pestilencia de la muerte.

Inés, con el rostro velado y acompañada por Mateo, que se mantenía a una distancia respetuosa, fue conducida por un sirviente de ojos enrojecidos a través de un patio en penumbra hasta el salón principal. La estancia, habitualmente un escaparate de la riqueza del mercader —con sus tapices flamencos, sus escritorios de ébano y sus arcones de plata—, estaba ahora despojada de todo adorno. Solo quedaban los muebles esenciales, cubiertos con paños oscuros.

La viuda, Doña Blanca, estaba sentada en un sillón frailero, rodeada por un corrillo de mujeres que susurraban palabras de consuelo. Era una mujer menuda, cuyo rostro, ahora hinchado por el llanto, aún

conservaba rastros de una notable belleza. Al ver a Inés, hizo un gesto para que se acercara.

—Doña Inés... —murmuró, tomando su mano—. Vuestro padre lo apreciaba. Y él a vos. La tisana que le enviasteis... la estaba tomando cuando...

La voz se le quebró en un sollozo. Inés le apretó la mano con suavidad, pronunciando las frases de condolencia que la ocasión exigía, pero su mente trabajaba con febril rapidez. Escuchaba los murmullos a su alrededor: "un castigo del cielo", "demasiado orgullo", "muerte sin confesión...". La muerte súbita, sin tiempo para recibir los sacramentos, era considerada una mancha, una señal de desaprobación divina que dejaba el alma en un limbo peligroso.

En ese momento, las puertas del salón se abrieron de par en par para dar paso al Doctor Mateo Velasco. Su presencia llenó la sala, su toga negra y su gesto solemne imponiendo un silencio inmediato. Se acercó a la viuda, le dio el pésame con la gravedad de un pontífice y luego se dirigió a los hombres presentes, que se habían congregado en un rincón.

—Una tragedia, sin duda —dijo con voz impostada, asegurándose de que todos le oyeran—. Pero no un misterio. Don Diego era de complexión sanguínea, propenso a los humores coléricos. La agitación de la flota, los negocios... todo ello ha provocado una subida de la cólera al corazón, un vapor maligno que ha sofocado el espíritu vital. Una apoplejía fulminante. Triste, pero natural.

Inés escuchaba, inmóvil. La explicación era perfecta, canónica, irrebatible según la ciencia de Galeno. Cerraba todas las puertas a la duda. Pero ella recordaba la piel fría, la fatiga, el temblor. Aquello no encajaba.

—Doña Blanca —dijo en voz baja, acercándose a la viuda—. Si me lo permitís, he traído unas sales de lavanda y espliego. Su aroma ayuda a calmar el espíritu en momentos de gran aflicción. Podría dejarlas junto a su lecho.

La viuda asintió con gratitud, demasiado abrumada para pensar. Con ese pretexto, guiada por una sirvienta, Inés pudo abandonar el salón y subir la gran escalera de caoba hacia los aposentos privados. La habitación donde velaban el cuerpo estaba al final del pasillo. La puerta estaba entornada, y dentro dos frailes rezaban salmos en un murmullo monótono.

—Un momento, por favor —le dijo a la sirvienta, deteniéndose ante una puerta contigua—. Necesito un poco de agua para las sales.

Mientras la criada se alejaba, Inés contuvo el aliento y se asomó a la cámara mortuoria. Fue apenas un instante, un latido suspendido en el tiempo. Diego de Andrada yacía sobre un catafalco, vestido con su mejor atuendo. La habitación estaba casi a oscuras, iluminada solo por cuatro altos cirios en las esquinas, pero la luz pálida fue suficiente.

Lo que vio confirmó sus peores temores y desmentía por completo las palabras de Velasco. El rostro del mercader no estaba congestionado ni torcido, como sería de esperar en una apoplejía. Estaba extrañamente sereno, pero con una rigidez antinatural, una tensión en los músculos de la mandíbula y el cuello que sugería una parálisis, no un colapso. Sus labios, entreabiertos, tenían una inequívoca tonalidad azulada, un color que hablaba de una sangre a la que le faltaba el aliento de la vida. Y sus ojos, aunque un sirviente se los había cerrado piadosamente, no estaban del todo sellados. A través de las pestañas, Inés pudo adivinar una última expresión no de dolor, sino de lúcido terror.

Oyó los pasos de la sirvienta que regresaba y se apartó de la puerta, el corazón martilleándole en el pecho. Cogió el agua, dio las gracias y bajó de nuevo al salón. Se despidió de la viuda con las formalidades requeridas y salió a la calle, de vuelta al ruido y a la cruda luz del día.

El diagnóstico del Doctor Velasco no era un error. Era una ceguera. Una ceguera voluntaria o ignorante ante unos hechos que no encajaban en sus libros. Pero Inés los había visto. Y lo que había

visto no era la firma de Dios ni el desequilibrio de los humores. Era la obra de un veneno.

## Capítulo 9: El Juramento Silencioso

De vuelta en la botica, el aroma familiar a romero y manzanilla no logró calmar el temblor de sus manos. Mateo la observó mientras se quitaba el manto, su rostro una máscara de preocupación.

—Has visto algo, ¿verdad? —dijo en un susurro, su voz rasposa como una raíz seca.

Inés no respondió. Se limitó a asentir una vez, un movimiento corto y tenso. No había palabras para describir la certeza helada que se había apoderado de ella, una convicción que chocaba frontalmente con el diagnóstico del médico más respetado de Sevilla.

—Déjalo estar, Inés —le suplicó el anciano—. Es asunto de gente poderosa. De la Iglesia. No es nuestra guerra. Tu padre...

—Mi padre me enseñó a mirar —le interrumpió ella, su voz apenas audible pero firme—. Y lo que he visto no es la mano de Dios, sino la de un hombre.

Sin decir más, se dirigió a la rebotica. Necesitaba pensar, y el único lugar donde sus pensamientos podían ordenarse sin el corsé de la piedad fingida y la sumisión era abajo, en la oscuridad. Giró la estantería y descendió a su laboratorio, el aire frío del sótano recibiéndola como un cómplice.

Allí, a la luz temblorosa de la palmatoria, se sentó ante la mesa de trabajo. El recuerdo de la advertencia del Doctor Velasco resonaba en su mente como un toque de difuntos: *"Esa curiosidad ya le trajo problemas a Samuel... y si no hubiera sido por mi intercesión, quién sabe si no hubiera atraído una atención mucho más peligrosa"*.

El miedo era una presencia física, un nudo en el estómago. Sabía perfectamente cómo funcionaba el Santo Oficio. La muerte inexplicable de un converso tan rico y notorio era el pretexto ideal. No buscarían a un asesino, buscarían a un hereje. Iniciarían una

*inquisitio*, una pesquisa secreta alimentada por delaciones anónimas. Cualquier vecino con una vieja rencilla, cualquier rival comercial, cualquier fanático podría susurrar una acusación. Y la sospecha recaería sobre su comunidad como una plaga. Seguiría la confiscación de bienes, los arrestos nocturnos, los juicios sin defensa posible donde el acusado ni siquiera conocía a sus delatores.

Podía no hacer nada. Podía aceptar el diagnóstico de Velasco, rezar por el alma de Andrada y encerrarse en su botica, esperando que la tormenta pasara de largo. Era lo prudente. Era lo que cualquier persona en su sano juicio haría.

Pero entonces, la imagen del cuerpo volvió a su mente. Los labios azules, la rigidez paralítica, el terror congelado en unos ojos mal cerrados. Su mente, entrenada en la observación y el empirismo, se rebelaba. Era un rompecabezas, un desafío a la razón. Y más allá de la curiosidad científica, estaba la injusticia. Permitir que un asesino se ocultara tras un velo de superstición mientras inocentes eran señalados era una cobardía que su padre jamás habría tolerado.

Se levantó y caminó hasta el arcón de plomo. Lo abrió y sacó el herbario de las Indias. Sus dedos pasaron por las ilustraciones de plantas exóticas, por las anotaciones de su padre sobre venenos que paralizaban, que asfixiaban, que mataban sin dejar rastro visible para un médico anclado en las teorías de Galeno.

La decisión se forjó en ese silencio, en la soledad de su refugio. No fue una elección, sino una rendición a su propia naturaleza. No podía no saber. No podía permitir que el miedo la paralizara. El legado de su padre no era solo un conjunto de libros prohibidos, era una obligación. La obligación de buscar la verdad, por muy peligrosa que esta fuese.

Miró la llama de la vela, su luz danzando sobre las páginas. En ese instante, hizo un juramento silencioso. Un pacto consigo misma y con la memoria de su padre. Descubriría la verdad. No por venganza, ni por justicia en el sentido que entendían los hombres de

ley, sino por la verdad misma. Porque era lo único que podía oponerse a la mentira y al miedo.

Su mente, liberada del debate, se volvió práctica, afilada. Para saber, necesitaba pruebas. Para tener pruebas, necesitaba volver al cuerpo. Una autopsia, por rudimentaria que fuera, era un sacrilegio, un acto impensable que la condenaría a la hoguera si era descubierta. Pero era el único camino.

El entierro sería al día siguiente. Tenía una noche. Una única oportunidad. Necesitaba entrar en la mansión de nuevo, acceder a la cámara mortuoria. Sola no podría. Necesitaba a Mateo. Y necesitaba a alguien dentro. Una sirvienta, un mozo... alguien lo bastante desesperado o codicioso para traicionar la confianza de sus amos a cambio de unas monedas.

Subió la escalera, su decisión tan irrevocable como la muerte misma. El miedo no había desaparecido, pero ahora estaba supeditado a un propósito. Cuando entró de nuevo en la rebotica, Mateo la miró y supo, sin necesidad de palabras, que la joven a la que había visto crecer acababa de cruzar un umbral del que no había retorno.

—Hay una sirvienta en casa de los Andrada, se llama Mencía —dijo Inés, su voz tranquila, casi fría—. Su hermano pequeño padece de fiebres tercianas. Encuéntrala. Dile que tengo una dosis de quinina para él. Y que necesito hablar con ella.

## Capítulo 10: La Primera Incisión

La noche se había cerrado sobre Sevilla sin luna que la alumbrara. Las nubes, densas y bajas, parecían presagiar la tormenta que se gestaba en el alma de Inés. Acompañada por Mateo, ambos envueltos en capas oscuras que los confundían con las sombras, se deslizó por las calles traseras del Arenal. El bullicio del día había dado paso a un silencio preñado de peligros: el ladrido lejano de un perro, el eco de los pasos de la ronda de alguaciles en una calle adyacente, el gemido de la madera de un barco amarrado en el río.

Llegaron a la parte trasera de la mansión de Andrada. Una pequeña puerta de servicio, oculta en un recodo del muro, se abrió con un chirrido casi inaudible. La figura menuda de Mencía, la sirvienta, apareció, su rostro una máscara de terror a la luz del candil que portaba.

—Por el amor de Dios, daos prisa —susurró, sus dientes castañeteando—. Los frailes que velan el cuerpo han ido a la cocina a tomar un caldo. No tardarán.

Inés le entregó un pequeño envoltorio de tela. —Aquí está la quinina para tu hermano. Tres tomas. Una cada día al caer el sol. Le bajará la fiebre.

Los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas de gratitud y miedo. Cogió el paquete como si fuera una reliquia y, sin más palabras, los guio al interior. La casa era un laberinto de pasillos fríos y estancias cubiertas por sábanas blancas que parecían fantasmas a la espera. El aire olía a cera quemada, a romero y a ese dulzor empalagoso y metálico de la muerte.

La cámara mortuoria era una de las salas nobles de la planta baja. Mencía les señaló la puerta y se desvaneció en la oscuridad, no sin antes santiguarse tres veces. Mateo se quedó fuera, pegado a la pared, su mano aferrada a la empuñadura de una daga que no había usado en cuarenta años, sus oídos atentos al menor sonido.

Inés empujó la puerta y entró. El cuerpo de Diego de Andrada yacía sobre el catafalco, rodeado por los cuatro cirios que proyectaban sombras danzantes en las paredes. Cerró la puerta con un cuidado infinito y se acercó. El silencio era tan profundo que podía oír el latido de su propio corazón, un tambor desbocado en sus oídos.

Dejó su bolsa de cuero en el suelo y desplegó sus herramientas sobre un paño: no escalpelos de cirujano, sino finas lancetas, varias vejigas de cerdo vacías y limpias, y una jeringa de metal que su padre había diseñado para extraer líquidos. Aquello era una herejía. Profanar el cuerpo de un cristiano, templo del alma, era un pecado

que se pagaba con la hoguera. Pero su juramento era más fuerte que su miedo.

Trabajó con una celeridad febril, sus movimientos precisos y económicos. Primero, un examen visual. Recorrió la piel del difunto con la yema de los dedos, buscando marcas, pinchazos, cualquier signo de violencia. Nada. Deslizó los párpados y confirmó lo que había vislumbrado: el terror seguía allí, atrapado en las pupilas. La rigidez era extrema, los músculos del cuello y la mandíbula duros como la piedra.

—No es natural —susurró para sí misma—. La apoplejía relaja el cuerpo, no lo tensa como una cuerda de vihuela.

Era el momento decisivo. Tomó la jeringa. Con una mano temblorosa pero firme, levantó la camisa del difunto y buscó el pliegue del codo. La aguja se hundió en la carne fría y extrajo una sangre oscura y espesa que llenó lentamente el cilindro de metal. Vació el contenido en una de las vejigas y la anudó con fuerza.

Luego, con una pequeña sonda y otra vejiga, procedió a tomar una muestra de la orina. Era el acto más humillante, el más profanador, pero necesario. Su padre le había enseñado que los venenos a menudo dejaban su rastro en los humores del cuerpo.

El último paso era el más arriesgado. Necesitaba una muestra del contenido estomacal. No podía hacer una incisión visible. Con una fina cánula que introdujo por la garganta del cadáver, aspiró una pequeña cantidad del líquido gástrico. El olor agrio que emanó casi le provocó una arcada.

De repente, un ruido en el pasillo. Unas voces graves, el arrastrar de unos pies. ¡Los frailes!

El pánico la atenazó. Por un instante, se quedó paralizada, la cánula aún en la mano, su mente en blanco. Afuera, oyó el susurro apremiante de Mateo: "¡Inés, por Dios!".

La sacudida de adrenalina la devolvió a la realidad. Con una velocidad que no creía poseer, guardó la última muestra, limpió sus

instrumentos, envolvió todo en el paño y lo metió en su bolsa. Arregló la ropa del difunto, asegurándose de que todo pareciera intacto. Las voces se acercaban.

Se pegó a la pared junto a la puerta, el corazón a punto de estallar. Oyó a los frailes entrar en la habitación, sus rezos reanudándose como un murmullo monótono. No habían notado nada.

Esperó una eternidad, contando cada segundo por el latido de sus sienes. Cuando creyó que era seguro, abrió la puerta una rendija mínima y se deslizó fuera. Mateo la agarró del brazo, su rostro pálido como la cera. Sin una palabra, siguieron el camino de vuelta, guiados por el recuerdo, hasta la puerta de servicio.

Una vez en la calle, el aire nocturno, húmedo y frío, nunca le había parecido tan dulce. Caminaron a paso rápido, sin mirar atrás, hasta la seguridad de la botica. Solo cuando la puerta de "La Mandrágora" se cerró tras ellos, Inés se permitió respirar.

Se apoyó contra la madera, cerrando los ojos. En su bolsa, las muestras eran un peso terrible y a la vez, una promesa. Había cruzado la línea. Ya no había vuelta atrás. La boticaria de San Jorge se había convertido, en el silencio de aquella noche, en una profanadora de tumbas. Y en la única esperanza de encontrar la verdad.

## Capítulo 11: El Veneno sin Nombre

De vuelta en la botica, con la puerta atrancada y el silencio de la madrugada como único testigo, la adrenalina que había sostenido a Inés durante la profanación comenzó a disiparse, dando paso a un agotamiento gélido y a una urgencia febril. Mateo, con el rostro surcado por una preocupación que no había visto en años, encendió un par de candiles más en la rebotica.

—Baja —dijo él, su voz un susurro ronco—. Yo vigilaré. Nadie se acercará.

Inés asintió, su gratitud demasiado profunda para las palabras. Se deslizó por la escalera secreta hacia el corazón de su mundo, el

laboratorio. El aire frío y el olor a alcohol y hierbas la recibieron, despejando los últimos vestigios del aroma a cera y muerte de la casa de Andrada.

Sobre la mesa de roble, a la luz danzante de la palmatoria, dispuso las tres vejigas de cerdo. Eran pruebas grotescas y preciosas: una con la sangre oscura del mercader, otra con su orina, la tercera con el contenido de su estómago. Su corazón aún latía con fuerza, pero sus manos, ahora, se movían con la precisión metódica que su padre le había inculcado. Aquel no era el cuerpo sagrado de un cristiano; eran muestras, materia que contenía una verdad oculta.

Comenzó la labor. No poseía los instrumentos de los futuros químicos, solo su ingenio, sus sentidos y los aparatos rudimentarios de un boticario avanzado. Acercó la vejiga con el contenido estomacal a su nariz. Un olor agrio, sí, pero con una nota extraña, vegetal y amarga, que no supo identificar.

Vertió una pequeña cantidad en un recipiente de vidrio y lo calentó suavemente sobre un mechero de aceite. No hubo vapores de colores extraños ni el olor a ajos quemados que delataba al arsénico. Probó a añadir unas gotas de vinagre fuerte a la muestra de sangre. Ninguna reacción, ninguna efervescencia. Repitió el proceso con la orina. Nada.

Descartados los venenos minerales más comunes, supo que la respuesta debía estar en los vegetales. Se dirigió al arcón y sacó sus tesoros. Primero, el *Dioscórides* comentado por Laguna, el pilar de la farmacopea europea. Buscó las descripciones de la cicuta, el acónito, la belladona. Los síntomas no cuadraban. La cicuta provocaba una parálisis ascendente, sí, pero también convulsiones y pérdida de la consciencia. La belladona dilataba las pupilas y secaba la boca, signos que no había observado.

Frustrada, abrió la *Defensiones* de Paracelso. El médico suizo hablaba de la dosis, de cómo cada sustancia podía ser remedio o veneno, pero sus descripciones eran a menudo crípticas, más filosóficas que clínicas. La rigidez muscular, la lucidez hasta el final,

los labios azules... no encontraba nada que se ajustara por completo.

El tiempo corría. Pronto amanecería y las campanas de las iglesias llamarían a maitines, marcando el fin de su noche de secretos. La desesperación comenzó a arañarle el ánimo. ¿Y si se había equivocado? ¿Y si el Doctor Velasco tenía razón y todo era una extraña manifestación de la apoplejía?

Fue entonces cuando sus ojos se posaron en el último libro, el más peligroso de todos, el que su padre había conseguido de un contrabandista a precio de oro: el herbario de plantas de las Indias. Era un manuscrito sin autor, lleno de dibujos toscos pero precisos y anotaciones en un castellano trufado de palabras indígenas.

Pasó las páginas con una urgencia renovada. Guayaco, zarzaparrilla, coca, tabaco... plantas cuyos nombres empezaban a sonar en los mentideros de Sevilla, pero cuyos verdaderos poderes pocos conocían. Y entonces, la encontró. La misma ilustración que había contemplado días atrás: una liana con pequeñas flores de un púrpura intenso. La anotación de su padre era escueta, pero la descripción del cronista anónimo era detallada:

*"Los indios del gran río la llaman 'la muerte silenciosa'. Untan con ella sus flechas. El animal tocado deja de moverse, sus miembros se vuelven como la piedra, pero sus ojos siguen vivos, mirando. El aliento se le acaba poco a poco, como una vela que se consume, y muere sin un quejido, con el pecho apretado. La sangre se le torna oscura y los belfos amoratados por la falta de aire..."*

Inés releyó la última frase una y otra vez. *La sangre se le torna oscura y los belfos amoratados*. Los labios azules. La parálisis con lucidez. El terror en los ojos. Todo encajaba. Era aquello. Un veneno del Nuevo Mundo, una sustancia desconocida para la medicina europea, traída a Sevilla en las bodegas de la misma flota que transportaba la plata y las especias.

El descubrimiento, lejos de traerle alivio, la llenó de un pavor más profundo que el que había sentido en la cámara mortuoria. Había

encontrado el *cómo*, pero esa respuesta abría un abismo de nuevas preguntas. ¿Quién en Sevilla, aparte de ella, podía conocer la existencia y los efectos de aquel veneno? ¿Un mercader rival? ¿Un marinero que lo trajo de contrabando? ¿Un médico heterodoxo como su padre?

Miró las muestras sobre la mesa, ahora imbuidas de un significado terrible. Tenía la prueba, pero era una prueba inútil. No podía llevarla ante ninguna autoridad. Explicar cómo la había obtenido era confesar un sacrilegio. Describir el veneno era revelar un conocimiento que, a ojos de la Inquisición, solo podía provenir del diablo.

El primer tañido de una campana lejana ascendió desde la ciudad dormida, un sonido metálico y puro que anunciaba el alba. La noche de la ciencia había terminado. Inés se quedó inmóvil en la penumbra de su laboratorio, con el libro prohibido abierto sobre la mesa. Había encontrado la verdad, pero esa verdad tenía un veneno sin nombre, y ella estaba sola, atrapada en su silencio.

## Capítulo 12: Máscaras en el Funeral

El funeral de Diego de Andrada fue un grandioso espectáculo de piedad y poder, una demostración pública de la riqueza que había acumulado y de la influencia que ejercía, incluso después de muerto. La iglesia de Santa María la Blanca, la más cercana a su mansión, se vio desbordada por una multitud que mezclaba a la élite mercantil conversa, a hidalgos de sangre vieja atraídos por la solemnidad del acto, y a un enjambre de curiosos y mendigos que esperaban beneficiarse de las limosnas que la viuda repartiría.

Inés acudió sola. Dejó a Mateo en la botica con la excusa de que alguien debía atender el negocio, pero la verdadera razón era protegerlo. Lo que había hecho la noche anterior la había marcado, y no quería que su sombra alcanzase también al anciano. Vestida con su luto más severo, el rostro oculto tras un denso velo, se situó en un rincón oscuro, cerca de un confesionario, desde donde podía observar sin ser vista.

El aire dentro de la iglesia era casi irrespirable, una mezcla abrumadora del humo de cientos de velas, el perfume dulzón de los lirios que adornaban el catafalco y el olor penetrante del incienso que los acólitos balanceaban en sus incensarios de plata. El murmullo de los rezos se mezclaba con los cuchicheos, creando una banda sonora de duelo y cotilleo.

Inés no rezaba. Sus ojos, agudos y analíticos, recorrían a los asistentes, estudiando sus rostros como si fueran las páginas de un libro. Vio a la viuda, Doña Blanca, hundida en su dolor, un pañuelo de encaje permanentemente apretado contra sus labios. A su lado, los hijos del mercader, dos jóvenes de semblante sombrío que parecían más abrumados por la repentina responsabilidad que por la pena.

En un banco cercano, distinguió a la familia Guzmán. Don Rodrigo mantenía una postura rígida, casi marcial, su rostro una máscara de impasible dignidad. Pero Inés notó el tic nervioso en su mandíbula. Su futuro yerno había muerto, llevándose consigo la salvación económica de su casa y dejando una mancha en el honor de su hija. Doña Elvira, la prometida, estaba a su lado, pálida como una figura de cera, la mirada perdida en el altar. ¿Había alivio tras esa máscara de dolor? ¿O era el vacío de un futuro que, si bien no deseado, al menos era seguro y ahora se había desvanecido?

Más interesantes aún eran los rivales comerciales de Andrada, un grupo de hombres vestidos de oscuro que ocupaban las primeras filas. Sus rostros mostraban la compunción adecuada, pero sus ojos se movían con rapidez, evaluando la situación, calculando el nuevo equilibrio de poder que la muerte de Andrada dejaba en el Consulado de Mercaderes. Inés aguzó el oído, intentando captar fragmentos de sus conversaciones susurradas.

—...una fortuna inmensa. La viuda no sabrá qué hacer con ella —dijo uno.

—...los negocios con Flandes quedan en el aire. Una oportunidad, si se sabe aprovechar —respondió otro, antes de bajar la voz al pasar

un sacerdote.

Eran los buitres, esperando su momento para repartirse los despojos del león caído. Cualquiera de ellos podría haber deseado la muerte de Andrada. Pero, ¿tendrían el conocimiento para usar un veneno tan exótico y preciso?

Mientras el coro entonaba el *Dies Irae*, Inés se deslizó entre la multitud, acercándose a un grupo de sirvientes de la casa que se apiñaban cerca de la puerta. Fingiendo ajustar su velo, se detuvo lo suficiente para escuchar.

—...no quiso cenar anoche. Decía que le ardía el estómago —contaba una mujer.

—Y esta mañana, antes de... se quejó de que sentía los pies como si fueran de plomo —añadió un hombre—. No podía casi tenerse en pie.

Pies de plomo. Ardor de estómago. Síntomas vagos, pero que, sumados a lo que ya sabía, comenzaban a dibujar un cuadro clínico coherente. La parálisis ascendente. El veneno actuando lentamente desde las extremidades hacia el centro vital del cuerpo.

El sermón del obispo fue largo y florido, alabando la generosidad del difunto con la Iglesia y advirtiendo sobre la vanidad de las riquezas terrenales. Inés apenas lo escuchó. Su mente estaba en otra parte, uniendo las piezas. El veneno había sido administrado, probablemente, en pequeñas dosis durante varios días. Quizás en la comida, o en el vino. Un método lento, insidioso, diseñado para simular una enfermedad natural.

Cuando el funeral terminó y la multitud comenzó a dispersarse, Inés permaneció en su rincón. Vio cómo los Guzmán se marchaban sin apenas dirigir una palabra a la familia del difunto, su honor herido más visible que su pena. Vio a los mercaderes formar corrillos en la plaza, sus gestos ya más animados, sus voces más altas.

La verdad estaba allí, oculta tras las máscaras de duelo, entre los pliegues de los vestidos de luto y las palabras de consuelo. El

asesino había estado en esa misma iglesia, quizás a pocos metros de ella, rezando por el alma del hombre al que había matado. Y mientras la ciudad enterraba a Diego de Andrada, Inés de Castro sabía que su propia cacería no había hecho más que empezar.

## Capítulo 13: El Castillo de San Jorge

Al otro lado del río, en la orilla de Triana, se alzaba una sombra de piedra que proyectaba su silueta sobre las aguas del Guadalquivir. No era un palacio ni una catedral, pero infundía más temor que ambos. El Castillo de San Jorge, antigua fortaleza almohade, era la sede del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición. Desde la bulliciosa Sevilla, sus muros parecían un recordatorio perpetuo y silencioso de un poder que no necesitaba alzar la voz para ser obedecido. Era una ciudadela dentro de la ciudad, un laberinto de oficinas, viviendas para los inquisidores y, en sus entrañas, las cárceles secretas, que un informe del propio Santo Oficio había calificado como "antros de horror, hediondez y soledad".

En una de las estancias nobles del castillo, Fray Damián de Mendoza leía a la luz de un candelabro de plata. La habitación era austera, casi monacal, pero cada objeto denotaba poder: el escritorio de roble macizo, los mapas de los dominios del rey en las paredes, el sello de lacre con el escudo del Santo Oficio sobre una pila de documentos. Fray Damián era un hombre de unos cuarenta años, de rostro afilado y ojos oscuros e inteligentes que parecían escrutar el alma de su interlocutor. Su hábito de dominico estaba impecable, y sus manos, pálidas y de dedos largos, se movían con una deliberada lentitud. No era un fanático; el fanatismo era una pasión desordenada, y en Fray Damián todo era orden, lógica y una ambición tan fría como el acero de una daga.

Unos discretos golpes en la puerta interrumpieron su lectura.

—Adelante.

Entró el Notario del Secreto, un hombrecillo gris cuya espalda ya se había encorvado por años de inclinar la cabeza ante sus superiores. Llevaba un legajo de papeles atado con una cinta roja.

—Señoría, traigo el resumen de los informes sobre la muerte del mercader Diego de Andrada.

Mendoza no le invitó a sentarse. Extendió la mano y tomó los papeles. Sus ojos recorrieron las líneas con rapidez, absorbiendo la información. Víctima: converso, inmensamente rico. Causa de la muerte según el médico de la ciudad: apoplejía. Rumores recogidos por los familiares del Santo Oficio en el Arenal y la antigua judería: muerte antinatural, posible brujería, castigo divino por tratos judaizantes.

El inquisidor dejó los papeles sobre la mesa. Una finísima sonrisa, casi imperceptible, curvó sus labios. Era la oportunidad que había estado esperando. La Corona necesitaba dinero para sus interminables guerras, y la élite mercantil conversa de Sevilla nadaba en la plata de las Indias. La pureza de la fe era un objetivo noble, sin duda, pero la confiscación de los bienes de los herejes era un instrumento de poder terrenal mucho más tangible.

—Un converso que muere sin confesión, rodeado de rumores de hechicería... —dijo Mendoza, más para sí mismo que para el notario —. Es un alma en peligro y una afrenta a la fe de esta ciudad.

Se levantó y caminó hacia el ventanal, desde donde se veía el perfil de la Giralda recortado contra el cielo nocturno. Sevilla. Una ciudad de santos y pecadores, de beatas y rameras, de nobles arruinados y mercaderes soberbios. Un rebaño que necesitaba un pastor con mano firme.

—El pueblo está inquieto —continuó, girándose hacia el notario—. Necesita el consuelo y la guía del Santo Oficio. Y nosotros tenemos el deber de extirpar la herejía allá donde anide.

Su voz era suave, casi sedosa, pero sus palabras eran una sentencia. El notario tragó saliva, sabiendo lo que vendría a continuación.

—Mañana, al alba, haréis proclamar el Edicto de Gracia en todas las parroquias de la ciudad —ordenó Mendoza—. Un tiempo para que los fieles, bajo secreto, puedan descargar sus conciencias y

ayudarnos a señalar a los lobos que se visten con piel de cordero. Que los buzones de delación se dispongan en lugar visible. Quiero que toda Sevilla sepa que el Santo Oficio vela por sus almas.

El notario hizo una reverencia y se retiró en silencio. Fray Damián de Mendoza volvió a su escritorio, pero no para leer. Juntó las yemas de los dedos y contempló la llama de la vela. La maquinaria se había puesto en marcha. Lenta, metódica, implacable. No buscaba un asesino. Buscaba un culpable que sirviera a sus fines. Y en la red de miedo y sospecha que estaba a punto de lanzar sobre la ciudad, sabía que, tarde o temprano, alguien quedaría atrapado.

## Capítulo 14: El Edicto del Miedo

El domingo siguiente a la muerte de Diego de Andrada, las campanas de Sevilla no tocaron a gloria. Su repique fue solemne, grave y ominoso, un llamado que congregó a los fieles en las parroquias no para celebrar la resurrección del Señor, sino para escuchar la voz de su más temible guardián en la tierra.

Desde el púlpito de la Iglesia del Salvador, un sacerdote dominico, con el rostro severo y la voz impostada para que resonara hasta el último rincón del templo, desplegó un pergamino sellado. Un silencio denso, cargado de expectación y temor, cayó sobre la multitud. Era el Edicto de Gracia, la herramienta con la que el Santo Oficio arrojaba su red sobre la ciudad.

—Nos, los inquisidores apostólicos contra la herética pravedad y apostasía... —comenzó el clérigo, y las palabras, frías y afiladas, cortaron el aire—. Amonestamos, exhortamos, requerimos y mandamos a todos y a cualquiera de vos que supiereis, o hubiereis visto, u oído decir de alguna persona, viva o difunta, ausente o presente, que haya dicho o hecho cosa que sea, o parezca ser, contra nuestra Santa Fe Católica...

Inés, de pie en la penumbra de una capilla lateral, sentía el peso de las miradas de sus vecinos. Nadie la miraba directamente, pero podía percibir los ojos de soslayo, las cabezas inclinadas, los cuerpos que se apartaban instintivamente de ella, la conversa.

La voz del sacerdote continuó, enumerando una letanía de pecados y herejías que abarcaban desde las blasfemias y la brujería hasta las más sutiles prácticas judaizantes. Habló de aquellos que guardaban el sábado, que no comían cerdo, que encendían candiles limpios en la víspera del sabbat o que lavaban la carne antes de cocinarla. Prácticas que Inés había visto en su propia casa, vestigios de una herencia que su padre le había enseñado a ocultar, pero no a olvidar.

—...lo delate a este Santo Oficio dentro de los próximos seis días —concluyó el dominico—. Y aquel que, sabiendo, callare, incurrirá en pena de excomunión mayor, y sus plegarias se transformarán en maldiciones, y maldecidos sean el pan y el vino que comiere, y la casa que habitare, y el lecho en que durmiere...

Un escalofrío colectivo recorrió la nave. El edicto no solo invitaba a la delación, la convertía en una obligación sagrada, y al silencio, en un pecado mortal. Al terminar la misa, la gente salió de la iglesia con prisa, sin detenerse a conversar en el atrio como era costumbre. El miedo se había instalado en la ciudad.

En los días siguientes, la atmósfera de Sevilla se enrareció. En el Barrio de Santa Cruz, la paranoia era un veneno que se filtraba por debajo de las puertas. Las conversaciones en los patios se extinguían cuando alguien se acercaba. Las viejas amistades se enfriaban, las rencillas se avivaban en silencio. Cualquier gesto, cualquier palabra fuera de lugar, podía ser malinterpretada y acabar en una nota anónima depositada en los buzones que la Inquisición había instalado en las puertas de las iglesias.

Lázaro, un tejedor cuya tienda lindaba con la rebotica de "La Mandrágora", escuchó el edicto con un fervor sombrío. Era un hombre de piedad ostentosa y rencor silencioso. Aún le debía al difunto padre de Inés una suma considerable por unas medicinas que le salvaron la vida a su hijo, y cada vez que veía la prosperidad silenciosa de la botica, sentía el aguijón de la envidia y la humillación. La muerte de Andrada y los rumores de brujería le habían dado una idea. El edicto le proporcionaba la oportunidad.

La cuarta noche, en la soledad de su obrador, a la luz de un candil maloliente, Lázaro afiló la punta de una pluma de ganso. Con letra torpe y maliciosa, redactó su denuncia. No acusaba directamente, sino que sembraba la duda, que era un método más eficaz y seguro.

Escribió sobre la boticaria, la conversa, una mujer que vivía sin la tutela de un hombre. Mencionó las luces que a veces veía encendidas en el sótano a altas horas de la noche. Habló de los olores extraños, no de hierbas comunes, que a veces emanaban de la chimenea. Insinuó que poseía conocimientos impropios de su sexo y condición, que preparaba remedios que no estaban en la farmacopea oficial. No firmó con su nombre. No era necesario. El secreto estaba garantizado.

Al amanecer, camino de la primera misa, Lázaro se detuvo ante la Iglesia de Santa Cruz. Miró a ambos lados de la calle desierta. Con un gesto rápido, casi furtivo, deslizó el papel doblado por la ranura del buzón de delaciones. El leve sonido de la hoja al caer dentro de la caja de madera fue, para él, el sonido de una justicia divina y personal. Para Inés, aunque aún no lo sabía, fue el primer chasquido de la trampa que se cerraba a su alrededor.

## Capítulo 15: La Germanía

La verdad que Inés había desenterrado en su laboratorio era una jaula. Sabía *qué* había matado a Diego de Andrada, pero no tenía idea de *quién*. El veneno, esa resina silenciosa del Amazonas, no se vendía en las boticas ni se recetaba en las consultas. Había entrado en Sevilla como una serpiente, deslizándose por los canales ocultos del contrabando que bullían en el puerto. Y para seguir el rastro de una serpiente, había que descender a su nido.

Durante dos días, Inés apenas durmió. Repasó los viejos libros de cuentas de su padre, buscando no deudas ni pagos, sino nombres. Nombres de marineros a los que había curado de fiebres tropicales, de estibadores a los que había vendido ungüentos para sus manos agrietadas, de personajes de la periferia social que, en algún

momento, habían tenido una deuda de gratitud con el boticario Castro.

Encontró uno: un tal "Cascabel", un mozo de cuerda al que su padre había salvado de una infección en la pierna sin cobrarle un maravedí. A través de él, y tras el pago de dos relucientes reales de a ocho que el hombre miró con ojos desorbitados, consiguió concertar una reunión. El nombre que le dio fue un apodo susurrado con una mezcla de miedo y respeto: "El Culebro".

La cita era al anochecer, en una taberna sin nombre en el callejón de la Mancebía, un lugar donde la miseria del Arenal se volvía más densa y pegajosa. Inés se vistió con sus ropas más humildes, un sayo pardo y un manto raído que le cubría el rostro casi por completo. Aun así, se sentía tan fuera de lugar como un canario en un nido de cuervos.

La taberna era un antro oscuro, iluminado por la luz sucia de unos pocos candiles de aceite que hacían brillar los dientes y los ojos de los parroquianos. El aire era una masa espesa de humo de tabaco, vino agrio derramado y sudor rancio. En las mesas, hombres de rostros curtidos y manos callosas bebían y hablaban en una jerga gutural y rápida que Inés apenas reconocía como castellano. Era la *germanía*, el lenguaje críptico de los delincuentes, diseñado para que nadie ajeno a su hermandad pudiera entenderlos.

Se sentó en la mesa más apartada, como le habían indicado, manteniendo la cabeza gacha. El tabernero, un hombre con una cicatriz que le cruzaba la cara, le sirvió una jarra de vino sin preguntarle, dejándola sobre la madera con un golpe sordo. Inés no la tocó. Cada minuto que pasaba era una tortura. Sentía las miradas clavadas en ella, evaluándola, desnudándola.

Finalmente, un hombre se sentó frente a ella. Era delgado, de edad indefinida, con unos ojos pequeños y negros que se movían sin cesar, como dos insectos inquietos. No llevaba armas a la vista, pero toda su persona emanaba un peligro silencioso y escurridizo.

—Te llaman la boticaria —dijo, sin preámbulos. Su voz era un siseo —. Tienes agallas, o te falta seso, para venir a *piar* a mi *gualtería*.

Inés no entendió la mitad de las palabras, pero captó el tono de desprecio. *Piar*, *gualtería*... eran muros que él levantaba con el lenguaje.

—Busco información —respondió ella, obligándose a mantener la voz firme—. Y estoy dispuesta a pagar por ella.

El hombre sonrió, una mueca sin alegría. —La *parla* es plata. ¿Qué *garlo* buscas?

—Un veneno. Una resina traída de las Indias. Entró en la ciudad hace poco, de contrabando. Mata paralizando el cuerpo, pero deja la mente intacta hasta el final.

"El Culebro" dejó de sonreír. Sus ojos de insecto se fijaron en los de ella, ahora con una chispa de interés profesional. Se inclinó sobre la mesa.

—Eso es *garlo* de *godos*, boticaria. Asunto de gente peligrosa. ¿Para qué lo quieres saber?

—Un hombre ha muerto. Un hombre importante. Y se culpará a inocentes si no se encuentra al verdadero responsable.

—La justicia no es mi oficio.

—No busco justicia. Busco un nombre. El del marinero o el contrabandista que trajo esa sustancia a Sevilla.

"El Culebro" se recostó en su asiento, tamborileando los dedos sobre la mesa. La estudió en silencio durante un largo minuto.

—Cien ducados —dijo al fin.

Inés sintió un vuelco en el estómago. Era una fortuna. El trabajo de meses en la botica. Pero asintió sin dudar.

—Cincuenta ahora. Cincuenta cuando me traigas el nombre.

El hombre soltó una risa seca. —Trato hecho. Pero ten cuidado, boticaria. Hay *gardos* que por mucho menos te harían *cantar en el ansia*. No vuelvas por aquí. Yo te haré llegar el recado.

Se levantó con la misma rapidez silenciosa con la que había llegado y se desvaneció entre las sombras de la taberna. Inés dejó una bolsa de cuero con las monedas sobre la mesa y salió de allí sin mirar atrás, el corazón martilleándole contra las costillas. Al volver a pisar las calles menos sórdidas de la ciudad, respiró hondo, como si emergiera de una tumba. Se había adentrado en la oscuridad y había hecho un pacto. Ahora, no solo era una profanadora, sino también la cliente de un soplón del hampa. Cada paso que daba para encontrar la verdad la hundía más en un mundo del que sabía que, tarde o temprano, le sería imposible escapar.

## Capítulo 16: Un Trato en la Oscuridad

El dinero, cincuenta ducados de oro, pesaba en la bolsa que Inés llevaba oculta bajo el sayo pardo. Era una suma exorbitante, capaz de comprar la lealtad de un hombre o de sellar una sentencia de muerte. Mientras se adentraba en los callejones fétidos de la Mancebía, en el corazón del Arenal, sentía que cada moneda era un paso más hacia un mundo del que no podría regresar limpia.

Mateo le había suplicado que no fuera.

—Es una locura, Inés. Esa gente te abrirá en canal por la mitad de ese dinero. Son el hampa. No tienen honor.

—No busco honor, Mateo, busco información. Y ellos son los únicos que la tienen.

La taberna sin nombre era un agujero en la pared, un simple portalón que daba a una sala baja y llena de humo. El olor a vino agrio, pescado frito y sudor humano era tan denso que casi se podía mascar. Al entrar, las conversaciones en *germanía* cesaron al instante. Todas las miradas se volvieron hacia ella. Eran rostros curtidos por el sol y la horca, hombres con cicatrices que contaban

historias de cuchilladas, marineros, pícaros y rufianes. Por un momento, el miedo la paralizó.

—Busco a "El Culebro" —dijo, su voz más firme de lo que se sentía.

Un hombre con una cicatriz que le cruzaba un ojo rio entre dientes y señaló con la barbilla una mesa en el rincón más oscuro.

Allí estaba. Era un hombre delgado, casi esquelético, de edad indefinida. Sus ojos, pequeños y negros, se movían sin cesar, escrutándolo todo. No parecía peligroso, pero había en él una quietud de reptil que helaba la sangre. Vestía con una limpieza sorprendente en aquel antro.

Inés se sentó frente a él. "El Culebro" no la saludó. Se limitó a esperar.

—Me han dicho que vos sabéis todo lo que se mueve en el puerto —comenzó Inés, yendo al grano.

—La gente *parla* mucho —siseó él, usando la jerga del hampa.— Y yo escucho. Pero la *parla* cuesta *garló*.

—Busco una cosa. Una resina de las Indias. Un veneno. Llegó con la última flota, de contrabando.

Los ojos de "El Culebro" se entrecerraron. El interés había reemplazado a la indiferencia.

—Eso es *garlo* de *godos* —murmuró, usando el término de la germanía para referirse a asuntos peligrosos o de gente importante —. No son simples. ¿Para qué lo busca una boticaria?

—Un hombre ha muerto.

—Muchos mueren.

—Un hombre importante. Diego de Andrada.

"El Culebro" tamborileó los dedos sobre la mesa. La mención del mercader converso cambió el aire de la negociación.

—Andrada... —repitió—. Mucha plata. Muchos enemigos. La Inquisición anda *husmeando*, ¿sabes? Buscan herejes para *afanar* sus bienes.

—La Inquisición busca herejes. Yo busco a un asesino. El veneno entró por el puerto. Alguien lo trajo, alguien lo vendió. Quiero un nombre. El del marinero que lo trajo.

El soplón la miró fijamente. Podía ver el cálculo en sus ojos rápidos.

—Cien ducados.

—Es un robo.

—La información es buena. Y el cuello que pongo en riesgo es el mío. Cien ducados. Cincuenta por delante.

Inés respiró hondo. Era el precio de la verdad. Deslizó la bolsa pesada sobre la mesa. "El Culebro" la cogió con un movimiento rápido, la sopesó y la hizo desaparecer bajo su jubón.

—Espera aquí.

Se levantó y se perdió entre la multitud de la taberna, hablando en susurros con varios hombres. Inés esperó, cada minuto una eternidad, sintiendo el sudor frío en su nuca. El tabernero le dejó una jarra de vino turbio que no probó.

Diez minutos después, "El Culebro" regresó y volvió a sentarse.

—Puede que haya algo —dijo en voz baja—. Un marinero del *San Nufro* , uno de los galeones de la flota. Un tal Bartolomé Viera. Alardeaba en una taberna hace dos noches de haber traído una "resina que paraliza a los monos", un veneno de los indios del Amazonas. Dijo que se lo había vendido a un *santo*, un hombre de iglesia, por una fortuna.

Un hombre de iglesia. La sangre de Inés se heló. Aquello era peor de lo que había imaginado.

—¿Dónde encuentro a ese marinero?

—Ya no está. Se embarcó de nuevo ayer. Pero la resina está en Sevilla. Y si lo compró un *santo*...

"El Culebro" se encogió de hombros, como si el resto no fuera asunto suyo.

—Quiero el nombre del comprador —dijo Inés, su voz tensa.

—Eso es más difícil. Y más caro.

—Encuéntralo. Tendrás los otros cincuenta ducados. Y cincuenta más.

El soplón asintió, una lenta sonrisa de serpiente dibujándose en su rostro.

—Ve con Dios, boticaria. Y ten cuidado. Has metido las manos en un nido de víboras.

Inés se levantó y salió de la taberna, mezclándose de nuevo con las sombras. El aire de la noche, aunque viciado por los olores del río, le pareció limpio. Tenía una pista. Una pista terrible que no apuntaba a un mercader rival, sino a alguien protegido por la sotana. Y en una ciudad gobernada por la fe, no había nadie más peligroso que un hombre de Dios.

## Capítulo 17: El Segundo Cuerpo

Los días que siguieron al Edicto de Gracia sumieron a Sevilla en una fiebre silenciosa. La paranoia, más contagiosa que cualquier peste, se extendía por los corrales de vecinos, los mercados y los atrios de las iglesias. En la antigua judería, las puertas se cerraban más temprano y las conversaciones se habían convertido en susurros temerosos. Todos sabían lo que significaba el edicto: la Inquisición buscaba víctimas, y la muerte antinatural de un converso rico como Diego de Andrada era el cebo perfecto.

Inés pasaba las horas en la botica, realizando sus tareas con una calma exterior que contrastaba con la tormenta de su interior. Cada vez que sonaba la campanilla de la puerta, su corazón daba un

vuelco, esperando ver el rostro reptiliano de "El Culebro" o, peor aún, la sotana negra de un familiar del Santo Oficio.

La noticia llegó al atardecer, no como un susurro, sino como un grito que desgarró la relativa calma de la calle. Primero fue el repique desordenado de una campana de la iglesia de San Salvador, seguido de un clamor de voces que crecía en volumen.

—¡Mateo, mira qué ocurre! —ordenó Inés, mientras un grupo de gente pasaba corriendo frente a la botica.

El anciano aprendiz se asomó al umbral y agarró del brazo a un muchacho que huía como alma que lleva el diablo.

—¿Qué pasa, niño? ¿A qué viene tanto espanto?

—¡Otro más! —jadeó el muchacho, con los ojos desorbitados por el terror—. ¡Don Gaspar de Fonseca, el mercader de lanas! ¡Se ha muerto en su escritorio!

Inés sintió que el suelo se hundía bajo sus pies. Gaspar de Fonseca. No era un nombre cualquiera. Era el socio principal de Diego de Andrada.

—¡Ha sido el diablo! —gritaba una mujer desde el otro lado de la calle—. ¡Igual que a don Diego! ¡Se quedó tieso como un leño, con los ojos abiertos y sin poder respirar!

—¡Y los labios azules! —añadió otra voz—. ¡Azules como el infierno! ¡Es la marca de la herejía!

Mateo cerró la puerta de golpe y corrió la tranca. Se volvió hacia Inés, su rostro ceniciento.

—Dos. Dos conversos ricos. Con los mismos síntomas. Inés, esto es una caza.

El pánico se desató. Aquella noche, la comunidad conversa no durmió. Ya no era un incidente aislado, era un patrón. Una sentencia. La Inquisición no necesitaría más pruebas. Los rumores de brujería y ritos judaizantes se encendieron como la pólvora. El

relato popular era unánime: Dios, o el Diablo, estaba purgando a los falsos cristianos.

Y al otro lado del río, en el Castillo de San Jorge, Fray Damián de Mendoza recibía la noticia con una serena satisfacción.

—Dos, Señoría —informó el Notario del Secreto, colocando un nuevo informe sobre el escritorio del inquisidor—. Gaspar de Fonseca. Socio de Andrada. Muerto de la misma manera inexplicable. El pueblo habla de brujería.

Mendoza asintió lentamente. —Cuando el pueblo teme, busca el orden. Y nosotros somos el orden.

—Hay más, Señoría. Ha llegado esta delación anónima del buzón de Santa Cruz.

El inquisidor tomó el papel que le tendía el notario. Era la nota del tejedor Lázaro. La leyó con atención, sus ojos oscuros deteniéndose en las palabras clave: *boticaria*, *conversa*, *luces a deshoras*, *olores extraños*, *conocimientos impropios*.

Mendoza levantó la vista. La primera muerte fue una oportunidad. La segunda era una confirmación. Y ahora, la delación anónima le proporcionaba un rostro, un nombre al que dirigir su investigación.

—Inés de Castro —murmuró, paladeando el nombre—. La hija del boticario Samuel. Un hombre de saberes... peculiares.

Colocó la denuncia sobre el informe de la muerte de Fonseca. Las piezas encajaban, no en el rompecabezas del asesinato, sino en el mosaico que él estaba construyendo.

—Que nuestros familiares comiencen la investigación secreta — ordenó con voz suave. —Quiero saber cada paso que da esa mujer. Dónde va, con quién habla, qué compra y qué vende. Que la vigilen día y noche.

Mientras el pánico se apoderaba de la judería y la maquinaria inquisitorial comenzaba a girar, Inés de Castro, ajena a la sombra que se cernía sobre ella, solo tenía un pensamiento: el Doctor

Velasco. El médico que había diagnosticado "apoplejía" en el primer cuerpo, no podría ignorar el segundo. Ya no podía ser un escéptico. Tenía que convertirse en un aliado.

## Capítulo 18: La Duda del Doctor

La muerte de Gaspar de Fonseca golpeó al Doctor Mateo Velasco con la fuerza de un martillo. Su diagnóstico de "apoplejía fulminante" en el caso de Andrada, emitido con la soberbia autoridad que le confería su cátedra y su estricta adhesión a Galeno, ahora se resquebrajaba. Una muerte súbita era un capricho de los humores; dos muertes idénticas, en hombres de la misma complexión y círculo social, con los mismos síntomas anómalos que el vulgo achacaba a la brujería, eran un patrón. Y ese patrón señalaba su ignorancia.

Durante dos días, Velasco no salió de su estudio. Se rodeó de sus textos, releyendo a Avicena y a Hipócrates, buscando una explicación para la rigidez, para los labios azules, para la asfixia sin congestión. No la encontró. Sus libros hablaban de sangres coléricas y flemas frías, pero no de una parálisis lúcida. Admitir que no sabía era aterrador; admitir que la hija de Samuel Castro, una mujer, una conversa, pudiera saber más, era impensable. Pero la alternativa —que la Inquisición comenzara a quemar gente por una "plaga de brujería" que él, como médico, no podía explicar— era una mancha en su conciencia profesional y en su fe.

La tercera noche, incapaz de soportar la duda, tomó una decisión que iba contra todo su decoro. Se cubrió con un capote oscuro, sin insignias de su oficio, y caminó por las callejuelas más apartadas, un hombre poderoso reducido a una sombra por el miedo a lo desconocido.

La botica estaba cerrada. Golpeó la puerta de la vivienda, no con los nudillos, sino con la yema de los dedos, un toque apenas audible. Fue Mateo quien abrió, con un candil en la mano. Al ver al doctor, su rostro se ensombreció.

—Perdonad la hora, Mateo. Necesito hablar con vuestra señora.

Mateo lo dejó pasar a la rebotica, atrancando la puerta tras él. El lugar olía a hierbas secas y a cera. Inés apareció desde la trastienda, secándose las manos en un paño. No mostró sorpresa, solo una calma expectante.

—Doctor Velasco. Es tarde para una visita.

—He... he venido de la casa de Fonseca —mintió Velasco, su voz perdiendo la impostación habitual—. La viuda está desolada.

—Lo imagino.

—Los síntomas... Inés, eran idénticos.

El silencio se posó entre ellos. Velasco la miraba, no como el colega de su padre, sino como un hombre que se ahoga y busca una tabla.

—Vos visteis el cuerpo de Andrada —continuó él, tragando saliva—. En el funeral... y en su casa. Notasteis... cosas. Me lo dijisteis. La piel fría, la fatiga.

—Y vos me dijisteis que era melancolía.

—Me equivoqué —soltó Velasco, y la confesión pareció costarle un esfuerzo físico—. Aquello no era apoplejía. Ni en Andrada, ni en Fonseca. Los síntomas no se corresponden con nada descrito en los tratados. La rigidez, la cianosis... es como si el aliento les fuera robado del cuerpo.

Inés lo miró fijamente. Era el momento.

—No es brujería, doctor. Es química.

—¿Qué queréis decir? —preguntó él, con un deje de alarma.

—La gente del vulgo teme lo que no entiende. Y la Inquisición también. Pero vos y yo... nosotros seguimos la razón. ¿No es así?

Velasco asintió, cauteloso. Inés se giró y caminó hacia la escalera de su laboratorio.

—Venid. Pero lo que veáis aquí, debe morir aquí. Por vuestra alma y por la mía.

El doctor, aterrorizado pero incapaz de retroceder, la siguió por el pasadizo secreto. La visión del laboratorio subterráneo lo dejó sin aliento: el alambique, los morteros, y sobre todo, los libros prohibidos apilados en el arcón. Aquello era la prueba flagrante de la herejía que Fray Damián buscaba.

—¡Por Dios, Inés! —susurró, señalando un volumen con el título de Paracelso—. ¿Sabéis lo que os harían por esto?

—Me darían las gracias por encontrar a un asesino, espero —replicó ella con ironía, abriendo el herbario de las Indias. Omitió por completo la autopsia; no necesitaba confesar ese crimen. Le bastaba con la verdad de sus libros—. Mi padre tenía razón, doctor. La medicina de Galeno es ciega a las nuevas verdades que llegan en esos barcos.

Puso el dedo sobre la ilustración de la liana amazónica.

—Leed.

Velasco acercó el candil. Sus ojos recorrieron la descripción de la "muerte silenciosa": la parálisis, la lucidez, los labios amoratados por la falta de aire. Palideció visiblemente.

—Curare... —murmuró, leyendo la anotación de Samuel Castro—. No... no es posible. ¿Quién tendría acceso a esto? ¿Y el conocimiento para usarlo?

—Un asesino muy inteligente. Alguien que sabía que ningún médico en Sevilla podría identificarlo. Alguien que quería que pareciese un acto del diablo.

Velasco se apartó de la mesa, horrorizado. La evidencia era irrefutable. Su mundo de humores y sangrías se había derrumbado, reemplazado por una ciencia de venenos exóticos y química precisa.

—¿Qué... qué pretendéis hacer? —preguntó, su voz temblando.

—Encontrar al asesino —dijo Inés—. Porque si no lo hacemos, el inquisidor encontrará a un hereje. Y su mirada ya está puesta sobre este barrio.

El doctor comprendió la trampa. Si revelaba lo de Inés, la condenaba. Si callaba, se hacía cómplice de sus prácticas heréticas. Pero si el asesino seguía actuando, y él, el médico principal de la ciudad, no podía explicar las muertes, la Inquisición tomaría el control de todas formas, y su propia reputación quedaría destruida.

—Yo no puedo... —comenzó a decir, negando con la cabeza.

—Podéis —le atajó Inés—. Vos tenéis acceso a los círculos de poder. Podéis escuchar, preguntar. Yo tengo el conocimiento para interpretar lo que oigáis. No os pido que creáis en Paracelso. Os pido que creáis en lo que habéis visto. Dos hombres muertos, de la misma forma antinatural.

Velasco la miró. Vio en ella la misma inteligencia terca y peligrosa de su padre. Pero esta vez, no había condescendencia en sus ojos, solo un miedo compartido.

—Que Dios nos perdone —murmuró finalmente—. ¿Qué es lo que buscamos?

—Buscamos al hombre que trajo esta resina a Sevilla. Y al hombre que la compró.

Salió de la botica tan sigilosamente como había llegado, un hombre de ciencia tradicional que acababa de hacer un pacto secreto con la nueva era. Inés, ahora, ya no estaba completamente sola. Tenía un aliado. Precario, aterrorizado, pero un aliado al fin.

## Capítulo 19: Ojos en la Sombra

La precaria alianza con el Doctor Velasco era un arma de doble filo. Por un lado, Inés había roto su aislamiento; ya no era la única que conocía la verdad científica tras las muertes. Por otro, había duplicado el peligro. Ahora no solo guardaba sus propios secretos, sino también el del médico, un hombre de la élite de cristianos viejos que se había atrevido a escucharla.

Los días se volvieron una lección de actuación. De cara al público, Inés era la boticaria enlutada, despachando ungüentos para el

reuma y jarabes para la tos con una devoción impecable. De noche, en su laboratorio, era una química febril, volviendo a analizar las muestras, buscando un antídoto, por teórico que fuera, para la resina amazónica. Y entre ambos mundos, se convirtió en una mujer acechada.

Comenzó de forma sutil, como una nota discordante en una melodía conocida. Fue en la Plaza de la Alfalfa, donde acudía a comprar hierbas frescas a los hortelanos. Era un hervidero de pregones, mulas y canastos, pero entre el caos, notó a un hombre. Era de mediana edad, vestido con un jubón pardo sin adornos, y no compraba nada. Sus ojos, ni hostiles ni curiosos, simplemente se posaban en ella y permanecían.

Inés desvió la mirada, pagó sus hierbas e intentó disolver la sensación en el gentío. Pero al doblar la esquina de la calle de la Caza, lo volvió a ver, esta vez hablando tranquilamente con un alguacil.

La verdadera helada llegó por la tarde. Vio a Doña Elvira, la mujer que había comprado agua de azahar en el capítulo uno, acercarse a la botica. Sus miradas se cruzaron. Elvira, que siempre la saludaba con una sonrisa lastimera, palideció, se santiguó con un gesto rápido y cruzó la calle bruscamente, casi corriendo, para evitar la puerta de "La Mandrágora".

No fue un hecho aislado. Al día siguiente, el panadero que le servía desde que era niña dejó el pan en la puerta y se marchó sin esperar la paga, sin cruzar palabra.

El edicto de gracia estaba haciendo su trabajo. El veneno de la sospecha se propagaba más rápido que el curare. Era la conversa. La que vivía sola. La que tenía conocimientos extraños. La que había sido denunciada por Lázaro el tejedor.

—Te vigilan, Inés —le confirmó Mateo esa noche, mientras atrancaba la puerta. Su voz era apenas un soplo—. El hombre del jubón pardo. Es un "familiar" del Santo Oficio.

Un familiar. No un inquisidor togado, ni un soldado, sino algo peor: un laico al servicio del tribunal. Un vecino, un artesano, un noble menor, con potestad para portar armas y el deber de informar. Eran los ojos y oídos de Fray Damián, una red invisible que cubría la ciudad.

El pánico, frío y agudo, amenazó con paralizarla. La botica, su refugio, se había convertido en una pecera de cristal. Cada cliente que entraba era un posible espía. Cada pregunta sobre un remedio, una trampa potencial.

—¿Cómo... cómo voy a...? —comenzó a decir, pensando en "El Culebro".

—No saldrás —dijo Mateo, tajante—. No de noche. Y de día, solo lo imprescindible. El doctor tampoco debe venir.

—Pero la información...

—El soplón encontrará la manera. Esa gente sabe moverse en las sombras. Y el doctor... si es listo, enviará a un criado de confianza.

Inés subió a su vivienda y miró por la celosía. La calle estaba casi vacía, bañada por la luz cobriza del atardecer. Y allí estaba él. El hombre del jubón pardo. Sentado en un poyo al otro lado de la calle, hablando ociosamente con un vendedor de agua, pero su rostro, impasible, estaba orientado hacia la puerta de la botica.

La caza de la que hablaba Mateo era real. Fray Damián de Mendoza había movido su primera pieza, y la había colocado directamente sobre ella. Ya no era solo una investigadora; era la principal sospechosa.

## Capítulo 20: La Pista del Marinero

Habían pasado tres días desde la visita del Doctor Velasco y dos desde que el familiar del Santo Oficio se había apostado frente a "La Mandrágora". Tres días en los que Inés vivió en una prisión de cristal. El hombre del jubón pardo no hacía nada, no acusaba, no entraba. Simplemente, estaba. Sentado en el poyo de la casa de

enfrente, observando a cada cliente que entraba y salía, su mera presencia era un grito de advertencia que toda la calle podía oír.

Los vecinos, que antes la saludaban con una mezcla de respeto y lástima, ahora cruzaban la calle para no pasar por su puerta. La botica estaba casi vacía. El miedo era un miasma que asfixiaba el negocio y la vida.

—No vendrá —susurró Inés a Mateo, mientras ambos fingían ordenar unos albarelos en la rebotica—. "El Culebro" no se arriesgará a que lo vean hablando conmigo.

—Esa gente tiene sus propios correos, niña. No desesperes — respondió el anciano, aunque su voz sonaba hueca.

—¿Y si lo han apresado a él? ¿Si el familiar sabe de mi visita a la taberna?

—El familiar sabe lo que le han dicho. Y la gente del hampa no *parla* con la Inquisición, si puede evitarlo.

La campanilla de la puerta sonó, sobresaltando a ambos. Inés compuso su rostro de viuda piadosa y salió al mostrador. Era un niño, un *pícaro* de no más de diez años, descalzo y cubierto de una roña que parecía su segunda piel. Llevaba una jaula de mimbre con dos grillos que cantaban lastimeramente.

—¿Qué se te ofrece, pequeño? —preguntó Inés con dulzura.

—Un ochavo de ungüento de romero, señora —dijo el niño, con la voz astuta de un adulto—. Para las rozaduras de mi burro.

Inés frunció el ceño. Aquel niño no tenía burro ni para comprarle una herradura. Miró instintivamente a través de la puerta. El familiar del jubón pardo seguía allí, impasible.

Preparó una pequeña porción del ungüento más barato en una hoja de col. El niño se acercó al mostrador y dejó caer un puñado de monedas de cobre, un caos de maravedíes sucios.

—Ahí tenéis, señora. Contadlo bien.

Mientras Inés apartaba las monedas con los dedos, notó algo entre ellas. Un trozo de papel minúsculo, doblado tantas veces sobre sí mismo que parecía otra moneda sucia. El niño la miró fijanente, un segundo, sin cambiar la expresión.

—Y que Dios os guarde —dijo el pilluelo, agarrando su ungüento. Salió de la tienda, silbando, y pasó por delante del familiar sin dedicarle una mirada.

Inés barrió las monedas y el papel en su cuenco de madera. Con el corazón latiéndole en la garganta, esperó a que la calle quedara desierta. Luego, con manos temblorosas, volvió a la rebotica.

—Tenías razón, Mateo.

Desdobló el papel. No había firma. Solo unas pocas palabras, escritas con carboncillo y con una caligrafía tosca:

*Bartolomé Viera.*

*Marinero del 'San Nufro'.*

*Gasta su plata en 'La Zancuda', Mancebía.*

*Alardeó de 'muerte de mono' de las Indias.*

Inés apretó el papel en su puño. El *San Nufro*. Era uno de los galeones de la flota que había atracado en el Arenal. "El Culebro" había cumplido. Tenía un nombre y un lugar.

La euforia duró un segundo, reemplazada por una frustración gélida. Tenía la pista, la única pista que podía llevarla al asesino y salvarla de la Inquisición, pero no podía seguirla. Estaba atrapada. La Mancebía, el barrio de las prostitutas y las tabernas, era el lugar más peligroso de Sevilla para cualquier mujer, pero para ella, la conversa vigilada por el Santo Oficio, era un suicidio.

—No puedo ir —susurró, mirando el papel—. Mateo, no puedo...

—Yo iré —dijo el anciano, con una determinación que Inés no le conocía.

—A ti también te vigilan. Eres mi sombra. Si vas a la Mancebía, lo sabrán.

—Pues tendrá que ir alguien que no tema ni a Dios ni al Diablo —dijo Mateo, pensativo—. Y creo saber quién.

Inés levantó la vista. El anciano la miraba con una extraña mezcla de miedo y resolución.

—El Doctor Velasco —dijo Mateo—. Él puede. Él debe.

## Capítulo 21: Justicia por la Espada

Mientras la red de Fray Damián de Mendoza se tejía con hilos de delación y vigilancia secreta, y mientras Inés de Castro se consumía en su prisión de silencio, una tercera fuerza, ciega a la ciencia y sorda a la teología, estaba a punto de estallar. En la casa de los Guzmán, el luto no había traído paz, sino una rabia sorda y febril.

Don Rodrigo de Guzmán llevaba días sin apenas hablar, puliendo la hoja de su espada toledana hasta que el acero brillaba con una luz fría y mortecina. La muerte de Diego de Andrada no era para él una tragedia personal —despreciaba al mercader por su sangre—, sino un cataclismo social. La alianza económica que iba a salvar su patrimonio se había evaporado, pero, peor que eso, su casa había sido salpicada por un escándalo. La muerte de Andrada, tan antinatural y pública, sin confesión y rodeada de rumores de brujería, convertía a su hija Elvira en "la prometida del hereje", una mancha que ningún dote futuro podría limpiar.

El honor, ese "patrimonio del alma" que para un hidalgo de Castilla era más real que la vida, había sido herido. Y el código del honor no entendía de venenos exóticos ni de procesos inquisitoriales; exigía una reparación visible, inmediata y sangrienta.

Don Rodrigo no buscaba pruebas. Buscaba un culpable. Su torpe investigación, basada en los chismes de su mayordomo y en su propio orgullo herido, se había fijado en un blanco: Don Lorenzo de Frías, otro acaudalado mercader converso, rival de Andrada en el comercio de tintes y conocido por haber competido por la mano de

Doña Elvira antes de que Andrada asegurara el trato. Para Don Rodrigo, la lógica era simple: Frías tenía un motivo y, como converso, era intrínsecamente capaz de cualquier bajeza.

Esa mañana, Don Rodrigo de Guzmán se vistió con su mejor traje de terciopelo negro, se ciñó la espada y salió de su casa con la determinación de un hombre que camina hacia el cadalso o hacia la gloria.

Lo encontró en las gradas de la Catedral, cerca de la Casa Lonja, donde los mercaderes se reunían para cerrar sus tratos. El sol de la mañana iluminaba la plaza, llena de clérigos, escribanos y hombres de negocios. Don Lorenzo de Frías, un hombre corpulento y de ademanes expansivos, reía con un grupo de colegas.

Don Rodrigo se abrió paso entre ellos. El silencio se hizo a su alrededor cuando los presentes reconocieron al viejo hidalgo.

—Don Lorenzo de Frías —dijo Don Rodrigo, su voz clara y resonante en el murmullo de la plaza.

Frías se volvió, sorprendido. La sonrisa se borró de su rostro al ver la expresión del noble.

—Don Rodrigo. Mis condolencias por vuestra...

No pudo terminar la frase. Don Rodrigo le abofeteó el rostro con su guante de cuero. El sonido fue seco, como un latigazo. Un grito ahogado se oyó entre los presentes.

—¡Infame! —escupió Don Rodrigo—. Habéis mancillado el nombre de mi casa. Vuestras artes viles y vuestra sangre impura han traído el escándalo a mi familia.

Don Lorenzo, con la mejilla enrojecida, retrocedió un paso, llevándose la mano instintivamente a la empuñadura de la daga que llevaba al cinto, un adorno más que un arma.

—¡No sé de qué habláis, hidalgo! ¡Estáis loco!

—¡Hablo de honor! —rugió Don Rodrigo, arrojando el guante al suelo entre ellos—. Un concepto que vos y vuestra ralea no podéis comprender. Os acuso de ser la causa de mi deshonra. ¡Y os desafío, aquí y ahora, a que la limpiéis con vuestra sangre, si es que tenéis la hombría de un cristiano!

El escándalo fue mayúsculo. Un cristiano viejo, un noble de estirpe, retando a duelo a un converso en el lugar más público de Sevilla. El duelo era un privilegio de nobles, y aunque ilegal, era una afrenta que Frías no podía ignorar sin perder la poca honra que la sociedad le concedía.

—¡Acepto, viejo loco! —gritó Frías, lívido de rabia—. ¡Os haré tragar vuestras palabras y vuestro orgullo!

La noticia corrió por Sevilla más rápido que la peste. Cuando Mateo, temblando, le contó a Inés lo sucedido, ella sintió un mareo. Aquel acto de soberbia ciega era un desastre. El duelo público, el choque entre "sangre limpia" y "sangre impura", era exactamente lo que Fray Damián de Mendoza necesitaba. El inquisidor no tendría que buscar más. La ciudad, agitada por el miedo y el odio, le estaba entregando a sus víctimas en bandeja, y el frágil equilibrio que Inés intentaba mantener para encontrar al verdadero asesino acababa de saltar por los aires.

## Capítulo 22: La Confesión del Contrabandista

La pequeña nota de "El Culebro" ardía en la mano de Inés como un ascua. La sostenía en la penumbra de la rebotica, mientras Mateo vigilaba la puerta principal, observando al familiar del Santo Oficio que, impasible, se había convertido en parte del paisaje de la calle.

—Bartolomé Viera —susurró Inés—. Está en la Mancebía. Está allí ahora mismo, gastando la plata que le pagaron por el veneno.

—Y vos no podéis ir —replicó Mateo, su voz un gruñido bajo—. Ni yo tampoco. Ese espía del jubón pardo nos tiene cosidos a esta casa. Si uno de los dos pisa la Mancebía, estaremos en las mazmorras del Castillo antes del amanecer.

Inés se apoyó en el mostrador, sintiendo el peso de la trampa. Tenía el hilo, pero sus manos estaban atadas.

—El Doctor Velasco... —dijo, recordando la sugerencia del anciano—. No puedo pedirle tal cosa. Es un hombre de su posición. Ir a "La Zancuda" es un riesgo para su honra, para todo lo que es.

—¿Y qué es la honra comparada con la hoguera? —dijo Mateo con una dureza inusual—. Está en esto con vos, lo quiera o no. Vio los libros. Sabe la verdad del veneno. Si caéis vos, él no tardará en seguiros. Debe ir él.

Inés asintió, derrotada por la lógica aplastante de la situación. Escribió un mensaje en un trozo de papel diminuto, usando el mismo método que el *pícaro* le había enseñado. No era una petición, era una sentencia: *Viera. La Zancuda. Mancebía. Ahora. Sabe quién compró.*

Mateo envolvió la nota en una simple receta de jarabe para la tos y salió por la puerta trasera.

El Doctor Mateo Velasco recibió al viejo aprendiz en su consulta, con la estudiada paciencia de un médico atendiendo al criado de una familia amiga. Cuando Mateo le entregó la receta y sintió el bulto del papel doblado en su interior, su rostro palideció. Disimuló, despidió al anciano con un gesto y, una vez solo, leyó el mensaje.

Una oleada de náuseas y terror lo invadió. ¡La Mancebía! El barrio de las putas, los rufianes y los asesinos. Un lugar que un hombre de su estatus ni siquiera nombraba. Era un suicidio social. Pero las palabras de Inés resonaban en su mente: *Si no lo hacemos, el inquisidor encontrará a un hereje.* Y ahora, tras la delación contra Inés, él, su cómplice, sería el siguiente.

Esa noche, el eminente Doctor Velasco desapareció. En su lugar, un hombre con un capote raído, un sombrero de ala ancha calado hasta los ojos y el rostro cubierto a medias con un pañuelo, se adentró en los callejones del Arenal. El aire olía a vino derramado, a pescado

frito y a desesperación. La *germanía* sonaba en sus oídos como el gruñido de las bestias.

"La Zancuda" era peor de lo que había imaginado. Un antro abarrotado, lleno del humo de los candiles y del griterío de los marineros borrachos. Vio a Viera en un rincón. Coincidía con la descripción: un hombre corpulento, con un pendiente de aro, que golpeaba la mesa con una jarra de vino y reía a carcajadas, alardeando de su último viaje.

Velasco esperó en las sombras, su refinado estómago revuelto por el hedor. Aguardó casi una hora, hasta que el marinero, tambaleándose, salió al callejón trasero para vaciar la vejiga.

Fue el momento. Velasco lo siguió y lo acorraló contra el muro húmedo.

—Bartolomé Viera —dijo, su voz, aunque baja, cargada de una autoridad que no pudo ocultar.

Viera se volvió, confundido, buscando a tientas la daga en su cinto. —¿Quién sois? ¡Apartad!

Velasco se descubrió lo justo para que la escasa luz de una ventana le iluminara el rostro. —Soy el Doctor Velasco.

El marinero se quedó helado. ¿Un médico de postín, aquí? El miedo borró la borrachera de su rostro.

—No vengo a curarte —dijo Velasco, su voz fría—. Vengo por los dos hombres muertos. Andrada y Fonseca. Murieron por la "muerte de mono" que trajiste en el *San Nufro*.

El terror descompuso a Viera. Cayó de rodillas. —¡Yo no sabía! ¡Por la sangre de Cristo, yo no sabía! ¡Me dijo que era para su colección! ¡Para un experimento con animales!

—¿Quién?

—¡No lo sé! ¡Un hombre importante! ¡Me pagó en oro, una fortuna!

—Su nombre, Viera —presionó Velasco, poniendo una mano sobre el hombro del hombre, su tacto tan frío como el de un cadáver—. O te dejo aquí para que el Santo Oficio te recoja mañana por brujería.

—¡No, no! ¡Por favor! —sollozó el marinero—. ¡Fue Don Gabriel! ¡Don Gabriel Núñez! ¡El mercader del Consulado! ¡Él me buscó antes de zarpar! ¡Me dio el encargo! ¡Dijo que era una resina extraña, para sus estudios! ¡Solo lo vi esa vez! ¡Lo juro por mi alma!

Gabriel Núñez. El nombre golpeó a Velasco. Un converso, sí, pero de una piedad intachable, miembro de varias cofradías. Y el rival más encarnizado de Diego de Andrada en el comercio de la cochinilla.

Velasco soltó al marinero, que quedó acurrucado en el fango del callejón, y se alejó de allí, caminando rápido, casi corriendo, intentando que el aire limpio de las calles más anchas borrara el hedor de la taberna y de la confesión.

Cuando llegó a la botica, una hora antes del alba, e Inés le abrió la puerta trasera, era un hombre distinto. Su mundo de certezas galénicas se había roto.

—Lo tengo —dijo, su voz temblando de rabia y miedo—. Bartolomé Viera ha confesado.

Inés contuvo el aliento. —¿Quién?

—Gabriel Núñez.

Inés y Mateo se miraron. El horror de la respuesta fue absoluto. El asesino no era un extraño, ni un hereje. Era uno de ellos. Un converso que había usado el miedo a la Iniquisición como arma para matar a sus rivales, sabiendo que la culpa recaería sobre su propia gente.

## Capítulo 23: El Legajo del Hereje

En la quietud de su despacho en el Castillo de San Jorge, Fray Damián de Mendoza revisaba los informes a la luz de un candelabro de seis brazos. El único sonido era el crepitar de la cera y el distante lamento del Guadalquivir chocando contra los cimientos de la

fortaleza. Sobre su escritorio de roble, tres documentos formaban un triángulo acusatorio.

El primero era el informe de las muertes de Andrada y Fonseca. "Apoplejía fulminante", había escrito el Doctor Velasco, pero la voz popular gritaba "brujería".

El segundo era la denuncia anónima del tejedor Lázaro, recibida por el Edicto de Gracia: "la boticaria conversa", "luces a deshoras", "olores extraños", "conocimientos impropios".

El tercero, y más reciente, era el informe de su *familiar*, el hombre del jubón pardo. Era un documento metódico, que detallaba la caída en picado de la clientela de la botica, el aislamiento social de la mujer y, lo más interesante de todo, dos visitas clandestinas. La primera, la de un *pícaro* que había entregado un mensaje oculto. La segunda, la visita nocturna y secreta del mismísimo Doctor Velasco.

Mendoza juntó las yemas de sus pálidos dedos. La lógica del caso, su "verdad" judicial, se desplegaba ante él con una claridad meridiana.

La mujer, Inés de Castro, era el nexo. Era conversa, hija de un hombre de saberes heterodoxos. Los muertos eran conversos de su mismo círculo. Las muertes parecían brujería, y ella, según la delación, practicaba artes extrañas. Ahora, el médico que había firmado el diagnóstico oficial, un cristiano viejo, acudía a ella en secreto, aterrorizado. ¿Por qué? Obviamente, porque sospechaba de ella y había ido a confrontarla, o, peor aún, porque era cómplice de su silencio.

El escándalo del duelo entre Don Rodrigo de Guzmán y Gabriel Núñez era la pieza final. Era un síntoma del caos. La sociedad se fracturaba por la sospecha, y el honor de los cristianos viejos chocaba con la soberbia de los nuevos. La ciudad necesitaba una respuesta, una purga que restaurara el orden divino.

Mendoza no necesitaba saber *realmente* quién había matado a Andrada y Fonseca. El crimen de asesinato era competencia del

tribunal secular. Su jurisdicción era la fe. Y todos los indicios apuntaban a un delito de herejía, de hechicería y de prácticas judaizantes. La boticaria era el chivo expiatorio perfecto. Su arresto calmaría al populacho, detendría el absurdo duelo y le permitiría al Santo Oficio confiscar los bienes de los herejes implicados, financiando así la verdadera obra de Dios.

Tomó una pluma, la mojó en el tintero y, con una caligrafía elegante y firme, redactó la orden. El proceso de *inquisitio* había terminado. Era la hora de la detención.

—Notario —llamó, y el hombrecillo gris entró al instante, como si hubiera estado esperando tras la puerta.

Mendoza esparció arenilla sobre la tinta fresca y sopló con suavidad.

—Que los alguaciles del Secreto procedan esta noche. Que la traigan aquí. Y que sus bienes sean secuestrados al amanecer.

El notario hizo una reverencia, tomó el documento y desapareció. Fray Damián se volvió hacia la ventana. La Giralda se erguía en la oscuridad, un dedo de piedra apuntando al cielo. El inquisidor no sentía ira, ni celo religioso, solo la fría satisfacción del artesano que ve cómo todas las piezas de su obra encajan en su lugar.

## Capítulo 24: La Verdad Atrapada

Cuando la puerta trasera se cerró tras el Doctor Velasco, Inés y Mateo se quedaron inmóviles en la penumbra de la rebotica. El nombre "Gabriel Núñez" resonaba en el aire cargado de olor a hierbas, un nombre que lo cambiaba todo y, al mismo tiempo, no cambiaba nada.

—Gabriel Núñez... —repitió Mateo, pasándose una mano temblorosa por la cara—. No puedo creerlo. Es un hombre de los nuestros. Un pilar de la comunidad.

—Es un pilar que se ha construido sobre los cadáveres de sus rivales —dijo Inés con una frialdad que la sorprendió a ella misma—. Es el único. Con Andrada y Fonseca muertos, Núñez tiene el control

absoluto del comercio de la cochinilla. Ha eliminado a toda su competencia de un solo golpe.

—Debemos denunciarlo —dijo Mateo, con la obvia rectitud de un hombre simple—. Iremos a la Audiencia. Al Corregidor.

Inés caminó lentamente hacia la sala de despacho y se asomó por la celosía. En la calle, ahora bañada por la primera luz gris del alba, el hombre del jubón pardo seguía allí. No se había movido en toda la noche. Su silueta era la de un buitre paciente.

—¿Y qué denuncia presentaremos, Mateo? —preguntó sin volverse. Su voz era un susurro amargo—. ¿Qué pruebas tenemos?

—¡El marinero! —exclamó Mateo—. ¡El Doctor Velasco le oyó confesar!

—¿Y quién testificará? —Inés se giró para mirarlo, sus ojos oscuros y febriles—. ¿El Doctor Velasco? ¿Admitirá ante un tribunal que, fiándose de la palabra de una mujer conversa, fue a un burdel de la Mancebía a interrogar a un contrabandista? Destruiría su reputación, su carrera y su vida. Viera, el marinero, negará todo en cuanto vea a un alguacil.

—Pero tú... tú sabes... —Mateo señaló hacia el suelo, hacia el laboratorio secreto—. Tienes las pruebas. El veneno.

—¿Y cómo obtuve esas pruebas? —replicó Inés, y cada palabra era un golpe—. ¿Le digo al juez que profané la tumba de Diego de Andrada? ¿Que realicé una autopsia clandestina, un acto que la Iglesia considera un pecado mortal?

Se acercó al anciano, su rostro una máscara de desesperación lúcida.

—¿Y el veneno? ¿Cómo sé que es curare? ¿Porque lo he leído en un libro que está en el *Índice de Libros Prohibidos* del Santo Oficio? ¿Porque mi padre, un converso, me instruyó en artes que me están vedadas?

El horror de la situación los golpeó con toda su fuerza. El plan de Gabriel Núñez era más diabólico de lo que habían imaginado. No solo había matado a sus rivales. Había usado el propio terror a la Inquisición como arma. Había cometido un crimen que solo un hereje podía cometer, y que, por tanto, solo un hereje podía resolver.

—Él sabía... —murmuró Inés, comprendiéndolo todo—. Sabía que nadie investigaría. Sabía que el Doctor Velasco lo llamaría "apoplejía". Y sabía que si alguien era lo bastante inteligente o lo bastante impío para descubrir la verdad... ese alguien sería acusado de brujería.

Tener la verdad no era su salvación. Era su condena. Cada prueba que tenían contra Núñez era una prueba más contundente contra ellos mismos. Si hablaban, Fray Damián de Mendoza no vería a un asesino; vería a una boticaria hereje que leía libros prohibidos y profanaba cadáveres, y a un médico cristiano viejo que la encubría.

—Estamos atrapados —dijo Mateo, desplomándose en un taburete.

—Sí —asintió Inés—. La verdad nos ha atrapado.

Miró sus manos, manchadas no de remedios, sino de un conocimiento inútil. Había resuelto el misterio, pero el asesino, Gabriel Núñez, estaba a salvo tras el escudo de su piedad fingida, mientras que ella, la única que conocía la verdad, esperaba en una trampa perfectamente cerrada, vigilada por un espía que solo aguardaba la orden para llevársela. La orden que Fray Damián de Mendoza ya había firmado.

## Capítulo 25: La Puerta Negra

La verdad era un veneno para el que no había antídoto. Inés pasó el resto de la madrugada y todo el día siguiente en un estupor febril. Ella y Mateo apenas hablaron. El nombre de Gabriel Núñez pesaba entre ellos como una losa de sepulcro. Sabían quién era el asesino, pero esa verdad estaba atrapada, y ellos con ella.

El familiar del jubón pardo no se movió de su puesto. Su presencia era un recordatorio constante de que el tiempo se había agotado. Cada cliente que entraba —los pocos que aún se atrevían— era recibido con una tensión que convertía la botica en una cámara de tortura. Inés preparaba los remedios con manos automáticas, su mente perdida en un laberinto sin salida.

La noche llegó de nuevo, trayendo un silencio pesado y denso. Mateo atrancó la puerta principal, el sonido de la madera contra la piedra pareció anormalmente fuerte.

—Come algo, niña —le rogó el anciano, ofreciéndole un trozo de pan y queso que ella no había probado.

—No puedo.

Inés subió a su alcoba, pero no se desvistió. Se sentó en la oscuridad junto a la ventana, mirando a través de la celosía la silueta inmóvil del espía. Sabía que vendrían. La única pregunta era cuándo.

Fue poco después de la medianoche. El silencio de la calleja no fue roto por un grito, sino por un sonido que helaba la sangre: el golpe rítmico y pesado de una vara de metal contra la gruesa madera de la puerta de la botica.

*PUM. PUM. PUM.*

Mateo, que dormitaba en un jergón en la rebotica, se sobresaltó. Inés bajó la escalera, su corazón un pájaro atrapado.

*PUM. PUM. PUM.*

Una voz grave, sin emoción, resonó desde el otro lado. —¡Abrid la puerta! ¡En nombre del Santo Oficio!

Aquel no era el grito de un ladrón ni la llamada de un cliente. Era la voz de la autoridad absoluta. Mateo, pálido como la cera, descorrió la tranca.

La puerta se abrió de golpe, revelando a cuatro hombres vestidos de negro. No llevaban uniformes, sino las ropas sobrias de los

alguaciles del Secreto. Entre ellos, Inés reconoció el rostro impasible del hombre del jubón pardo. Venían liderados por otro, un hombre enjuto con un legajo de papeles en la mano: el notario.

—¿Inés de Castro, viuda de Garcilaso? —preguntó el notario, su voz un siseo.

—Soy yo.

—Por orden del Tribunal del Santo Oficio, quedáis detenida.

No hubo más explicaciones. No se leyeron cargos, no se mencionaron crímenes. Esa era la ley del Tribunal: el acusado nunca sabía quién lo denunciaba ni de qué se le acusaba hasta que los inquisidores lo decidían.

—¡No ha hecho nada! —gritó Mateo, interponiéndose—. ¡Es una mujer piadosa y buena!

Uno de los alguaciles apartó al anciano de un empujón que lo hizo tambalearse.

—El viejo no es requerido.

—¡Mateo! —gritó Inés, pero dos de los hombres ya la habían flanqueado, sujetándola por los brazos—. ¡Mateo, sella el laboratorio! ¡Sella la escalera!

Fue un error. Un desliz fatal nacido del pánico. El notario levantó la vista, sus ojos fríos registraron la rebotica. —¿Qué escalera? —La del sótano —tartamudeó Inés, intentando enmendarlo—. Donde guardamos el vino y los aceites. El notario sonrió levemente. Hizo un gesto a uno de sus hombres. —Registradlo. La orden incluye el secuestro de todos sus bienes.

Inés sintió que el mundo se deshacía. Mientras uno de los alguaciles comenzaba a golpear las paredes de la rebotica buscando el mecanismo, los otros la sacaron a la fuerza a la calle.

La noche estaba fría. La habían sacado sin manto, solo con su vestido de luto. El hombre del jubón pardo caminaba a su lado. Al

instante, como si hubieran estado esperando, las ventanas de las casas vecinas se iluminaron. Se abrieron celosías y postigos, y los rostros de sus vecinos aparecieron en las sombras, pálidos y curiosos. Vio al tejedor Lázaro, su delator, mirándola con una mezcla de triunfo y miedo.

No la llevaron por las calles principales. La condujeron por los callejones más oscuros y estrechos hasta la orilla del Guadalquivir. Allí, junto a un pequeño embarcadero, una barcaza negra la esperaba. La empujaron dentro. Dos alguaciles remaron en silencio, cruzando la corriente oscura.

Frente a ella, en la orilla de Triana, se recortaba la silueta del Castillo de San Jorge. La fortaleza no parecía un edificio, sino una mancha de oscuridad más densa que la propia noche. La barca atracó en un muelle privado, al pie de los muros. La condujeron por una puerta baja y estrecha, una "puerta negra" que solo se abría para tragarse a los acusados.

El interior olía a humedad, a moho, a orines rancios y a una desesperación tan antigua como la piedra. El notario le entregó un papel a un carcelero de rostro brutal, que levantó un candil para mirarla.

—Inés de Castro —dijo el carcelero, como si leyera un inventario—. A las cárceles secretas.

Oyó el sonido de una pesada puerta de hierro al abrirse, un chirrido que le taladró los huesos. La empujaron dentro y la puerta se cerró a su espalda. El sonido del cerrojo al correr fue definitivo, metálico y absoluto.

Cayó la oscuridad total. El terror, que hasta entonces había sido un miedo agudo, se transformó en una confusión asfixiante. Estaba sola, en un lugar sin luz, sin tiempo y sin razón.

## Capítulo 26: El Olor de la Desesperación

El sonido del cerrojo fue absoluto. Un golpe de hierro contra hierro que selló el mundo exterior. Luego, la oscuridad.

No era la oscuridad de una noche sin luna, ni la penumbra de su laboratorio secreto. Era una negrura total, física, un peso que se oprimía contra sus ojos y llenaba su boca. Inés tropezó hacia adelante y sus manos extendidas chocaron contra piedra. Piedra fría, húmeda y viscosa.

Lo segundo que la golpeó, después de la ceguera, fue el olor.

Era una mezcla compleja y nauseabunda que le hizo retroceder y ahogar una arcada. Olía a moho milenario, a piedra mojada, a paja podrida. Pero debajo de eso, estaba el hedor de la humanidad desesperada: el olor agrio de la orina rancia, el tufo inconfundible de los excrementos, el sudor del miedo y el aliento metálico de la sangre vieja. Era un olor espeso, que se adhería al paladar. Era el olor de la desesperación.

A tientas, exploró su confinamiento. La celda era minúscula. Pudo tocar ambas paredes extendiendo los brazos. El suelo era de tierra apisonada, pegajosa por la humedad que manaba del río. En un rincón, encontró un montón de paja húmeda y compactada, que sin duda servía de lecho.

Inés se acurrucó contra la pared más "seca", doblando las rodillas contra el pecho, luchando por controlar el temblor que la sacudía. Intentó activar su mente, su única defensa. *Lógica*, se dijo a sí misma. *Observación*. Pero, ¿qué podía observar en la nada absoluta?

Su pánico tenía una fuente clara: la pérdida de control. En su botica, ella controlaba las dosis, las reacciones, el conocimiento. Aquí, estaba privada de su sentido principal. No sabía si era de noche o de día. No oía las campanas de la ciudad , ni los pregones, ni el bullicio del Arenal. El silencio era tan profundo como la oscuridad, roto solo por el goteo constante de agua en algún lugar cercano y el leve, casi imperceptible, rascar de las ratas.

Estaba en una de las cárceles secretas del Castillo de San Jorge. Un "antro de horror, hediondez y soledad", como lo habían descrito los propios informes del tribunal.

¿Cuánto tiempo pasó? ¿Horas? ¿Un día? Perdió la noción. Su mente empezó a jugarle malas pasadas, llenando el vacío con los rostros de Andrada y Fonseca, con la mirada fría de Fray Damián de Mendoza. Recordó la advertencia de su padre: "Este saber es una llama... puede reducirte a cenizas".

De repente, un estrépito metálico la hizo saltar. Un rectángulo de luz sucia y amarillenta se abrió en la parte inferior de la puerta. Una trampilla. Vio una silueta oscura, la de un carcelero. Un cuenco de madera fue empujado con rudeza por el hueco, derramando parte de su contenido.

—¡Agua! —gritó Inés, arrastrándose hacia la luz—. Por favor, ¿qué hago aquí? ¿De qué se me acusa?

El carcelero, un hombre corpulento de rostro brutal, se rio, una tos seca. —Come, hereje. Guarda fuerzas para cuando te llamen los señores inquisidores.

La trampilla se cerró con un golpe, sumergiéndola de nuevo en la oscuridad.

*Hereje*. La palabra resonó en el silencio. No la habían arrestado por profanar un cadáver, ni por practicar la medicina. O al menos, no directamente. La habían arrestado por herejía. La denuncia del tejedor. Sus luces a deshoras. Sus "olores extraños". El plan de Mendoza estaba en marcha.

A tientas, encontró el cuenco. Contenía un caldo aguado y un trozo de pan duro como la piedra. Su estómago se revolvió, pero su mente científica se impuso al asco. *Come*, se ordenó. *Debes mantener la fuerza*.

Mascó el pan rancio, obligándose a tragar. El agua del jarro que lo acompañaba sabía a cieno, pero enfrió el fuego de su garganta. Estaba sola. Aislada. En un mundo sin lógica, regido por un tribunal que era a la vez fiscal, juez y jurado. Y por primera vez, Inés de Castro sintió el verdadero terror: no el miedo a la muerte, sino el miedo a la aniquilación de la razón.

# Capítulo 27: La Audiencia

No supo cuánto tiempo pasó en la oscuridad. El tiempo dejó de medirse en días y noches y se convirtió en una sucesión de cuencos de caldo y mendrugos de pan, apareciendo por la trampilla a intervalos que podían ser de horas o de un día entero. El olor a desesperación y a humedad se convirtió en su único aire. Su mente, privada de luz y sonido, empezó a devorarse a sí misma. Repasaba la fórmula del curare, los rostros de la familia Guzmán, la confesión del marinero Viera.

Entonces, el mundo se rompió.

El estrépito del cerrojo al descorrerse fue un trueno. La puerta de la celda se abrió de golpe, y la luz de una antorcha la golpeó como un puño. Inés gritó, cubriéndose los ojos, que dolían como si les hubieran clavado agujas.

—¡En pie, hereje! —ladró la voz del carcelero—. Los señores inquisidores te esperan.

Dos guardias la agarraron por los brazos y la arrastraron fuera. Sus piernas, entumecidas, apenas la sostenían. La condujeron por un laberinto de pasillos de piedra, subiendo escaleras de caracol, cada paso alejándola del hedor de las mazmorras y acercándola a un aire más limpio, más frío, pero no menos aterrador.

La cegadora luz del día fue el segundo asalto. La llevaron a un patio interior y luego a un edificio que parecía la vivienda de un funcionario de alto rango. Finalmente, la empujaron dentro de una estancia amplia: la Sala de Audiencias.

La habitación era todo lo contrario a su celda. Era alta, ordenada y fría. Un crucifijo de madera oscura, de tamaño casi humano, presidía la pared del fondo. Bajo él, en una larga mesa de roble, se sentaban tres hombres. En el centro, reconoció al instante a Fray Damián de Mendoza. A su lado se sentaba otro dominico, de rostro severo y cansado, y en un extremo, el Notario del Secreto, con una pluma ya mojada en tinta, listo para registrar cada palabra.

Inés, sucia, con la ropa ajada y el pelo enmarañado, oliendo a la paja podrida de su celda, se sintió como un animal inmundo en un palacio de hielo.

—Dejadla —dijo Mendoza con voz suave. Los guardias la soltaron y se apostaron junto a la puerta.

El Notario del Secreto carraspeó. —Diga su nombre, estado y oficio. —Inés de Castro. Viuda de Garcilaso. Boticaria —respondió ella, su voz un graznido ronco. —Jure por Dios y por esta Santa Cruz decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, en todo lo que le fuere preguntado. —Lo juro.

Fray Damián de Mendoza levantó la vista de sus papeles. Sus ojos oscuros la examinaron, no con ira, sino con una fría curiosidad, como un naturalista observando un insecto.

—Hija mía —comenzó, y su tono cortés era más aterrador que cualquier grito—. Ha sido traída a la presencia de este Santo Tribunal porque graves indicios de herejía han llegado a nuestros oídos. Este tribunal, en su infinita misericordia, os ofrece la oportunidad de salvar vuestra alma inmortal.

El inquisidor juntó las yemas de los dedos.

—No estamos aquí para acusaros, sino para escucharos. Os exhortamos, por el amor de Cristo, a que descarguéis vuestra conciencia y confeséis la verdad completa de vuestras faltas contra Nuestra Santa Fe.

Inés sintió un sudor frío en la nuca. Aquel era el juego. No le dirían los cargos. Esperaban que ella, en su terror, confesara no solo la denuncia del tejedor, sino cualquier pecado, cualquier pensamiento, cualquier acto secreto de su vida. Su mente científica se aferró a la lógica.

—Señoría —dijo, su voz temblando ligeramente—. Soy una cristiana fiel. No sé de qué faltas habláis. Os ruego que me digáis de qué se me acusa.

Mendoza sonrió levemente. Una sonrisa gélida.

—El Santo Oficio no necesita que le digan la verdad, hija. Ya la conoce. La pregunta es si vos tendréis la piedad de reconocerla. ¿Ocultáis prácticas extrañas? ¿Luces a deshoras en vuestra casa? ¿Poseéis libros que el Santo Oficio prohíbe?

El corazón de Inés dio un vuelco. Sabían lo del laboratorio. El alguacil que registró la botica lo habría encontrado todo. Sus libros de Paracelso, su herbario de las Indias...

—Soy boticaria —intentó defenderse—. Mi padre me enseñó la ciencia de las plantas. Es para curar, no para...

—¡La ciencia! —interrumpió el inquisidor, su voz subiendo un tono por primera vez—. ¿Qué ciencia puede practicar una mujer, que por su naturaleza es débil e inclinada a la vanidad y al engaño del demonio? ¿Qué ciencia, Inés de Castro, que no sea la que dicta la fe?

El duelo psicológico había comenzado. Inés se dio cuenta de que cada argumento lógico que usara sería interpretado como soberbia herética. Su conocimiento era su crimen.

—Confesad, hija —insistió Mendoza, volviendo a su tono suave—. Confesad vuestros tratos con el saber prohibido. Confesad vuestros ritos judaizantes. Sabemos que sois de linaje de conversos. Vuestra alma está en grave peligro. Solo una confesión completa y humilde puede abriros la puerta de la misericordia.

Inés se mordió el labio hasta casi sangrar. Se le agolparon las verdades: la autopsia, el veneno, la identidad de Gabriel Núñez. Si confesaba eso, la acusarían de haber sido cómplice de los asesinatos, de haber usado sus "artes de bruja" para matar. Si no confesaba nada, la declararían hereje impenitente.

Estaba atrapada.

—No tengo nada que confesar —susurró, aferrándose a la única verdad que podía salvarla, aunque sabía que la condenaba—. No soy

hereje.

Fray Damián de Mendoza la observó durante un largo silencio. El único sonido era el raspar de la pluma del notario sobre el pergamino. Finalmente, el inquisidor suspiró, como un padre decepcionado.

—Una lástima. Vuestra soberbia os ciega. Lleváosla. Que la oscuridad le ayude a encontrar la verdad que la luz no ha podido mostrarle.

Antes de que los guardias la agarraran, supo que había fallado en la primera prueba. La devolvieron a la celda. La puerta negra se cerró. La oscuridad volvió a tragársela, pero esta vez era diferente. Ahora, la negrura estaba poblada por las palabras gélidas de Mendoza, por el conocimiento de que sabían de su laboratorio y por la certeza de que aquello no había sido un juicio. Había sido solo la primera audiencia.

## Capítulo 28: El Tiempo Inmóvil

La oscuridad la devoró de nuevo. Pero esta vez, tras la gélida luz de la Sala de Audiencias, la negrura de la celda se sentía diferente. Antes había sido un vacío; ahora estaba poblada por la cara de Fray Damián de Mendoza y el eco de sus palabras: *"Hereje", "soberbia", "saber prohibido".*

El tiempo perdió todo su significado. Las campanas de la Giralda, que habían medido su vida entera en tercios, horas y plegarias, aquí no existían. El único reloj era el carcelero. El estrépito de la trampilla al abrirse, el golpe del cuenco de madera en el suelo, el breve destello de la antorcha del pasillo. A eso lo llamó "mañana". El siguiente cuenco era la "noche". Pero pronto se dio cuenta de que el carcelero jugaba con ella. A veces los cuencos llegaban casi juntos; otras, el hambre se convertía en una agonía que duraba lo que parecían ser días. Era un tormento más, una forma de romper su cordura.

Durante las primeras "jornadas", luchó contra el pánico. Caminaba. Tres pasos hasta el muro. Viraje. Tres pasos hasta la puerta. Se obligaba a recordar.

*"El cuerpo es una máquina"*, le había dicho su padre. *"No un misterio divino, sino una obra de ingeniería"*.

Su mente se convirtió en su único laboratorio. Para no sucumbir a las sombras que empezaban a arañar los bordes de su visión, comenzó a recitar.

*"Aconitum napellus"*, susurró en la oscuridad, su voz sonando extraña, muerta, en el aire viciado. *"Anapelo. Causa frío en los miembros, hormigueo en la lengua, y detiene el corazón. No. No es eso. Los labios no se vuelven azules".*

*"Atropa belladonna"*, continuó. *"Sequedad de boca, pupilas dilatadas, el pulso se dispara. Tampoco"*.

Y entonces, volvía a él. Al veneno sin nombre. Al curare. *"Muerte silenciosa. Parálisis lúcida. Asfixia"*.

Repasó cada minuto de su investigación. El rostro de Núñez, el asesino. El miedo en los ojos de Velasco. La trampa perfecta. La verdad que la condenaba.

Mendoza la creía una bruja. La acusaba de usar un poder sobrenatural. Y ella, para defenderse, tenía que explicar que no era brujería, sino *ciencia*. Tenía que hablar de un veneno exótico que nadie conocía, probar su existencia basándose en un herbario prohibido, y justificar su hallazgo con una autopsia sacrílega.

*"Confiesa"*, le había ordenado el inquisidor.

Si confesaba la verdad, la quemarían por profanadora y hechicera. Si negaba, la declararían hereje impenitente por su soberbia y la quemarían igualmente.

La lógica, su única arma, se había vuelto contra ella. La razón era su crimen.

La oscuridad comenzó a ganarle terreno. A veces, oía a su padre llamándola. Veía los rostros de Andrada y Fonseca, sus labios azules, sus ojos abiertos acusándola, no a su asesino, sino a ella, por no haber podido salvarlos. Se abrazaba a sí misma, temblando, las lágrimas frías mezclándose con la suciedad de su rostro, el olor a desesperación siendo su único compañero.

*"No pierdas la cordura, Inés"*, se ordenó. *"Piensa. Piensa como él. Piensa como Mendoza".*

Se obligó a sentarse sobre la paja húmeda. ¿Qué quería Mendoza? Un espectáculo. Una purga. Un chivo expiatorio para calmar el pánico de la ciudad y llenar las arcas de la Iglesia con los bienes confiscados.

Un espectáculo.

La idea le llegó como un relámpago en la negrura. Un relámpago de esperanza tan doloroso como la luz de la antorcha. Mendoza quería un teatro de fe. Ella le daría uno.

El inquisidor había construido su caso sobre el *misterio*, sobre lo sobrenatural. Su única salida era destruir ese misterio. No en la sala de audiencias, donde su palabra no valía nada. Tenía que ser en público. Tenía que ser un acto tan contundente y visible que ni el propio inquisidor pudiera negarlo.

*Ciencia, no brujería*.

La parálisis. La asfixia. Los síntomas. Podían reproducirse. Su padre le había enseñado a experimentar. Una pequeña dosis en un animal. La gente vería con sus propios ojos que no era un demonio, sino una sustancia. Una sustancia que el Doctor Velasco, y solo él, podría presentar.

Pero, ¿cómo? ¿Cómo hacerle llegar un mensaje? Estaba enterrada viva.

El miedo y la desesperación se replegaron, reemplazados por una concentración feroz. Cada vez que la trampilla se abría, estudiaba al

carcelero. Su rostro, sus manos, la forma en que empujaba el cuenco. Buscaba una grieta. Un vicio. Una debilidad.

Ya no luchaba por su inocencia. Luchaba por su vida. Y por primera vez desde que la puerta negra se cerró, Inés de Castro, en el corazón del tiempo inmóil, comenzó a trazar un plan.

## Capítulo 29: Un Muro de Silencio

Al amanecer, un golpe frenético y ahogado resonó en la puerta de servicio de la casa del Doctor Velasco. Era Mateo. El anciano, con la ropa de dormir aún puesta y el rostro desencajado por el terror, se derrumbó en el zaguán.

—Se la han llevado —graznó, agarrando la manga del médico—. Anoche. Los del Santo Oficio. Se la han llevado al Castillo.

Velasco sintió que una mano helada le atenazaba las entrañas. Su primera reacción no fue de piedad, sino de un pánico abyecto y egoísta. Su visita nocturna. El familiar que vigilaba. Habían sido vistos.

—¿Qué... qué han dicho? ¿Qué buscaban? —preguntó, su voz temblando.

—¡Nada! —sollozó Mateo—. Solo su nombre. Y... y han registrado la casa. Inés gritó que sellara el sótano. El notario lo oyó. Han encontrado los libros, doctor. Lo sé. ¡Han encontrado los libros y el laboratorio!

Velasco tuvo que apoyarse en el marco de la puerta. Estaba perdido. El descubrimiento del laboratorio de Inés, sumado a su propia visita secreta, los condenaba a ambos. Fray Damián de Mendoza no necesitaría más. Tenía a su hereje y a su cómplice.

—Vuelve a la botica, Mateo. No, espera. —Velasco rebuscó en su bolsa y le dio unas monedas—. Vete. Sal de Sevilla. Vuelve a tu aldea. La botica está sellada, los bienes serán confiscados. No hay nada que hacer allí.

—¿Y ella? —preguntó el anciano, con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Nuestra niña?

Velasco se enderezó. Una oleada de vergüenza le quemó el rostro. Era un hombre de prestigio. Un cristiano viejo. Su palabra valía algo. Aquello era un error que su influencia podía subsanar.

—Yo me ocuparé. Es un malentendido. Hablaré con quien deba hablar. Ahora, vete.

Pasó la mañana en un tormento de indecisión. ¿A quién acudir? Acercarse al Santo Oficio directamente era meter la cabeza en la boca del lobo. Decidió usar los cauces del poder secular.

Su primer destino fue la casa de Don Pedro de Argüello, un regidor del cabildo de la ciudad a cuyo hijo había sanado de unas fiebres. Lo recibió en su despacho, rodeado de legajos.

—Doctor Velasco, qué grata sorpresa. ¿Un vino?

—No, gracias, señor regidor. Vengo por un asunto urgente y delicado. —Velasco intentó que su voz sonara tranquila—. Anoche, el Santo Oficio detuvo a una conocida mía. Inés de Castro, la boticaria de la antigua judería. Una mujer piadosa, aunque de linaje converso. Me temo que ha sido víctima de una delación malintencionada.

La amabilidad se borró del rostro del regidor. Dejó la pluma sobre la mesa con cuidado.

—Doctor —dijo, bajando la voz—, si el Santo Oficio ha actuado, no hay delación malintencionada. Habrá culpas probadas. Le hablo como amigo: esos asuntos no nos conciernen. Pertenecen a la jurisdicción de la fe.

—Pero es una injusticia. La conozco...

—Vos no conocéis nada, Don Mateo —le atajó el regidor, ahora con frialdad—. No si queréis seguir gozando del respeto de esta ciudad. Os aconsejo que olvidéis el nombre de esa mujer.

Velasco salió de allí con un sabor a ceniza en la boca. Su influencia secular no valía nada.

Lo intentó con la Iglesia. Se dirigió al palacio arzobispal. Tras una larga espera, logró una breve audiencia con un canónigo de la catedral, un hombre al que veía en misa cada domingo. Le expuso el caso, esta vez apelando a la caridad cristiana.

El canónigo lo escuchó con paciencia, sus manos entrelazadas sobre el vientre.

—El inquisidor Mendoza es un hombre de una lógica y una piedad intachables, doctor. El Castillo de San Jorge no es una prisión para inocentes, es un hospital para almas enfermas. Si esa mujer está allí, es para su salvación. Rezaremos por ella.

Era un muro. Un muro pulido de sonrisas corteses y palabras pías, pero tan infranqueable como la piedra.

Desesperado, cometió el último error. Cruzó el Puente de Barcas hacia Triana. El Castillo de San Jorge se alzaba contra el cielo de la tarde, proyectando una sombra que parecía enfriar el aire. No fue a las puertas de las prisiones, sino a las oficinas de la ciudadela, donde trabajaban los notarios y funcionarios.

Tras otra espera, un escribano de rostro gris lo atendió en un pequeño cuarto.

—Mi nombre es Doctor Mateo Velasco. Vengo a interesarme por el estado de una detenida, Inés de Castro, arrestada anoche.

El escribano buscó en un libro mayor con exasperante lentitud. Pasó varias páginas.

—Inés de Castro... —murmuró—. No. No tenemos constancia de tal persona en nuestros registros.

—¡Eso es imposible! —estalló Velasco, olvidando su prudencia—. ¡Fue arrestada anoche! ¡Sus bienes han sido secuestrados! ¡Toda la calle lo vio!

El escribano levantó la vista, y sus ojos, vacíos de toda emoción, se clavaron en los del médico. —Doctor. El Santo Oficio no da cuenta de sus actos, sino a Dios. Si una persona es llamada a audiencia, es porque hay un proceso. Y los procesos son secretos, para proteger el honor de los testigos y la integridad de la investigación. No hay nadie con ese nombre aquí.

Velasco comprendió. No era que no estuviera; era que, para el mundo, había dejado de existir.

—Le recomiendo, por el bien de su alma —terminó el escribano, volviendo a sus papeles—, que vuelva a su consulta y olvide este asunto. Y rece. Es lo único que puede hacer por ella.

Velasco salió del castillo sintiendo que le faltaba el aire. El sol de la tarde sevillana le pareció de un brillo falso y cruel. Se detuvo a mitad del puente y miró la fortaleza de piedra. Había agotado toda su influencia. Su estatus de cristiano viejo, su reputación como médico, todo se había estrellado contra un muro de silencio absoluto.

Estaban solos. Inés estaba sola, enterrada viva en aquel laberinto. Y él estaba solo fuera, con la verdad del asesinato de Gabriel Núñez, una verdad que ahora era tan letal e inútil como el veneno que la había revelado.

## Capítulo 30: La Acusación Formal

Pasaron otras dos o tres "jornadas" en la negrura absoluta. El hambre, el frío y la desorientación eran un ácido que disolvía la voluntad. Inés se aferraba a su plan, a la idea de una demostración pública, pero la esperanza era una llama diminuta en un océano de oscuridad.

El estrépito del cerrojo volvió a sonar. De nuevo, la luz cegadora, los brazos rudos que la agarraban, el dolor en sus ojos mientras la arrastraban por los pasillos de piedra. Sus piernas apenas la sostenían; el carcelero casi la llevaba a rastras.

La Sala de Audiencias estaba igual: fría, silenciosa, presidida por el gran crucifijo y por los tres hombres de negro. Fray Damián de

Mendoza la observó con la misma frialdad analítica. El notario, a su lado, mojó la pluma en el tintero, listo para continuar el acta.

—Inés de Castro —comenzó Mendoza, su voz suave y cortante como la seda—. La misericordia del Santo Oficio os ha concedido tiempo para la reflexión. Negasteis la verdad en la primera audiencia. Os pregunto de nuevo: ¿estáis lista para confesar vuestros graves pecados contra la fe y salvar vuestra alma?

Inés tragó saliva, su garganta seca por la sed y el miedo. Se aferró a su única defensa, la única que podía llevarla al final que necesitaba.

—Señoría, he rezado a Dios con todas mis fuerzas. Y Dios sabe que no soy hereje. No puedo confesar un crimen que no he cometido. Os ruego, por el amor de la Virgen, que me digáis quién me acusa y de qué.

Mendoza la miró con una expresión de profunda decepción, como un maestro ante un alumno irremediablemente torpe.

—Vuestra soberbia es un pecado tan grande como la propia herejía. Os negáis a ver la luz. Pues bien. Ya que vuestra boca calla, oiréis la verdad de la nuestra.

Hizo un gesto al fiscal del tribunal, un hombre con rostro de ave rapaz que se levantó y desenrolló un pergamino.

—El fiscal, en nombre de la Santa Fe, acusa formalmente a Inés de Castro, viuda, boticaria y de linaje de conversos, de los siguientes crímenes:

La voz del fiscal era monótona, letal. —Se le acusa de prácticas judaizantes, heredadas de su familia, consistentes en guardar respeto por el sábado y no por el domingo, y de mantener ritos de la ley muerta de Moisés. —Se le acusa de mantener un laboratorio secreto con alambiques y utensilios para la práctica de la alquimia, arte prohibida y sospechosa de pacto con el demonio. —Se le acusa de poseer y estudiar a sabiendas libros prohibidos e infames, incluidos en el *Índice* de este Santo Tribunal, notablemente los tratados del hereje Paracelso y herbarios de artes mágicas.

Inés cerró los ojos. Lo habían encontrado todo. Sus libros, su alambique, su ciencia. Todo estaba allí, retorcido y presentado como una prueba de su maldad.

El fiscal continuó, y la siguiente acusación la golpeó como un mazazo. —Se le acusa de usar dicho conocimiento diabólico y dichos libros prohibidos para crear venenos desconocidos, y de haber administrado dichas pócimas, causando la muerte antinatural y sin confesión a los cristianos Diego de Andrada y Gaspar de Fonseca, con el fin de robar sus fortunas o por artes de brujería.

—¡No! —el grito de Inés fue un desgarro—. ¡Eso es mentira! ¡Yo no los maté!

—Entonces, ¿cómo explicáis esto? —intervino Mendoza, levantando el herbario de las Indias, que estaba sobre la mesa. Lo abrió por la página del curare—. ¿Cómo explicáis que en vuestro poder esté la descripción exacta de la muerte que sufrieron esos hombres? ¿Una muerte que ningún médico de Sevilla supo diagnosticar?

La trampa era perfecta. Su propia investigación era la prueba reina de su culpabilidad.

—¡Es ciencia! —gritó Inés, desesperada—. ¡Observación! ¡Yo investigaba esas muertes por mi cuenta! ¡Porque sabía que no eran naturales! ¡El asesino es otro!

—¿Y quién sois vos para saber más que los médicos titulados? —replicó Mendoza, su voz subiendo un tono—. ¿Una mujer? ¿Una conversa? ¿Oís, señores? ¡La misma soberbia del hereje Paracelso, que quemó públicamente los libros de los maestros!. Vuestra ciencia, mujer, es el nombre que le dais a vuestro pacto con el diablo. Habéis confesado saber del veneno. Habéis confesado poseer el libro que lo describe. Vuestra propia boca os condena.

Inés se quedó sin aliento. Vio el círculo de hierro que se cerraba a su alrededor. Vio la lógica impecable y monstruosa de Fray Damián. Estaba perdida. Cada palabra que decía para defenderse, era interpretada como la prueba irrefutable de su soberbia herética.

—El fiscal ha presentado los cargos —dijo Mendoza, volviendo a su calma gélida—. Y la rea ha confirmado, con su soberbia, su conocimiento de las artes oscuras que los causaron. La audiencia ha terminado.

Inés sintió que los guardias la agarraban de nuevo.

—¡No! —gritó, mientras la arrastraban hacia la puerta—. ¡El asesino es Gabriel Núñez! ¡El Doctor Velasco lo sabe! ¡Viera, el marinero...!

Su voz se perdió en el pasillo. Fray Damián de Mendoza no parpadeó. Se limitó a hacer un gesto al notario.

—Anote que la rea, en su desesperación, ha intentado acusar falsamente a hombres píos de esta ciudad. Un pecado más que añadir a su legajo. Devolvedla a la oscuridad. Que espere nuestra sentencia.

## Capítulo 31: El Mensaje en la Comida

La negrura que la envolvió esta vez era diferente. Ya no era una simple ausencia de luz, era una tumba. Las acusaciones de Mendoza resonaban en su cráneo, un eco que lo llenaba todo: *Hereje. Bruja. Asesina.* Había gritado el nombre de Núñez, el nombre de Velasco, y al hacerlo, había sellado su destino. El inquisidor había interpretado su desesperada verdad como la última mentira de una hechicera acorralada.

El tiempo volvió a disolverse en un ciclo de hambre y sed, roto por la aparición del cuenco. Pero Inés ya no luchaba solo contra el pánico; ahora luchaba contra una certeza. La próxima vez que la puerta se abriera, no sería para una audiencia. Sería para llevarla a la cámara de tortura. La confesión de Gabriel Núñez era inútil, el testimonio de Velasco, imposible. Estaba sola.

No. No del todo.

Quedaba una grieta en el muro. Una variable incontrolada: el carcelero. Un hombre brutal, sí, pero no era un inquisidor. No era un fanático; era un funcionario de la prisión.

Comenzó a observarlo. En el breve instante en que la trampilla se abría, sus ojos, ya acostumbrados a la penumbra, devoraban cada detalle. Las manos callosas. Las uñas sucias. La forma en que golpeaba el cuenco contra el suelo. Y en sus ojos, no había odio piadoso, solo un tedio brutal.

Su plan, nacido en el delirio del tiempo inmóvil, era una locura. Una chispa en un barril de pólvora. Pero era la única.

A la siguiente "jornada", cuando la trampilla se abrió, Inés no se acobardó. Se arrastró hacia la luz. —Espera —dijo, su voz un graznido. El carcelero se detuvo, sorprendido. —¿Qué quieres, bruja? —¿Cuánto te paga el Santo Oficio por pudrirte en este agujero? El hombre frunció el ceño. —¿Qué dices? ¡Calla o...! —Te ofrezco cien ducados de oro —dijo Inés, rápida, las palabras tropezando en su boca seca—. Cien ducados. Solo por llevar un mensaje. El carcelero se rio. Una risa corta y despectiva. —Estás loca. No tienes ni un maravedí. Tus bienes están secuestrados. —Mis bienes, sí. Pero no los de mis amigos. El Doctor Mateo Velasco. El médico de la ciudad. Él pagará. El nombre del doctor hizo que el carcelero vacilara. Velasco era un cristiano viejo, un hombre de inmenso poder. —¿El doctor? ¿Por qué pagaría por ti? —Porque conozco la verdad de las muertes. Una verdad que él necesita. Ve a su casa. Dile solo una palabra: *Mandrágora*. Él te dará el dinero. Te lo juro por mi alma.

El carcelero la miró durante un largo segundo. Cien ducados. Era más de lo que ganaría en diez años de servicio. La codicia luchó contra el terror al Santo Oficio.

—Si me engañas... —siseó.

—No tienes nada que perder. Solo pregunta. *Mandrágora*.

La trampilla se cerró. Inés quedó de nuevo a oscuras, el corazón latiéndole con una fuerza dolorosa. ¿Había picado el anzuelo?

Pasó un ciclo de hambre. Luego otro. La duda la estaba matando. Tal vez el carcelero la había delatado a Mendoza. Tal vez la había ignorado.

El estrépito de la trampilla la hizo gritar.

—¿Y el mensaje? —gruñó la voz del carcelero desde el otro lado.

¡Había ido!

—¿Dónde está? —dijo Inés, llorando de alivio y tensión.

—Lo quiero por escrito.

—¡No tengo luz! ¡Ni pluma!

—Busca la forma, bruja. Vuelvo en una hora.

La trampilla se cerró. ¡Una hora!

A tientas, frenética, golpeó el cuenco de madera contra la piedra hasta que una lasca afilada se desprendió. Se la clavó en la yema del pulgar. El dolor fue agudo, limpio. Apretó el dedo y sintió la gota caliente de sangre.

De su camisón interior, sucio y desgarrado, arrancó un hilo grueso y luego un pequeño cuadrado de tela de lino. En la oscuridad total, usando la sangre como tinta y la lasca de madera como pluma, comenzó a escribir. No podía ver. Solo podía sentir las letras que formaba.

Las palabras tenían que ser precisas.

*Velasco.*

*Tienen el veneno. Lo cogieron de mi botica. Muestra Andrada.*

*Tienen mis libros. Saben.*

*Núñez es el asesino.*

*Mi única salida: demostración PÚBLICA.*

*En el Auto de Fe. Con el veneno en un animal.*

*CIENCIA NO BRUJERÍA.*

*Sálvate. Sálvame.*

Se chupó el pulgar herido, temblando. Dobló el minúsculo trozo de tela. Cuando la trampilla volvió a abrirse, su mano estaba allí, esperando.

—*Mandrágora* —susurró ella, pasando el mensaje.

La mano callosa del carcelero lo tomó.

—Si esto es una trampa...

—Es nuestra única salvación, la tuya y la mía.

La trampilla se cerró. Inés de Castro se acurrucó sobre la paja húmeda. Había arrojado su última piedra en la oscuridad. Ahora, solo podía esperar a que golpeara el blanco o se perdiera para siempre en el abismo.

## Capítulo 32: Voto de Tormento

Fray Damián de Mendoza estaba impaciente. Habían pasado casi dos semanas desde el arresto de la boticaria, y su gran Auto de Fe, planeado para purgar la ciudad, se estaba retrasando. El caso era casi perfecto: tenía las delaciones, el laboratorio clandestino, los libros prohibidos de Paracelso y, lo más importante, el propio herbario de las Indias que describía el veneno. Tenía incluso su desesperada acusación en la última audiencia, que él había anotado como una mentira más para inculpar a hombres píos.

Pero faltaba la pieza central que haría del espectáculo un triunfo total: la confesión.

Una hereje impenitente podía ser quemada, sí. Pero una hereje arrepentida, que confesara sus crímenes de brujería y asesinato en el cadalso público, que detallara sus pactos y sus métodos... eso era un arma de propaganda inigualable. Era la justificación definitiva del poder del Santo Oficio. Y esa mujer, con su soberbia y su silencio, se lo estaba negando.

Convocó al tribunal en la Sala de Audiencias , no a la rea, sino solo a los calificadores y al otro inquisidor, Fray Alonso, el hombre mayor de rostro cansado.

—Señores —comenzó Mendoza, su voz resonando en la fría estancia —, la rea Inés de Castro ha sido amonestada por segunda vez y persiste en su negativa. Su soberbia es un claro indicio de impenitencia.

Extendió sobre la mesa el legajo con el inventario de los libros de Paracelso y el herbario americano. —Tenemos pruebas que alcanzan la *semiplena probatio*. Más que eso, diría yo. Tenemos los instrumentos de su brujería y su propia admisión de que conocía la naturaleza del veneno. Sin embargo, se niega a confesar los asesinatos y sus pactos.

Fray Alonso carraspeó. —Es una mujer, Fray Damián. Quizás su conocimiento no provenga del diablo, sino de una curiosidad pecaminosa, de la soberbia de su padre...

—La curiosidad es la antesala de la herejía —cortó Mendoza—. Y la soberbia es el pecado de Lucifer. Su negativa a confesar es un insulto a la misericordia de este tribunal. Las Instrucciones son claras: habiendo indicios suficientes y ante la obstinación del reo, debemos "ayudarle" a encontrar la verdad.

Se hizo un silencio. Todos sabían lo que significaban esas palabras. El notario, en su esquina, preparó una nueva hoja de pergamino.

—Por tanto —continuó Mendoza, poniéndose en pie—, someto a votación la aplicación de la cuestión de tormento a la rea Inés de Castro, para que por esta vía, su alma pueda ser librada del engaño del demonio y su lengua confiese la verdad que su soberbio corazón oculta.

Miró a Fray Alonso. El anciano inquisidor cerró los ojos un instante, murmuró una plegaria y asintió levemente. El calificador teológico hizo lo mismo. La decisión era unánime.

—Que así conste en acta —ordenó Mendoza al notario—. El tribunal, por unanimidad, vota a favor del tormento. Que se proceda.

La decisión, como toda la maquinaria de la Inquisición, no fue un acto de rabia, sino un procedimiento burocrático, frío y metódico.

Unas horas más tarde, en la negrura de la celda, Inés oyó el sonido. No era la trampilla del carcelero. Era el chirrido espantoso del gran cerrojo de la puerta principal.

Se puso en pie de un salto, el corazón desbocado. La puerta se abrió, inundando la celda de una luz naranja y humeante. El carcelero entró, pero esta vez no estaba solo. Detrás de él había dos hombres corpulentos, vestidos con túnicas de cuero manchado y con los rostros cubiertos por capuchas negras. Eran los verdugos del tribunal.

El carcelero no la miró. Su anterior y mínima conexión humana, forjada por la codicia, se había roto. Ahora era solo un funcionario cumpliendo una orden.

—En pie, bruja.

Inés retrocedió hasta chocar con el muro.

—No... —jadeó—. ¡El mensaje! ¿Le diste el mensaje?

El carcelero la ignoró. Los dos encapuchados avanzaron, la agarraron por los brazos con una fuerza impersonal y la sacaron de la celda.

—¡No! —gritó Inés, sus pies descalzos tropezando en la piedra desigual del pasillo—. ¡Soy inocente! ¡El asesino es Gabriel Núñez! ¡Lo juro por Dios!

Sus gritos resonaron, pero se apagaron rápidamente en los muros de la fortaleza. No la llevaron hacia arriba, hacia la Sala de Audiencias. La arrastraron hacia abajo, por una escalera que ella no conocía, una escalera que descendía a las entrañas del castillo, donde el aire era aún más frío y el olor a humedad se mezclaba con un vago hedor a hierro oxidado y a miedo antiguo.

## Capítulo 33: La Sala del Potro

La escalera descendía a una oscuridad más antigua que la de su celda. El aire, que arriba estaba viciado por el hedor de la prisión , aquí se volvía gélido, con un olor a piedra mojada, a hierro oxidado y

a algo más, un vago aroma a vinagre y a miedo rancio. Sus gritos se apagaron, absorbidos por los gruesos muros de la fortaleza.

La llevaron a una cámara abovedada en las entrañas del castillo. La estancia era espaciosa, iluminada por dos grandes hachones que humeaban en la pared, arrojando sombras que se retorcían en el techo como demonios danzantes. El mobiliario era escaso y funcional.

En un rincón, el notario del Secreto ya estaba sentado ante una pequeña mesa de madera, con su pliego de pergamino, su tintero y su pluma, listo para registrar cada palabra y cada gemido.

Fray Damián de Mendoza estaba de pie junto a él, con los brazos cruzados. Su rostro, a la luz de las antorchas, era una máscara de impasibilidad. Fray Alonso, el inquisidor más anciano, permanecía en un segundo plano, con los ojos cerrados, como si rezara.

Pero no fueron los hombres lo que paralizó a Inés. Fueron los instrumentos.

Vio los grandes cántaros de agua y los embudos de metal apilados junto a un camastro inclinado: la *toca*, el tormento del agua, diseñado para simular el ahogamiento.

Vio, colgando del centro de la bóveda, una gruesa soga que pasaba por una polea de hierro: la *garrucha*, lista para izar al reo y dejarlo caer en seco, dislocando sus miembros.

Y en el centro de la sala, lo vio a él. *El potro*. Una larga estructura de madera, sólida y pulida por el uso, con las cuerdas y las clavijas de madera en un extremo, la rueda que tensaba los cordeles, diseñada para estirar un cuerpo humano hasta que las articulaciones cedieran.

Los dos verdugos encapuchados la soltaron frente a la mesa. El notario, con voz monótona, leyó la orden del tribunal.

—...y habiendo sido amonestada por tercera vez, y persistiendo la rea en su obstinada negativa y soberbia, este Santo Tribunal, por

unanimidad y en su infinita misericordia para con su alma, ha votado proceder a la *cuestión de tormento*...

—Hija mía —intervino Mendoza, su voz suave llenando la cámara de eco—. Mirad bien esta sala. Ha sido dispuesta para ayudar a vuestra alma. El demonio de la soberbia os tiene cogida y os impide confesar la verdad. Os damos una última oportunidad, antes de que los ministros de la justicia hagan su trabajo.

El inquisidor se acercó a ella. Su mirada no era de ira, sino de una lógica implacable.

—Confesad. Confesad vuestro pacto, vuestras artes de brujería. Confesad los asesinatos de Andrada y Fonseca. Hacedlo ahora, y la misericordia del tribunal aliviará vuestra sentencia corporal.

Inés temblaba tan violentamente que apenas podía sostenerse. El terror era un líquido helado en sus venas. Vio el potro. Su mente científica, incluso en aquel momento, no pudo evitar analizarlo: una máquina de palancas y torsión. Una máquina diseñada para deshacer otra máquina.

Tenía que aguantar. Si confesaba, aunque fuera una mentira para detener el dolor, todo estaría perdido. Una confesión bajo tormento era una confesión válida, que sería leída en público. Su plan, su única y desesperada esperanza —el mensaje al Doctor Velasco— se desvanecería.

—Yo... —su voz fue un susurro roto—. Yo... no soy bruja. No los maté.

Mendoza la observó un segundo más. Luego, con un leve suspiro de decepción, se volvió hacia el notario.

—Que conste en acta la impenitencia de la rea.

Se giró hacia los verdugos.

—Proceded.

El terror psicológico de la amenaza había terminado. La realidad la golpeó. Los dos hombres encapuchados la agarraron, sordos a sus sollozos. La levantaron en vilo y la arrojaron sobre el potro de madera. El impacto le sacó el aire de los pulmones. Sintió las cuerdas ásperas rozando la piel de sus muñecas y sus tobillos mientras la ataban con una pericia rápida y brutal.

Estaba indefensa, inmovilizada, mirando el techo abovedado donde danzaban las sombras.

—Inés de Castro —dijo la voz del notario desde la mesa—. ¿Confesáis vuestros crímenes de herejía, brujería y asesinato?

—¡No! —gritó Inés—. ¡Soy inocente!

Uno de los verdugos colocó una clavija en la rueda. Mendoza hizo un gesto casi imperceptible. El verdugo giró la rueda un solo punto.

Inés no gritó. Fue un jadeo ahogado cuando la cuerda mordió sus muñecas y sus hombros tiraron de sus cuencas. El dolor fue una luz blanca y cegadora.

—¿Confesáis? —repitió la voz monótona del notario.

Cerró los ojos, las lágrimas ardiendo en su rostro sucio. No rezó. Solo vio un trozo de tela manchado de sangre.

*Velasco. Por el amor de Dios... date prisa.*

# Capítulo 34: El Plan de Velasco

El carcelero se movió con la rapidez que le daba la codicia. Los cien ducados eran una quimera, una vida de lujo con la que jamás había soñado, y el riesgo de la hoguera por traicionar al Santo Oficio palidecía frente a la promesa de ese oro. Protegido por la noche más profunda, aquella que precede al alba, abandonó el Castillo de San Jorge por una poterna de servicio y cruzó el Puente de Barcas. Su rostro rudo, acostumbrado a la penumbra de las mazmorras , se contraía con nerviosismo bajo la luz de la luna.

Golpeó la puerta de la casa del Doctor Velasco con el disimulo de un mensajero nocturno. Cuando un criado soñoliento le abrió, el carcelero dijo la única palabra que le habían encargado:

—*Mandrágora*.

El Doctor Velasco, que no había dormido en días, bajó la escalera con el corazón desbocado. Desde su humillante fracaso en las oficinas del Santo Oficio , vivía en un limbo de terror, esperando la inevitable llamada a su propia puerta. Hizo pasar al hombre a su consulta, un santuario de libros y orden que ahora se sentía profanado por la presencia de aquel individuo, que olía a la misma humedad y desesperación de las celdas.

—¿La ha enviado ella? —preguntó Velasco, sin aliento.

Por toda respuesta, el carcelero le entregó el minúsculo trozo de tela, ahora tieso y oscuro por la sangre seca.

Velasco lo desplegó bajo la luz de un candil. Le temblaban las manos. Vio las letras torpes, formadas con la propia vida de Inés. Leyó las palabras, y el suelo pareció desaparecer bajo sus pies.

*Velasco. Tienen el veneno. Tienen mis libros. Saben.*

*Núñez es el asesino.*

*Mi única salida: demostración PÚBLICA.*

*En el Auto de Fe. Con el veneno en un animal.*

*CIENCIA NO BRUJERÍA.*

*Sálvate. Sálvame.*

La sangre se le heló. *Sálvame*. Pero, sobre todo, *Sálvate*. Sus peores temores se confirmaban. Inés lo había nombrado en las audiencias. El inquisidor Mendoza ya lo tenía en su red. Su silencio, su prestigio de cristiano viejo , no lo salvaría. La Inquisición estaba jugando con él, dejándolo para el final.

Y el plan... ¡Dios Santo, el plan! ¿Una demostración pública? ¿Interrumpir un Auto de Fe? Era una blasfemia, un suicidio, un

desafío directo al poder absoluto del tribunal en su escenario más sagrado.

—Está loca —murmuró. —Me ha prometido cien ducados —dijo el carcelero, su voz áspera—. ¿Dónde están? Velasco lo miró. Vio la codicia en sus ojos, y entendió que era su único y más frágil aliado. Tomó una decisión. El plan de Inés era una locura, pero era la única locura que podía salvarlos a ambos. La lógica impecable de Mendoza se basaba en el miedo y la superstición. La única forma de romperla era con una verdad visible, un espectáculo más fuerte que el del propio inquisidor.

*Ciencia, no brujería*. La vieja obsesión de Samuel Castro.

Sin decir palabra, Velasco fue a su escritorio, abrió un cajón con llave y sacó una pesada bolsa de cuero. La arrojó sobre la mesa. El carcelero la abrió, sus ojos brillaron al ver el oro.

—¿Está... viva? —preguntó Velasco.

—Aún no la han *preguntado* —dijo el carcelero, guardando la bolsa —. Pero no tardarán. El inquisidor quiere una confesión para el gran Auto que prepara.

Velasco asintió, su rostro una máscara de terror y determinación. Despidió al carcelero, que se escabulló en la noche como una rata satisfecha.

Solo, el doctor se derrumbó en su sillón. El muro de silencio se había roto, pero para revelar un abismo. Ahora tenía que actuar. Necesitaba el veneno, el curare. La Inquisición tenía las muestras de Inés, confiscadas de su laboratorio , pero él necesitaba su propia dosis.

Volvió a ponerse el capote oscuro y el sombrero de ala ancha. Por segunda vez, el eminente médico se adentró en el vientre del Arenal, en dirección a la Mancebía. No buscó "La Zancuda". Viera ya estaría lejos o muerto. Se dirigió a una taberna diferente, un lugar aún más oscuro donde los marineros del *San Nufro* y otros barcos de la flota gastaban sus últimas monedas.

Durante horas, usó su saber de una forma nueva. No como un erudito, sino como un traficante. Curó la mano infectada de un contramaestre a cambio de información. Fingió buscar un remedio para la parálisis de un perro valioso. Finalmente, en un rincón, un marinero portugués con un tatuaje de serpiente en el cuello reconoció la descripción.

—La "muerte de mono" —dijo, sonriendo con dientes podridos—. Una curiosidad. Traje una ampolla. Para un... coleccionista.

Velasco puso sobre la mesa tres ducados de oro. El marinero dejó de sonreír, agarró las monedas e hizo desaparecer la ampolla en su mano, deslizándola en la del doctor.

Velasco salió de allí con el veneno en el bolsillo. Al pasar por el mercado de la Alfalfa , compró un conejo en una jaula de mimbre.

Volvió a su casa mientras el primer repique de las campanas llamaba a maitines. Se encerró en su estudio. Sobre la mesa, el pequeño conejo mordisqueaba una hoja de col, ajeno a su destino. Al lado, la ampolla con la resina oscura. El Doctor Velasco, el hombre de Galeno y la tradición, se preparaba para realizar el experimento más peligroso de su vida en el escenario más grande de Sevilla.

## Capítulo 35: La Sentencia

El primer giro de la rueda fue una explosión de agonía. Inés sintió como si sus hombros fueran a desgajarse de sus cuencas. Un grito desgarrado, inhumano, escapó de su garganta, rebotando en la bóveda de piedra. El dolor era una luz blanca y cegadora que borraba todo pensamiento.

—¿Confesáis vuestros crímenes de herejía, brujería y asesinato? —repitió la voz monótona del notario, que anotaba metódicamente la reacción de la rea.

A través de la niebla roja del dolor, Inés vio el rostro de Fray Damián de Mendoza. No la miraba con odio, sino con una impaciencia fría. No quería un cuerpo roto; quería una confesión, una victoria para su Auto de Fe.

—¡Soy... inocente! —jadeó ella, las palabras rotas por el llanto y el dolor.

Mendoza hizo un gesto casi imperceptible al verdugo. La rueda giró de nuevo.

Las cuerdas mordieron sus tobillos y muñecas. Esta vez, la sensación fue la de mil agujas al rojo vivo penetrando en sus articulaciones. Perdió el aliento. Su cuerpo se convulsionó sobre la madera del potro.

—¡La rea persiste en su negativa! —dictó el notario.

—Hija mía —dijo Mendoza, su voz suave cortando el aire de la cámara—. El demonio de la soberbia os da una fuerza antinatural. Liberad vuestra alma. Confesad la verdad de vuestro pacto y vuestros crímenes.

Inés cerró los ojos con fuerza. El dolor era un océano que amenazaba con tragarla. Pero en la oscuridad de su mente, vio un trozo de tela manchado de sangre. *Velasco. Auto de Fe. Sálvame. Sálvate.*

Si confesaba, aunque fuera una mentira para detener la agonía, todo estaría perdido. Una confesión bajo tormento, leída en público, destruiría la verdad para siempre y validaría la farsa de Mendoza. Tenía que aguantar.

—No... —susurró, reuniendo las últimas hebras de su conciencia—. No... los... maté.

El verdugo miró a Mendoza, esperando la orden para el tercer giro, el que dislocaría sus miembros.

El inquisidor observó a la mujer temblando sobre la máquina. Vio la determinación en su rostro cubierto de sudor y lágrimas. Comprendió, con una oleada de frustración, que no la rompería. No obtendría la confesión pública que tanto deseaba. Había subestimado su fortaleza, o la fuerza del demonio que, según él, la poseía.

Levantó la mano.

—Basta.

El verdugo, casi decepcionado, aflojó la tensión de las cuerdas. El alivio fue tan súbito que Inés casi perdió el conocimiento. Los dos encapuchados la desataron y la dejaron caer al suelo de piedra, donde quedó acurrucada, un amasijo de dolor tembloroso e incapaz de moverse.

Mendoza se volvió hacia el notario. Su voz era gélida, desprovista de toda emoción.

—Que conste en acta. Habiendo sido sometida a la cuestión de tormento, la rea Inés de Castro ha persistido en su negativa, demostrando una soberbia y obstinación propias de una hereje impenitente.

Se puso en pie, dictando la sentencia final.

—Por tanto, este Santo Tribunal, en defensa de la fe y para la salvación de las almas de esta ciudad, la declara culpable de los crímenes de herejía, apostasía, brujería y asesinato. Y por cuanto se niega a confesar y arrepentirse, la declaramos hereje impenitente y relapsa.

Inés levantó la vista. Sabía lo que venía.

—En consecuencia —concluyó Mendoza—, *relajamos* su persona y su causa al brazo secular de la justicia real, para que proceda con ella conforme a derecho y costumbre de estos reinos.

*Relajada al brazo secular*. La fórmula eufemística para la hoguera.

—Lleváosla —ordenó Mendoza, dándoles la espalda—. Que sea preparada para el Auto de Fe General, donde su sentencia será leída públicamente, para escarmiento de todos los fieles.

Los guardias la levantaron. Inés ya no gritó. No tenía fuerzas. Mientras la arrastraban fuera de la cámara de tortura, su cuerpo un mapa de dolor, su mente se aferró a una última y única brasa: el

Auto de Fe. El gran teatro de Mendoza sería también el suyo. Era su última oportunidad. Era el escenario de su juicio final.

## Capítulo 36: El Gran Teatro de la Fe

La noticia corrió por Sevilla no como un rumor, sino como un bando pregonado a golpe de tambor: el Santo Oficio celebraría un Auto de Fe General. Hacía años que la ciudad no presenciaba un espectáculo de tal magnitud, y la expectación barrió el miedo de las últimas semanas, reemplazándolo por una excitación febril y morbosa.

El escenario elegido, como era tradición para los grandes actos, fue la Plaza de San Francisco. De la noche a la mañana, el corazón cívico de Sevilla se transformó. Un ejército de carpinteros, pagados con los fondos de los bienes confiscados , tomó la plaza. Adosado a la fachada del Ayuntamiento, comenzaron a levantar un inmenso *estrade* o tablado , una plataforma de varios niveles que se elevaba sobre las cabezas del pueblo.

Todo en aquel montaje estaba diseñado para el impacto, para la pedagogía del terror. Se erigió un altar, cubierto de paños de luto. A un lado, se levantaron gradas con un dosel de terciopelo carmesí para los señores inquisidores y sus calificadores. Fray Damián de Mendoza había reservado un lugar de honor para sí mismo, desde donde dirigiría la ceremonia como un dramaturgo dirigiendo su obra cumbre.

Se dispusieron asientos para el cabildo de la ciudad, para la Audiencia, para los canónigos de la catedral y para la nobleza local. En una tribuna aparte, se sentarían los *familiares* del Santo Oficio y sus invitados. Abajo, frente al tablado principal, se construiría una grada más baja, casi al nivel del suelo, para los reos, para que toda la multitud pudiera verlos y oírlos.

Sevilla entera se preparaba para el gran teatro. Los balcones de las casas que daban a la plaza se alquilaban a precios de oro. Se blanquearon las fachadas y se colgaron reposteros. Las tabernas del Arenal y las tiendas de la calle Feria no hablaban de otra cosa. Se hacían apuestas sobre cuántos serían "relajados" al brazo secular ,

cuántos abjurarían en el último momento, y quién sería la estrella principal de aquella tragedia: la boticaria hereje y asesina.

Para Fray Damián de Mendoza, aquel auto era la solución a todos los problemas de la ciudad. Era la demostración de fuerza que pondría fin al caos. La ejecución de la conversa silenciaría los rumores de brujería que las muertes de Andrada y Fonseca habían desatado, y el escándalo del duelo entre Guzmán y Núñez quedaría sofocado bajo el peso abrumador de la justicia divina.

Mientras la ciudad se engalanaba para el espectáculo, en las entrañas del Castillo de San Jorge , la rutina de Inés cambió. El día antes del Auto, el carcelero —que no había vuelto a dirigirle la palabra desde su traición pagada— le arrojó dentro de la celda un bulto de tela áspera.

No era su vestido. Era un *sambenito*.

Una túnica sin mangas, de un amarillo enfermizo, pintada con cruces de San Andrés, llamas y demonios que atizaban el fuego. Era el hábito de los herejes impenitentes, la vestidura de los condenados a la hoguera. Junto a él, un capirote cónico de cartón, pintado con los mismos motivos infernales.

Inés lo tocó. La tela era gruesa, maloliente. Aquella sería su mortaja. Sintió el dolor sordo de sus articulaciones, rotas por el potro. Pero mientras sus dedos rozaban la pintura de las llamas, su mente estaba fría. Ya no había miedo. Solo quedaba la última, desesperada y minúscula brasa de su plan.

*Velasco*, pensó, apretando la tela áspera. *El Auto de Fe. Es ahora. O es nunca.*

# Capítulo 37: La Procesión de los Condenados

El amanecer del día del Auto de Fe no comenzó con el sol, sino con el sonido.

Primero, el chirrido ensordecedor de las grandes puertas de hierro del Castillo de San Jorge abriéndose. Luego, el redoble lento y

fúnebre de un solo tambor. Y finalmente, la campana más grave de la Giralda, que no repicaba, sino que tañía a muerto, un golpe profundo y espaciado que caía sobre la ciudad como un martillo.

En su celda, Inés oyó el estrépito de los cerrojos abriéndose en el pasillo. Su carcelero entró, esta vez sin ocultar el rostro, acompañado por dos soldados del Santo Oficio.

—Es la hora, bruja.

La pusieron en pie. Su cuerpo era un mapa de dolor; sus hombros, dislocados por el potro y mal curados, aullaban con cada movimiento, y sus tobillos apenas podían soportar su peso. La obligaron a vestirse con la túnica de tela áspera que le habían arrojado. El *sambenito*. Era de un amarillo enfermizo, y al ponérselo, sintió el picor de la tela barata sobre su piel herida. Vio las llamas pintadas en el borde inferior, ascendiendo, y los demonios negros que se retorcían en el pecho y la espalda. Le encajaron el capirote cónico sobre la cabeza, una corona de burla que la señalaba ante el mundo.

La sacaron de la celda y la llevaron a un patio interior del castillo. Allí, a la pálida luz del amanecer, vio a los otros. Eran una docena de reos, un pequeño ejército de la desgracia. Varios, como ella, llevaban el sambenito de llamas, marcados para la hoguera. Otros, acusados de delitos menores, llevaban túnicas amarillas con una sola cruz, o cruces en aspa, penas de reconciliación y cárcel perpetua. Nadie hablaba. El único sonido era el de algún sollozo ahogado y el tintineo de los rosarios en manos de los frailes dominicos que los flanqueaban, instándoles a un arrepentimiento de última hora.

Se formó la procesión. En la cabeza, un familiar portaba el estandarte verde de la Inquisición, con la cruz y la rama de olivo. Luego, los frailes, cantando en voz baja el *Miserere*. Y después, ellos, los condenados, caminando de uno en uno, separados por diez pasos, cada uno con un soldado a cada lado.

Salieron de la fortaleza. Cruzaron el Puente de Barcas que unía Triana con la ciudad. El contacto con el aire fresco de la mañana,

después de semanas de humedad y olor a moho , fue un golpe tan brutal como la luz del sol. Inés tuvo que cerrar los ojos, mareada. El olor del río, a cieno y pescado, se mezclaba con el de las panaderías que ya cocían.

Y entonces, llegó el sonido de la ciudad.

Un rugido. Un mar de gente se agolpaba a ambos lados del puente y llenaba las calles que conducían a la Plaza de San Francisco. Eran miles de personas. La ciudad entera se había echado a la calle para ver el espectáculo.

Cuando la multitud la vio, con su capirote y sus llamas pintadas, el rugido se convirtió en un millar de voces. —¡La bruja! —¡Hereje! ¡Judaizante! —¡Que arda! ¡Que arda!

Le arrojaron restos de fruta podrida y escupitajos. Un hombre se abalanzó, con el rostro deformado por el odio piadoso, pero un soldado lo apartó con el asta de su alabarda. Inés caminaba con la cabeza gacha, no por vergüenza, sino para concentrarse en el dolor. Cada paso era una agonía. El empedrado irregular torturaba sus pies descalzos y cada sacudida enviaba relámpagos de dolor desde sus tobillos hasta sus hombros.

Pero su mente estaba clara.

A través del velo de dolor y humillación, Inés observaba. Vio los rostros de sus vecinos, los que habían dejado de saludarla, ahora mirándola con una mezcla de terror y fascinación morbosa. Vio a los niños subidos a los hombros de sus padres, señalándola como a un monstruo de feria.

Y buscaba.

Sus ojos, hinchados y febriles, barrían las primeras filas de la multitud, buscaban entre los balcones engalanados. Buscaba un rostro. El rostro del Doctor Mateo Velasco. Su mensaje de sangre. ¿Lo habría recibido? ¿Se atrevería?

No lo vio.

La procesión, lenta y tortuosa, desembocó finalmente en la Plaza de San Francisco. El espectáculo era abrumador. El inmenso tablado se alzaba frente a ella, cubierto de terciopelo y oro. Vio las gradas de los notables, llenas de hidalgos, regidores de la ciudad y canónigos de la catedral.

Vio a Fray Damián de Mendoza, sentado en su trono bajo el dosel, como un rey oscuro presidiendo su corte. Y en la tribuna de invitados de honor, entre los mercaderes más ricos del Consulado, vio a Gabriel Núñez. El verdadero asesino. El hombre que la había puesto allí. La miraba con una expresión de profunda piedad, como si rezara por su alma condenada.

Los soldados la empujaron y la obligaron a subir las escaleras del cadalso. El dolor en sus articulaciones casi la hizo desmayar. La sentaron en el banco de los reos, en primera fila, de cara a la multitud. Era el lugar de honor en aquel teatro del horror.

Miró por última vez a la marea de rostros que llenaba la plaza. Seguía sin ver a Velasco. El carcelero la había traicionado. Su plan había fracasado. El sol de la mañana le calentó el rostro, pero Inés sintió el frío de la hoguera que ya la esperaba.

## Capítulo 38: Sermón y Sentencias

La Plaza de San Francisco era un mar de cabezas bañado por el sol de la mañana. El silencio, tras la llegada de la procesión, era casi más aterrador que el rugido que la había recibido. Era un silencio expectante, vibrante de fervor y morbo. Miles de almas contenían el aliento, sus ojos fijos en el gran tablado.

Desde su banco bajo, Inés podía oler la multitud: una mezcla de sudor, ajo, vino barato y el perfume de agua de rosas de las damas que abanicaban sus rostros pálidos en los balcones engalanados. Sus hombros gritaban de dolor por la tortura sufrida en el potro, y el áspero sambenito le rozaba la piel en carne viva.

La ceremonia comenzó con una misa solemne en el altar erigido en el cadalso. El coro cantó el *Veni Creator Spiritus*, sus voces

ascendiendo en el aire claro, una plegaria por la iluminación divina en el juicio que estaba a punto de ejecutarse.

Tras la misa, un predicador dominico, afamado en la ciudad por su oratoria vehemente, subió al púlpito. Era un hombre enjuto, con ojos de fuego y una voz que, sin necesidad de esfuerzo, parecía nacer de un trueno.

Su sermón duró más de una hora. Fue un torrente de teología y miedo. Habló de la fe como el cimiento de España y de la herejía como el gusano que roía sus raíces. Conectó la peste que había asolado la ciudad décadas atrás, las inundaciones y los ataques de los herejes ingleses en Cádiz , con la ira de Dios.

—¡Y Dios está airado —rugió, su dedo huesudo apuntando no a los reos, sino a la multitud— porque Su pueblo elegido, esta bendita ciudad de Sevilla, ha permitido que la cizaña crezca junto al trigo! ¡Ha tolerado en su seno la perfidia del judaizante, la soberbia del alumbrado y la ponzoña de la bruja!

El predicador habló de las muertes de Andrada y Fonseca. No las llamó asesinatos, sino "juicios divinos", muertes antinaturales permitidas por Dios para revelar el pecado oculto.

Inés escuchaba las palabras en un estupor de dolor. Una última vez, sus ojos barrieron la plaza. Buscaba el rostro de Velasco, una señal, un movimiento. Nada. Solo la marea compacta de fieles, absortos en el sermón. Su plan, el mensaje escrito con sangre , había sido una fantasía de prisionera. El carcelero había tomado el oro y la había traicionado.

Vio a Gabriel Núñez en la tribuna de los notables. El asesino escuchaba al predicador con una expresión de piedad compungida, asintiendo levemente ante las condenas de la herejía. La farsa era total.

Finalmente, el sermón concluyó. Un "Amén" colectivo resonó en la plaza.

Fray Damián de Mendoza hizo un gesto. El momento central había llegado. El Notario del Secreto se puso en pie y desenrolló un largo pergamino. El silencio se hizo aún más profundo.

—En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo y de su sierva, la Santa Madre Iglesia... —comenzó el notario, su voz clara y sin emoción.

Empezó a leer las sentencias de los reos menores. —Juan de Hinojosa, por blasfemia y perjurio. Habiendo mostrado arrepentimiento, se le condena a cien azotes y tres años de destierro de esta ciudad.

Un murmullo de aprobación recorrió a la plebe. El hombre, un gañán corpulento, lloraba a lágrima viva.

—Leonor de Vargas, por superstición y hechicería menor. Habiendo confesado sus errores y abjurado *de levi*, se le condena a cárcel perpetua y a llevar el hábito de penitente.

La lista continuó. Abjuraciones, multas, destierros. El sol estaba ahora en su cénit, calentando el capirote de cartón de Inés hasta hacerla sudar y marearse. El dolor de sus hombros era una agonía constante.

El notario bebió un trago de agua. Hizo una pausa dramática. Quedaban pocos nombres en la lista. Quedaban los condenados a muerte.

—Inés de Castro, viuda de Garcilaso, boticaria.

Toda la plaza pareció inclinarse hacia ella. Inés sintió el peso de diez mil ojos. Vio el rostro de Mendoza, impasible. Vio a Núñez, que la miraba fijamente, su máscara de piedad aún intacta.

—Habiendo sido hallada culpable por este Santo Tribunal de los crímenes de herejía capital, apostasía, prácticas judaizantes, brujería, hechicería y asesinato por artes diabólicas...

El notario levantó la voz.

—...y habiendo persistido en su impenitencia y soberbia, negándose a confesar la verdad incluso bajo tormento, este Santo Oficio la declara hereje impenitente y relapsa...

Inés cerró los ojos. El dolor, el miedo y la injusticia se fundieron en una sola oleada de oscuridad.

—...por lo cual, la relajamos y entregamos al brazo secular...

*Sálvame, Velasco*, pensó, no ya como una esperanza, sino como el último eco de una vida que se apagaba.

—...para que sobre ella se ejecute la pena de fuego hasta que su cuerpo se convierta en cenizas y de su alma no quede memoria.

Un grito de triunfo se elevó de la multitud.

## Capítulo 39: ¡Ciencia, no Brujería!

El grito de triunfo de la multitud fue un trueno que sacudió la plaza. *"...pena de fuego hasta que su cuerpo se convierta en cenizas..."*.

Inés sintió que sus fuerzas la abandonaban. El dolor de sus hombros dislocados y el peso del capirote la hundieron en una neblina de desesperación. Vio a Fray Damián de Mendoza en su trono, impasible, como un dios de piedra que había dictado su sentencia. Vio a Gabriel Núñez, el asesino, que la miraba desde la tribuna de los notables con una falsa piedad, haciéndose la señal de la cruz por el alma de la "bruja" que él mismo había creado.

Dos alguaciles del Santo Oficio se acercaron a ella. La agarraron con brusquedad por los brazos, obligándola a ponerse en pie para entregarla al brazo secular, a los soldados del rey que la llevarían al quemadero. El dolor fue tan agudo que Inés ahogó un grito. Era el fin.

—¡DETENEOS!

La voz no fue un ruego, fue un rugido de autoridad que estalló sobre el silencio expectante de la plaza. Partió de un lateral, cerca de las gradas de los regidores de la ciudad.

Un millar de cabezas se volvieron al unísono. La multitud se abrió, con un murmullo de asombro.

El Doctor Mateo Velasco, vestido no con el capote raído del conspirador, sino con su toga de médico de la Universidad, se abría paso entre la gente. No estaba solo. Le seguían dos criados, uno portando una pequeña jaula de mimbre con un conejo, el otro un maletín de cuero.

—¡Prended a ese hombre! —ordenó Fray Damián de Mendoza, poniéndose en pie, su rostro una máscara de furia. ¡Nadie interrumpía un Auto de Fe!—. ¡Está interrumpiendo el solemne acto del Santo Oficio!

Los alguaciles de la Inquisición se movieron, pero Velasco levantó la mano.

—¡No me dirijo al Santo Oficio, sino al brazo secular! ¡Me dirijo a los regidores de Sevilla y a los alguaciles del Rey! ¡Hablo en nombre de la verdad y de la justicia! ¡Estáis a punto de cometer un asesinato en nombre de Dios!

El escándalo fue mayúsculo. La multitud, que un segundo antes pedía sangre, ahora contenía el aliento, paralizada por el drama. Los regidores de la ciudad, en su tribuna, dudaron. Velasco era un cristiano viejo , un hombre de ciencia respetado. Su acusación era demasiado grave para ser ignorada.

—¡Dejadle hablar! —gritó uno de los regidores.

Mendoza palideció de ira. Había perdido el control de su propio teatro.

Velasco subió los escalones del *tablado* con una determinación que nadie le había visto jamás. Se plantó en el centro del escenario, de cara a la multitud, al lado de una Inés temblorosa que lo miraba como si fuera una aparición.

—¡Se acusa a esta mujer de brujería! —gritó el médico, su voz resonando en la plaza—. ¡Se le acusa de usar artes diabólicas para

matar a Diego de Andrada y Gaspar de Fonseca! ¡Yo, Mateo Velasco, que examiné esos cuerpos, os digo que no fue el Diablo! ¡Fue un veneno!

Abrió su maletín. La multitud se agolpó, fascinada.

—¡Un veneno de las Indias! ¡Una resina de la que nada saben nuestros libros de Galeno! —Sacó la ampolla con el líquido oscuro que había comprado al marinero—. ¡La llaman "la muerte silenciosa"!

Se volvió hacia Mendoza. —¡El Santo Oficio cree que esto es magia! ¡Yo os demostraré que es química!

El criado le acercó la jaula. Velasco sacó el conejo, que temblaba. Con mano firme, mojó la punta de una lanceta en el curare y le hizo una minúscula incisión en la pata.

Toda la plaza observó en un silencio sepulcral.

Pasaron diez segundos. El conejo se quedó inmóvil. Luego, sus patas traseras se agarrotaron. Intentó respirar, su pequeño hocico abriéndose y cerrándose con desesperación. Sus ojos, grandes y negros, permanecían abiertos, llenos de una terrorífica lucidez. Se quedó rígido, paralizado.

—¡Mirad! —gritó Velasco—. ¡Mirad esos ojos! ¡Mirad esa parálisis! ¡Mirad sus labios, cómo se tornan azules por la falta de aliento! ¡Son los mismos síntomas! ¡La misma muerte que el pueblo llamó brujería!

Un grito ahogado recorrió la multitud. Era verdad. Era lo que se contaba.

En la tribuna de los notables, Gabriel Núñez se puso blanco como el papel.

—¡Esto no prueba nada! —siseó Mendoza—. ¡Un truco de hechicero para salvar a su cómplice!

—¿Un truco, Señoría? —respondió Velasco, su voz cargada de un sarcasmo gélido—. Entonces ved el segundo acto. ¡Ved el milagro que no es del Diablo, sino de la razón que Dios nos ha dado!

De su maletín, sacó un segundo frasco, más pequeño. El antídoto. Lo había preparado siguiendo las instrucciones que Inés había escrito con su propia sangre, una fórmula compleja a base de zarzaparrilla de las Indias y sales de vino. Rezó en silencio para que la boticaria tuviera razón.

Forzó la boca del conejo paralizado y vertió el contenido.

Un minuto. Dos. El animal parecía muerto. El silencio era tan denso que se podía oír el batir de las alas de una paloma sobre la plaza. Mendoza sonreía, triunfante.

Y entonces, el conejo se convulsionó. Un espasmo violento. Jadeó, tomando una bocanada de aire. Sus patas temblaron y, torpemente, intentó ponerse en pie. Estaba vivo.

El grito de la multitud esta vez no fue de odio, fue de asombro. Un milagro.

Velasco se volvió hacia el público, su rostro transfigurado. —¡CIENCIA, NO BRUJERÍA! ¡Un veneno y un antídoto! ¡No obra del Infierno, sino del ingenio humano! ¡Esta mujer no es una bruja, es una científica! ¡Y no es una asesina, es quien ha descubierto al asesino!

Inés, que lo había visto todo a través de un velo de lágrimas y dolor, levantó la cabeza.

Velasco no la miró a ella. Su brazo se alzó, y su dedo no apuntó a la rea, sino a la tribuna de los hombres más poderosos de Sevilla.

—¡El veneno es real! ¡El antídoto es real! ¡Y el asesino es real! —rugió—. ¡Es el hombre que usó este veneno para matar a sus rivales! ¡El hombre que se escondió tras los rumores de brujería, sabiendo que el Santo Oficio buscaría un chivo expiatorio converso! ¡El hombre que está sentado entre vosotros!

El dedo de Velasco apuntó directamente a la cara desencajada de Gabriel Núñez.

—¡AHÍ TENÉIS AL ASESINO!

## Capítulo 40: El antídoto

El silencio en la Plaza de San Francisco era tan denso que se podía oír el batir de las alas de una paloma sobre el tablado. Velasco, con las manos temblando, pero la voz firme, sostuvo el pequeño cuerpo del conejo, que yacía rígido, con los ojos abiertos en una expresión de terror animal que todos los presentes reconocieron. Habían visto esa mirada en los muertos de la judería.

—¡Mirad sus ojos! —gritó Velasco, girándose hacia la tribuna de los regidores y el Duque de Medina Sidonia—. ¡Mirad su aliento, cómo se detiene no por un demonio, sino por una resina!

Mendoza intentó avanzar, pero el Alguacil Mayor, con la mano en el pomo de su espada, le bloqueó el paso. El poder del Santo Oficio se basaba en el misterio; Velasco lo estaba convirtiendo en mecánica.

El médico tomó el segundo frasco, el que contenía la mezcla de zarzaparrilla y sales de vino que Inés había diseñado en la oscuridad de su celda. Con cuidado, vertió unas gotas en la boca del animal.

Pasaron diez segundos. Veinte. La multitud contenía el aliento. Un fraile comenzó a murmurar un exorcismo, pero su voz se apagó ante la intensidad del momento.

De pronto, el conejo se convulsionó. Un espasmo violento sacudió sus patas traseras. Luego, un jadeo. El animal tomó una bocanada de aire, sus orejas se enderezaron y, con un movimiento torpe, se puso en pie y saltó fuera de las manos de Velasco, corriendo por el madero del tablado.

Un grito de asombro estalló en la plaza. No fue un grito de fe, sino de revelación.

—¡No es magia! —rugió Velasco, su voz resonando sobre el clamor —. ¡Es ciencia!  ¡Y si existe un antídoto, existe un asesino que conocía el veneno!

Se giró hacia la tribuna de los notables, donde los mercaderes del Consulado observaban pálidos. Su dedo apuntó con la precisión de un escalpelo.

—¡Ahí lo tenéis! ¡Gabriel Núñez! ¡El hombre que compró la resina al marinero Viera! ¡El hombre que usó vuestro miedo a la Inquisición para matar a sus rivales y quedarse con el comercio de la plata!

## Capítulo 41: El Castillo se Derrumba

La acusación del Doctor Velasco resonó en el silencio atónito de la Plaza de San Francisco como un disparo de cañón. "¡AHÍ TENÉIS AL ASESINO!"

Durante un segundo eterno, la plaza entera quedó congelada. Inés, sostenida por los alguaciles que iban a llevarla a la hoguera , levantó la cabeza con un esfuerzo sobrehumano, el dolor de sus hombros dislocados olvidado por un instante. Vio el rostro de Gabriel Núñez. El mercader, un pilar de la piedad conversa, se había puesto blanco como el mármol. Su máscara de compasión se resquebrajó, revelando un pánico abyecto.

Fray Damián de Mendoza fue el primero en reaccionar. Su rostro, pálido de furia, se contrajo. Su teatro perfecto , su solemne lección de teología y poder, había sido profanado.

—¡Herejía! —rugió, su voz perdiendo la compostura gélida—. ¡Es un truco del demonio! ¡Un ardid para salvar a su cómplice! ¡Alguaciles del Santo Oficio, prended a ese médico blasfemo!

Los familiares de la Inquisición, el hombre del jubón pardo entre ellos, desenvainaron sus espadas y avanzaron hacia Velasco.

Pero Velasco no retrocedió. Se giró, ignorando a los hombres de Mendoza, y se dirigió a la tribuna donde se sentaban los regidores de la ciudad y el Alguacil Mayor de Sevilla, el jefe de la justicia secular.

—¡Señores de la ciudad! —gritó Velasco—. ¡No os he hablado de fe, sino de asesinato! ¡Un crimen de veneno que es competencia de la

justicia del Rey, no del Santo Oficio! ¡La herejía era una farsa para ocultar el crimen!

Fue el movimiento maestro. El Alguacil Mayor, un hombre de rostro severo y bigote afilado, vio su oportunidad. La tensión entre el poder secular de la ciudad y el poder supraterritorial de la Inquisición era una herida siempre abierta. Velasco acababa de darle la justificación legal para intervenir.

—¡Alto! —ordenó el Alguacil Mayor, poniéndose en pie y levantando su vara de mando—. ¡En nombre de Su Majestad el Rey, este tribunal se arroga la jurisdicción del crimen de sangre!

Los familiares de la Inquisición se detuvieron, inseguros. Se enfrentaban a los alguaciles reales, a los soldados del rey.

En la tribuna de los notables, Gabriel Núñez no esperó a ver el desenlace. Entendió que estaba perdido. De un salto, saltó la barandilla de la tribuna y cayó entre la multitud, intentando huir, abriéndose paso a empujones.

—¡No dejéis que escape! —gritó Velasco, señalándolo.

El caos fue instantáneo. La multitud, que un momento antes pedía la sangre de Inés, ahora tenía un nuevo objetivo, más tangible, más real. El grito de "¡Al asesino!" reemplazó al de "¡Hereje!".

—¡Alguaciles, a por él! —ordenó el Alguacil Mayor.

Los soldados se lanzaron en su persecución. Núñez, corpulento y desesperado, derribaba a mujeres y niños en su huida, pero la plaza estaba abarrotada. Fue una caza corta y brutal. Lo rodearon cerca de la fuente. Núñez sacó una daga, pero un golpe con la culata de un arcabuz lo arrojó al suelo. Lo levantaron, manando sangre por la frente, y lo arrastraron de vuelta al tablado, arrojándolo a los pies del Alguacil Mayor.

El silencio volvió a caer sobre la plaza, pero era un silencio diferente. Ya no era de temor piadoso, sino de asombro.

Todos los ojos, miles de ojos, se volvieron hacia el único hombre cuyo poder acababa de ser destrozado. Fray Damián de Mendoza seguía en pie en su trono, inmóvil. Su rostro era una máscara de furia lívida. Su Auto de Fe, su gran demostración de poder, se había convertido en su humillación pública. La bruja que iba a quemar había sido exonerada del crimen principal, y el verdadero asesino, un hombre que él ni siquiera había investigado, había sido capturado por la justicia secular en su propio escenario.

El inquisidor miró a Velasco con un odio que prometía una venganza futura. Luego, sus ojos se posaron en Inés.

Ella seguía allí, de pie entre los dos alguaciles que ya no sabían si debían soltarla o retenerla. Su cuerpo estaba roto, su sambenito cubierto de sangre y sudor, pero su mirada se encontró con la del inquisidor. Y por primera vez, en esa mirada no había miedo.

Mendoza apretó los puños, se giró y, sin decir una palabra, abandonó el tablado, abriéndose paso entre los canónigos y los nobles, su capa negra ondeando como un ala rota. El gran teatro de la fe se había derrumbado.

## Capítulo 42: Las Puertas se Abren

El silencio que siguió a la partida de Fray Damián de Mendoza fue más atronador que cualquier grito. El inquisidor, al abandonar el tablado, se había llevado consigo el aura de terror divino que investía el acto. Lo que quedaba era un simple escenario de madera, ocupado por nobles confundidos, clérigos nerviosos y soldados.

La multitud, liberada del hechizo del miedo religioso, reaccionó como un solo ser. El murmullo de asombro se convirtió en un clamor de indignación, pero esta vez no dirigido a la "bruja", sino al verdadero asesino. Los alguaciles del Rey forcejeaban con un Gabriel Núñez que ahora gritaba y maldecía, su rostro ensangrentado y despojado de toda piedad.

En medio del caos, Inés seguía en pie, sostenida por los dos alguaciles del Santo Oficio que la habían agarrado para llevarla a la

hoguera. Ahora, la soltaron como si su *sambenito* quemara, sus rostros confusos, sin líder ni órdenes.

Inés se tambaleó. El dolor, que la adrenalina había mantenido a raya, volvió como una marea de fuego. Sus hombros, dislocados en el potro , gritaron en agonía, y sus rodillas, débiles por semanas de mazmorra , cedieron.

Antes de que cayera al suelo, el Doctor Velasco estaba a su lado, sujetándola.

—¡Agua! ¡Traed agua, por el amor de Dios! —gritó, sin soltarla.

El Alguacil Mayor, ahora dueño absoluto de la situación, se acercó. Miró a Núñez, que escupía sangre, y luego a la figura rota de Inés, envuelta en la túnica infame. Su rostro era el de un hombre de leyes, no de teología.

—Doctor —dijo con voz grave—. Habéis acusado a este hombre de asesinato. Y a esta mujer...

—...de ser la única que lo descubrió —terminó Velasco, con firmeza —. Su "brujería" fue la ciencia que nos salvó de un error fatal. ¡Es la testigo principal del Rey contra Núñez!

El Algualiz Mayor asintió. Era la justificación que necesitaba. Miró a los vacilantes guardias de la Inquisición. —Esta mujer ya no está bajo la jurisdicción del Santo Oficio. El crimen es un asesinato, y por tanto, compete a la justicia secular. ¡Queda bajo mi custodia!

Velasco no esperó más. Puso su mano sobre el *sambenito* de Inés, la tela áspera pintada con llamas y demonios. Ante la mirada atónita de miles de sevillanos, lo agarró con ambas manos y lo rasgó de arriba abajo.

Un jadeo colectivo recorrió la plaza. Era un acto de desafío inconcebible. Arrancó la tela infame del cuerpo de Inés, dejando al descubierto su camisón de prisionera, sucio y desgarrado. Luego, se quitó su propia capa de médico, un pesado manto de paño oscuro, y la envolvió con ella, cubriendo su vergüenza y su dolor.

—¡Abrid paso! ¡Abrid paso a la justicia! —gritaban los alguaciles reales, que empezaban a formar un cordón.

En ese instante, una figura anciana rompió el cordón, tropezando y cayendo de rodillas ante Inés.

—¡Maestra! ¡Niña mía!

Era Mateo. Había estado oculto en un portal, demasiado aterrorizado para mirar, pero incapaz de huir. Al verla libre, su lealtad había vencido a su miedo. Lloraba abiertamente, aferrándose a la mano de Inés.

—Estoy... estoy bien, Mateo —susurró Inés, aunque apenas podía hablar. El mundo nadaba en un torbellino de rostros, gritos y luz solar.

—Sostenedla —ordenó Velasco al anciano.

Entre los dos, el médico galenista y el viejo aprendiz, levantaron a la mujer que les había demostrado una verdad más allá de sus libros. Inés apoyó su peso sobre ellos, su cuerpo roto, pero su espíritu intacto.

El Alguacil Mayor dio la orden de marchar. Los soldados arrastraron a un aullante Gabriel Núñez hacia la cárcel real. Y mientras el gran teatro de la fe se desmontaba en un tumulto de confusión, el Doctor Velasco y Mateo comenzaron a sacar a Inés de la plaza.

La multitud se apartó a su paso. Ya no le arrojaban insultos ni basura. La miraban con una emoción nueva, una mezcla de pavor y asombro. Habían venido a ver quemar a una bruja y habían presenciado un milagro de la razón. Las grandes puertas de la Plaza de San Francisco se abrieron, y por primera vez en semanas, Inés de Castro sintió el aire de Sevilla como una mujer libre.

## Capítulo 43: Deudas y Honores

El sol que se filtraba por los postigos de la suntuosa alcoba del Doctor Velasco era el mismo que apenas había vislumbrado en semanas, pero aquí no quemaba, sino que calentaba. Inés estaba

recostada sobre un lecho de sábanas de lino holandés, un lujo que sus sentidos, embotados por el olor a moho y desesperación de la mazmorra, apenas podían procesar. Le dolía cada respiración. Velasco, con la pericia de un cirujano y una delicadeza que ella no le conocía, le había vuelto a encajar los hombros, dislocados por el potro , pero el dolor sordo de los ligamentos desgarrados persistiría durante meses.

Llevaba dos días en aquella casa, dos días en los que Mateo no se había separado de su lado, durmiendo en un jergón junto a su puerta. El médico entraba y salía, trayéndole caldos fortalecedores y ungüentos que él mismo preparaba.

—Núñez está en la Cárcel Real —le informó Velasco esa mañana, mientras cambiaba sus vendajes—. El Alguacil Mayor no ha perdido el tiempo. El juicio será secular, por asesinato y traición. Mi testimonio y la confesión del marinero Viera son suficientes.

—¿Y... Fray Damián? —preguntó Inés, su voz aún ronca.

El rostro de Velasco se ensombreció. —Humillado. Lo cual lo hace más peligroso que nunca. El Santo Oficio no ha retirado formalmente los cargos de herejía contra vos. Simplemente, la justicia del Rey os ha reclamado como testigo principal, y ante eso, Mendoza ha tenido que ceder. Pero no olvidará. Ni a vos, ni a mí.

Inés asintió. No estaban a salvo. Solo habían ganado una batalla en una guerra que duraría toda su vida.

Un criado anunció una visita. Mateo, que estaba en la estancia, se puso en pie con recelo. El visitante era Don Rodrigo de Guzmán.

El viejo hidalgo entró en la habitación. No llevaba espada. Parecía un hombre diez años más viejo, su espalda, antes tan rígida, ahora encorvada por el peso de una verdad insoportable. Se detuvo a los pies de la cama, mirando a la mujer conversa , pálida y rota, que había salvado el nombre de su familia.

Durante un largo minuto, el noble luchó con el código que había regido su vida. Su honor, basado en la sangre y la reputación , le

había llevado a desafiar a un hombre por una afrenta imaginaria. El *saber* de aquella mujer, un saber que él consideraba impropio , había desvelado una verdad que su honor jamás habría podido encontrar.

—Vuestra ciencia... —dijo finalmente, su voz áspera—... ha resultado ser más certera que la espada de un Guzmán.

No era una disculpa. Era una capitulación.

—Gabriel Núñez iba a unirse a mi familia —continuó, con dificultad —. Habría manchado mi linaje con la sangre de un asesino, no con la de un converso, que era lo que yo temía. Habéis salvado el honor de mi hija, Doña Inés. Un honor que yo, en mi ceguera, puse en peligro.

Hizo una breve inclinación de cabeza, un gesto que le costó un mundo, y se marchó de la estancia, un hombre anclado en un código que acababa de demostrarse hueco.

Esa misma tarde, Mateo regresó de una salida sigilosa. —Está hecho —le dijo a Inés en voz baja—. He pagado la última parte de la deuda. Inés asintió. La paga de "El Culebro". —Manda decir el soplón —añadió Mateo, con una media sonrisa— que la Mancebía os saluda. Y que tengáis cuidado. Los amigos del inquisidor son muchos, pero los del dinero lo son más. Parece que os habéis ganado un respeto en el hampa.

Inés cerró los ojos. Había saldado sus deudas. La del honor y la del submundo.

Cuando se quedó a solas con Velasco, lo miró con una nueva claridad.

—Habéis arriesgado vuestra alma, doctor. Por mí.

Velasco se sentó junto a la cama. Miró sus propias manos, las manos de un galenista que había recetado sangrías y ahora había experimentado con venenos.

—Mi alma ya estaba en peligro, Inés, por mi soberbia. Vos me habéis recordado lo que mi padre me enseñó, y que yo había

olvidado: que la verdad no teme a la luz.

Sabía que su acto en la plaza le costaría caro. Sería investigado por el Protomedicato , marginado por sus colegas y vigilado por la Inquisición por el resto de sus días. Pero mientras miraba a Inés, a la mujer que había sobrevivido a la oscuridad, supo que había elegido correctamente. Habían desafiado al poder más grande de la tierra, y habían sobrevivido.

## Capítulo 44: Epílogo: La Nueva Mandrágora

Habían pasado tres meses. La peste del miedo que había atenazado a Sevilla se había retirado, reemplazada por el bullicio habitual del comercio y la vida. El juicio de Gabriel Núñez ante la justicia real fue rápido y brutal; su confesión, arrancada bajo tortura, confirmó cada detalle de la acusación de Velasco. Su ejecución pública en la Plaza de San Francisco sirvió como el sangriento punto final al escándalo.

La botica "La Mandrágora" había vuelto a abrir sus puertas. El Alguacil Mayor, en un acto de deliberada autoridad secular, había ordenado retirar los sellos de la Inquisición, devolviendo a Inés sus bienes secuestrados. Sus libros prohibidos, su alambique , sus herbarios de las Indias... todo le fue devuelto, ahora catalogado no como "instrumentos de herejía", sino como "pruebas en un juicio por asesinato".

La clientela regresó. Al principio con timidez, luego con una curiosidad morbosa que, con el tiempo, se transformó en una nueva forma de respeto. Ya no era la "pobre viuda conversa", ni la "bruja" susurrada. Era, simplemente, "La Boticaria"; la mujer que había mirado la muerte a la cara, que había sobrevivido a las mazmorras del Castillo de San Jorge y que había desenmascarado a un asesino en el mismo tablado del Auto de Fe.

El tejedor Lázaro, su delator, había desaparecido, huyendo de la vergüenza o del miedo a la justicia del hampa. Y en la calle, ya no había ningún familiar del Santo Oficio vigilando.

Pero Inés sabía que no era libre. No del todo.

Fray Damián de Mendoza seguía en su fortaleza de Triana. Humillado, pero en el poder. Los cargos de herejía contra ella no habían sido anulados, solo "suspendidos" por la intervención de la justicia del Rey. La sombra del Santo Oficio era larga y su memoria, eterna. Siempre planearía sobre ella, una tormenta esperando en el horizonte.

Esa noche, Mateo atrancó la puerta de la botica.

—Buenas noches, maestra —dijo, con un respeto que ahora era reverencia.

—Buenas noches, Mateo. Descansa.

Inés no se retiró a sus aposentos. Tomó una palmatoria. Sus movimientos eran fluidos, pero no del todo. Cuando levantaba el brazo para coger un frasco, un dolor sordo en la articulación del hombro le recordaba el potro. Las cicatrices de sus muñecas, ocultas bajo las mangas, eran un mapa permanente de su descenso al infierno.

Cruzó la rebotica. Ya no miraba la estantería secreta con miedo, sino con propiedad. La abrió y descendió la escalera.

El laboratorio no era un refugio de temor. Era su taller.

Encendió varias velas, iluminando la estancia. El alambique brillaba, limpio. Los morteros estaban ordenados. Y sobre la mesa de roble, junto al herbario de las Indias que su padre había comenzado, había un nuevo libro de contabilidad, con las tapas de cuero virgen.

Lo abrió. En la primera página, con una caligrafía clara y firme, había escrito: *"Mis Propias Observaciones"*.

Inés se sentó. Mojó la pluma en el tintero. A la luz de las velas, comenzó a escribir, no solo copiando el saber de otros, sino añadiendo el suyo. Escribió sobre el curare, sobre la parálisis, y sobre la fórmula del antídoto que había ideado en la oscuridad de su celda.

Ya no estaba fragmentada. La viuda devota, la hija conversa y la científica herética se habían fundido en una sola pieza en el fuego del Auto de Fe.

Era Inés de Castro. Boticaria. Investigadora. Superviviente.

Levantó la vista y miró las sombras que danzaban en los muros de piedra. La oscuridad ya no la asustaba. Había vivido en ella, la había atravesado y había salido portando su propia luz.